

433
20

MI TÍO BERNAC

Por A. CONAN DOYLE

Autor de "La Guardia Blanca"



NUEVA YORK

D. APPLETON Y COMPAÑÍA

EDITORES

LA GUARDIA BLANCA

“Es el título de una novela escrita en inglés por A. Conan Doyle y publicada en español por la casa de Appleton de Nueva York, que acabamos de leer con toda complacencia, una vez que reúne á su ingenio y fácil lenguaje, un tema muy bien urdido y descripciones sumamente interesantes. En la Guardia Blanca encontramos episodios históricos de la Edad Media trazados con una uaturalidad pasmosa, de tal modo bien pintados los cuadros, de tal manera descritas las costumbres, que le parece á uno encontrarse en aquella edad y trabar conocimiento con los personajes. Comienza la acción en un convento de monjes, presentado con todos sus adminículos de mano maestra y luego se desarrolla la trama con creciente interés, descollando en medio de aquel ruido de armas y de combates que se repiten á cada momento sin motivo como era la usanza entonces, los personajes principales como el barón Morel, Dugueslin, el Príncipe Negro y todos los otros que figuran en primera línea, que tan vivamente impresiona el ánimo del lector, de la misma manera que el héroe de la novela, el joven Roger Clinton tan varonil y tan honrado á pesar de haber recibido su educación en un convento. En suma la obra de A. Conan Doyle es una preciosa joya de gran valor entre las obras literarias de su mismo género.”—*La Patria*, Méjico.

“**La Guardia Blanca.**—Con este título publicó la acreditada casa editorial de D. Appleton y Compañía una primorosa edición de la novela histórica de A. Conan Doyle, titulada *The White Company*.

En la *Guardia Blanca* halla el lector, con sorpresa y deleite, el lenjuage, los diálogos, las descripciones de nuestras novelas de capa y espada en toda su gentileza y gallardía. Es una traducción hecha con arte y esmero, merecedora del elogio que gustosos le dedicamos, y de la buena acogida que sin duda le aguarda en todos los países donde se habla nuestra rica lengua.”—*Las Novedades*, Nueva York.



Una densa niebla parecía flotar sobre las aguas.

(Véase página 23.)

MI TÍO BERNAC

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR ✓

A. CONAN DOYLE

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

JUAN L. IRIBAS



CON DIEZ LÁMINAS POR SAUBER

NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., EDITORES

1900

L.

TWO COPIES RECEIVED.

Library of Congress,
Office of the

FEB 19 1900

Register of Copyrights

PR 4622
U 557

54175

COPYRIGHT, 1900,

By D. APPLETON AND COMPANY.

Copyright secured in Great Britain and in all the
countries subscribing to the Berne Convention.

*Es propiedad garantizada, y se perseguirán
las ediciones fraudulentas.*

*Queda hecho el depósito que ordena la ley para
la protección de esta obra en la República
Mejicana. Méjico, 1900.*



SECOND COPY.

3544

Feb. 9, 1900.

1

524

61

AL LECTOR

TEMA al parecer inagotable este de la leyenda y la historia napoleónicas. Y aunque entre el cúmulo de obras que le han sido dedicadas en prosa y verso corresponde naturalmente el puesto de honor á los historiadores, poetas y novelistas franceses, nunca está de más oír de vez en cuando la opinión más desinteresada, más franca sin ser hostil, del escritor extranjero; tanto más si es éste de los que por motivos de raza, de educación ó puramente personales, no simpatizan á puño cerrado con la heroica figura del gran Emperador.

P Conan Doyle, el muy popular novelista inglés autor de la obra que hoy traducimos, hace en ella algo más, mucho más, que aumentar con su pluma el ya rico caudal de los recuerdos del primer imperio. Tiene esta novela argumento propio y del mayor interés; pero en su desarrollo logra también el autor presentar á Napoleón bajo un aspecto enteramente nuevo, inesperado sin duda y sorprendente para muchos lectores. No habla de

los altos hechos del Emperador, describe al hombre; lo retrata con exactitud y verdad asombrosas, como lo conocieron las personas que más de cerca lo trataron, sin atenuar defectos ni regatearle méritos. No creerá exageradas sus palabras ni duro su juicio quien haya leído algo de lo mucho que contienen las memorias de la época; antes bien reconocerá la sinceridad con que dice del Emperador por boca de uno de los personajes de la novela: “No he querido ser su panegirista ni su acusador; me he limitado á reflejar en estas páginas la impresión que en mí produjo.”

El resultado es una obra de sumo interés, que ha obtenido notable éxito en las dos grandes naciones anglo-sajonas y que merece obtenerlo asimismo en todos aquellos países donde la den á conocer las traducciones que de ella se han hecho y se harán.

Esperamos confiadamente que para los lectores de la versión castellana tendrá también esta novela el gran atractivo de la novedad y el mérito de toda obra bien pensada y bien escrita.

J. L. I.

HARTFORD, *Enero de 1900.*

MI TÍO BERNAC

RECUERDOS DEL IMPERIO

CAPÍTULO I

LA COSTA DE FRANCIA

ME atrevo á decir que había leído cien veces la carta de mi tío, y puedo asegurar que me la sabía de memoria. Pero esto no impidió que sacándola del bolsillo y sentándome al costado del lugre, volviese á leerla con tanta atención como si lo hiciera entonces por primera vez. Estaba escrita en letra muy esmerada y un tanto angulosa, cual era de esperarse de un antiguo abogado de provincia; y dirigida al Señor Luis de Laval, suplicada á Guillermo Hargraves, Posada del Puerto, en Asford, Kent. El cual posadero tenía no pocos barriles de buen cognac francés, llegados á sus manos de contrabando y por el mismo conducto que mi carta.

“Mi querido sobrino Luis,” decía ésta, “ahora que ha muerto tu padre y te hallas solo en el

mundo, creo que no desearás llevar adelante las rencillas que han dividido á nuestra familia. Esos digustos empezaron cuando tu padre siguió la causa del Rey y yo me alisté en la del pueblo, y terminaron, como sabes, viéndose obligado tu padre á huir de Francia y entrando yo en posesión de los dominios de Grosbois. Comprendo que ha de ser muy duro para tí el verte en situación tan distinta de la que gozaron tus mayores, pero al fin no dudo que preferirás ver á Grosbois en manos de un Bernac que en las de un extraño. Por lo menos cuenta siempre con el cariño y la consideración del hermano de tu madre.

“Y ahora permíteme que te dé un buen consejo. Tú sabes que he sido siempre republicano, pero me he convencido de que es inútil luchar contra el destino y de que el poder de Napoleón es incontrastable. Y siendo esto así, he procurado servirle por aquello de que viviendo entre lobos conviene aullar como ellos. Tantos y tan buenos servicios le he prestado que hoy es muy buen amigo mío y puedo pedirle lo que me parezca. Quizás haya llegado á tu noticia que se halla en estos momentos al frente del ejército en Boulogne, á pocas millas de Grosbois. Si vienes en seguida, no dudo que olvidará la oposición de tu padre en consideración á los servicios de tu tío.

Cierto que tu nombre figura todavía entre los pros-
critos, pero mi influencia con el Emperador se
encargará de arreglar el asunto. Ven, pues, sin
pérdida de tiempo y con entera confianza.

“Tu tío, C. BERNAC.”

Hasta aquí la carta, pero lo que más llamaba
mi atención era el exterior de la misma. En cada
extremo tenía un sello de lacre rojo, sobre el que
se veía perfectamente la impresión del tosco pul-
gar de mi tío. Y por encima del rojo círculo
que formaba uno de los sellos aparecían escritas
en inglés estas dos palabras: “No vengáis.” Por
las letras, evidentemente trazadas á toda prisa,
era imposible saber si procedían de mano de hom-
bre ó de mujer; pero allí estaban saltándome á
los ojos, siniestra advertencia al final de una in-
vitación.

“¡No vengáis!” ¿Habría añadido mi tío
aquellas palabras con motivo de algún súbito cam-
bio en sus planes? No, porque en tal caso no
hubiera enviado la invitación. Pues entonces
¿procedería el aviso de alguien que no quería
verme aceptar la hospitalidad de mi tío? La carta
estaba escrita en francés; las dos misteriosas pala-
bras en inglés. ¿Las habrían escrito en Ingla-
terra? Tampoco, porque cuando yo recibí el

pliego estaban los sellos intactos y no era cosa de que nadie en Inglaterra hubiera adivinado el contenido de la carta.

Y sentado allí, al pie de la enorme vela que zumbaba sordamente sobre mi cabeza, contemplando el eterno bullir de las verdosas aguas, traje á la memoria cuanto había oído decir de mi tío. Mi padre, miembro de una de las más nobles y antiguas familias de Francia, había elegido esposa tan buena como bella, pero no de sangre noble. Nunca tuvo por qué arrepentirse de su elección, pero aquel cuñado suyo, el abogado de pueblo, ofendió gravemente á mi padre convirtiendo su adulación de los días de prosperidad en odio implacable apenas llegó la época de los trastornos políticos. Azuzó á los ignorantes labriegos hasta que mi familia se vió obligada á huir del país, y secundó después los mayores excesos de Robespierre, recibiendo en pago el palacio y parque de Grosbois, que en derecho nos pertenecían. Á la caída de Robespierre logró bienquistarse con Barras, y en los sucesivos cambios de gobierno presenciados en Francia supo retener aquellas valiosas propiedades. Por último, su carta decía que se hallaba en buen predicamento con el Emperador, por más que yo no supiese explicarme qué méritos hallaba Napoleón en hom-

bre de tal historia, ni qué servicios había podido prestarle mi republicano tío.

Quizás se le ocurra al lector preguntarme por qué acepté semejante invitación, procedente del hombre á quien mi padre había estigmatizado siempre como usurpador y el más vil de los traidores. Ahora puedo decirlo con más franqueza que entonces. La verdad es que á nosotros, á la nueva generación, nos costaba mucho y nos disgustaba soberanamente el tener que mantener vivos los odios y proseguir las contiendas de la generación anterior. Para los emigrados monárquicos la marcha del tiempo había cesado súbitamente en 1792 y continuaban amando y odiando á los mismos á quienes habían amado y odiado en aquella fecha. Y no era extraño, porque las pruebas sufridas habían sido tan duras, los sucesos presenciados tan desgarradores, que su recuerdo se había grabado indeleblemente en la memoria y en el corazón de todos ellos. Pero nosotros, los que habíamos crecido en tierra extraña, comprendíamos que el mundo seguía su marcha incesante y que las circunstancias habrían cambiado mucho. El resultado natural era que íbamos olvidando aquellos rencores de la generación pasada. Francia no era ya para nosotros el país de los *sans-culotte* y de la guillotina; era más bien la nación guerrera

por excelencia, atacada por todos y vencedora siempre, pero tan acosada que sus hijos, esparcidos por todo el continente, oían sin cesar la voz potente que los llamaba al combate. Y aquella voz, más que la carta de mi tío, era la que me hacía cruzar las aguas del Canal.

Por largo tiempo había simpatizado cordialmente con mi patria en sus heroicas luchas, pero nunca me atreví á decirlo en vida de mi padre, que habiendo servido á las órdenes de Condé y peleado en Quiberon, hubiera considerado mis simpatías como la más negra traición á sus ideales. Pero muerto él, nada me impedía regresar al país en que nací, sobre todo teniendo en cuenta que mi novia Eugenia (mi mujer desde hace treinta años) pensaba lo mismo que yo acerca del regreso á Francia. Sus padres pertenecían á la rama menor de los Choiseul, eran de ideas tan intransigentes como mi padre y tanto éste como aquellos estaban muy lejos de figurarse lo que pasaba en la mente de sus hijos. Muchas veces, mientras ellos lamentaban en la sala una gran victoria francesa, Eugenia y yo la celebrábamos saltando de gozo en el jardín. Nuestro retiro predilecto era un grupo de laureles inmediato á la casita de ladrillo; y allí, ocultos tras el tupido follaje, hablábamos sin rebozo de lo que sentían nuestros corazones.

Yo le explicaba mis futuros planes y ella los aplaudía con entusiasmo. Así fué cómo llegado el día de tomar una resolución, lo teníamos todo preparado al efecto.

Pero existía otra razón además de la muerte de mi padre y la carta de mi tío. Á duras penas podía ya seguir viviendo en Asford, con motivo de un suceso que paso á referir. Dicho sea en justicia, los ingleses fueron siempre huéspedes generosos para los emigrados franceses, y ni uno de nosotros dejó de llevarse gratos recuerdos de aquel país. Pero en Inglaterra como en todas partes nunca faltan gentes rudas, insultantes y camorristas; y en la tranquila población de Asford tuve la desgracia de toparme con uno de esos tipos, el hijo de un hacendado de Kent llamado Farley. Tenía fama de matón en toda la comarca y no se cruzaba con uno de nosotros sin soltar bravatas y palabrotas no sólo contra el gobierno francés, cosa en cierto modo perdonable en un patriota inglés, sino contra Francia y contra todos los franceses. Me hice el sordo más de una vez, como otros compatriotas míos, pero al fin su conducta llegó á ser tan intolerable que resolví darle una lección. Poco después nos hallábamos varios franceses reunidos una noche en el café de la Posada del Puerto, cuando Farley, sentado á poca distan-

cia y con algunos vasos de vino en el cuerpo, empezó su acostumbrada retahila de insultos contra todo lo francés, sin quitarnos ojo. Por último se levantó y poniéndome la mano sobre el hombro dijo en voz alta:

—Vamos, señor de Laval, un brindis patriótico. ¡Á la salud de Nelson, cuyo brazo no se cansa de matar franceses!

Al decir esto me miraba con sorna, esperando mi respuesta.

—Señor mío, le dije, brindaré con vos á condición de que después aceptéis el brindis que yo proponga.

—¡Aceptado desde luego! exclamó, y bebimos.

—Á vos os toca ahora, señor de Laval, dijo Farley.

—Llenad vuestro vaso, repuse.

—Hasta el borde. Ya está.

—Pues bien ¡brindo por la bala que se lleve el brazo de Nelson!

Apenas acabé de decirlo recibí en plena cara el contenido de un vaso de vino y al cabo de una hora ya estaban arregladas las condiciones del duelo. Tuve el gusto de pegarle un balazo en un hombro y aquella noche, cuando me quedé con Eugenia en el jardín, arrancó ella unas ramitas de

laurel y las puso sobre mi frente, á manera de corona triunfal.

Los tribunales no tomaron cartas en el asunto, pero el resultado del duelo me creó una situación bastante difícil, que servirá para explicar, con las otras razones antes indicadas, por qué acepté sin vacilar la invitación de mi desconocido tío, á pesar de las misteriosas palabras del sobre. Si el señor Bernac tenía influencia suficiente con el Emperador para anular la orden de proscripción dictada contra mi familia, quedaba suprimido el único obstáculo que impedía mi regreso á la patria.

Hé aquí explicado por qué me hallaba, al comenzar este relato, sentado en la borda del lugre, pensando en mi situación presente y en mis proyectos para lo porvenir. Y cuando más sumido estaba en mis meditaciones, vino á interrumpirlas bruscamente el vozarrón del capitán, exclamando:

—¡Vamos, mocito! Ha llegado la hora de saltar al bote.

—¿Al bote? Pero estamos todavía muy lejos de tierra

—Haced lo que os parezca, me interrumpió. Lo que es mi barco no se acerca más á la costa, y podéis llegar á ella en bote ó á nado, como más os plazca.

En vano le recordé que le había pagado el precio convenido, si bien no le dije que para conseguir aquel precio había tenido que dejar entre las garras de un prestamista de Douvres el reloj de oro usado por tres generaciones de Lavales.

—¡Vaya una paga! exclamó ásperamente. ¡Amaina, Jorge! Conque lo dicho, amigo. Al bote, ó á Douvres otra vez. No me acerco á tierra ni una braza más, sobre todo con la tormenta que se nos viene encima por el oeste, precisamente en dirección de los arrecifes de Ambleuse.

—¡Ah! Siendo así iré á tierra.

—¡Ya lo creo que iréis! dijo, con risa tan burlesca que me volví hacia él con intención de castigar su grosería.

Por fortuna para mí, me dije á tiempo que una lucha en aquellas circunstancias y con tal hombre había de serme desfavorable por todos conceptos. Recordé lo sucedido al pobre marqués de Chamfort, que apenas llegó á Inglaterra reprendió á un labriego descortés y el labriego contestó con una puñada tal que le hizo saltar un diente á mi noble compatriota. Hicé, pues, de la necesidad virtud y salté al bote, echaron en él desde cubierta el paquete que contenía mi ropa y efectos (¡qué equipaje para un Laval!) y dos marineros que en el bote esperaban empezaron á

remar lenta pero vigorosamente con dirección á tierra.

Todo hacía esperar una noche tormentosa, porque la negra nube formada poco antes sobre el sol poniente se había extendido rápidamente y sus rasgados bordes cubrían ya buena parte del horizonte. Hacia el oeste, en el punto por donde había desaparecido el sol, los rayos del invisible astro trazaban una línea luminosa que contrastaba con la negrura de las nubes y parecía el fulgor de un gigantesco y lejano incendio. Los dos marineros observaban con frecuencia el aspecto del cielo; lanzaban después una rápida mirada hacia la costa y yo temía á cada instante que resolvieran volverse atrás antes de que estallase la tormenta. Menos por curiosidad que por el deseo de distraer su atención y conseguir que siguieran remando, les pregunté qué luces eran aquellas que habían empezado á brillar á derecha é izquierda del punto á donde al parecer nos dirigiámos.

—Allá, al norte, está Boulogne y al sur queda Etaples, contestó uno de mis remeros.

¡Boulogne! ¡Etaples! ¡Cuantos recuerdos me traían á la memoria aquellos dos nombres! Cuando yo era niño solíamos ir á Boulogne en la temporada de baños y no había olvidado mis paseos

por la playa, trotando al lado de mi padre, y la sorpresa que me causaba ver como los pescadores se descubrían respetuosamente á nuestro paso. Y en cuanto á Etaples, allí nos embarcamos al huir para Inglaterra, al extremo del muelle nos acosó una turba que daba gritos de muerte y yo uní mi voz infantil á la de mi padre para vituperar á los bárbaros que hirieron á mi madre de una pedrada. Allí estaban aquellas dos etapas de mi niñez, señaladas por las luces que brillaban al norte y sur de nuestro bote; y allí estaban también en la obscuridad, entre aquellos dos puntos luminosos y á unas diez millas de distancia, la casa solariega de mi familia y las tierras de Grosbois, en las que habían vivido y muerto los hidalgos de mi nombre aun antes de acompañar algunos de ellos al Duque Guillermo en la conquista de la orgullosa isla que yo acababa de abandonar. Pero en vano me esforzaba por distinguir en la obscuridad un indicio, una luz que me revelase la posición del antiguo hogar.

—Sí, señor, continuó el marino, estamos frente á un buen trozo de costa solitaria y á más de un polluelo de vuestra pluma he ayudado á desembarcar en ella.

—Decidme, amigo ¿por quién me tomáis? le pregunté.

—No es cuenta mía, replicó, pero hay oficios de los que vale más no hablar.

—Vamos ¿creéis que soy un conspirador?

—Vos lo habéis dicho. Pero ya estamos acostumbrados á ello.

—Pues yo os aseguro, bajo mi palabra de honor, que no lo soy.

—¿Un preso escapado, entonces?

—Tampoco.

El marinero se inclinó sobre su remo y pude ver que fijaba en mi rostro una larga y penetrante mirada.

—Pues si sois uno de esos espías de Bonaparte comenzó á decir.

—¡Yo! ¡Espía yo! exclamé con acento tal que bastó para convencerlo de su error.

—Bien está, dijo. El diablo me lleve si sé lo que sois. Pero os aseguro que si hubiera descubierto en vos á un espía no hubiera tenido yo arte ni parte en vuestro desembarco, dijera lo que quisiera el capitán.

—Y cuenta que lo que es yo nada tengo que decir contra Bonaparte, hizo constar el otro marinero con enronquecida voz. Nosotros la gente de mar no tenemos mejor amigo que él.

Me sorprendió oírle hablar así, porque el odio

de los ingleses al emperador excedía á toda ponderación; pero el marinero no tardó en explicarme el por qué de sus sorprendentes simpatías políticas.

—Sí, señor, siguió diciendo; si hoy puede un pobre marinero escabullirse por la costa con unos sacos de café y azúcar y hacerse otra vez á la mar con unos bultitos de seda y tal cual galón de cognac fino, á Bonaparte se lo debe. Los comerciantes hicieron el caldo gordo en su día, pero hoy le toca el turno al pobrete que sabe manejar un par de remos.

Recordé entonces que Napoleón era muy popular entre los contrabandistas, y no sin motivo, pues gracias á él habían monopolizado el tráfico del Canal. El marinero siguió remando con la mano izquierda y extendiendo la derecha hacia un punto de la costa, dijo:

—Allí está Bonaparte en persona.

Los que hoy viven en esta época de profunda paz no pueden comprender bien la viva conmoción que en mí produjeron aquellas palabras. No hacía más de diez años que habíamos oído hablar por primera vez de aquel hombre con el extraño apellido italiano. Diez años, es decir, lo que tarda un soldado raso en llegar á sargento, ó un dependiente en obtener un aumento de sueldo de

cincuenta libras esterlinas anuales. En tan corto plazo aquel hombre, salido de la nada, lo era todo. Llegó un día en que la gente empezó á preguntarse quién era aquel desconocido; al mes siguiente invadió el norte de Italia como una plaga; Venecia y Génova cayeron al empuje de aquel joven, moreno y delgaducho. Temblaban ante él los soldados en el campo de batalla y confundía á los más hábiles diplomáticos en los salones de conferencias. Con energía increíble corrió á Oriente, y mientras los pueblos se preguntaban maravillados cómo había convertido á Egipto en un departamento francés, ya se hallaba él de regreso en Italia y humillaba por segunda vez el poder de Austria. Se trasladaba de un punto á otro con tanta rapidez como la del rumor que anunciaba su próxima llegada; y donde quiera que se aparecía iban también con él nuevas victorias, nuevas combinaciones, el derrumbamiento de los antiguos sistemas y la transformación, cuando no la supresión absoluta, de las líneas fronterizas. Holanda, Saboya, Suiza, no eran ya más que otros tantos nombres en el mapa. Francia iba dilatándose por Europa en todas direcciones. Habían hecho emperador al barbilampiño oficial de artillería, que sin gran esfuerzo se había impuesto á los temibles republicanos ante quienes habían caí-

do el rey de más antigua estirpe y la nobleza más altiva de Europa.

Así fué cómo nosotros, que lo veíamos lanzarse de un punto á otro de Europa cual impulsado por la fuerza del destino y que siempre oíamos su nombre relacionado con alguna nueva victoria, habíamos acabado por ver en él á un ser sobrehumano, á una entidad gigantesca, monstruosa acaso, que eclipsaba á Francia y amenazaba á Europa. La presencia del coloso se extendía á todo el continente, y era tan profunda la impresión de su nombre en mi mente que cuando el marinero inglés señaló hacia la costa diciendo “¡Allí está Bonaparte!” miré ansioso, con la loca esperanza de ver una figura portentosa ó una sombra enorme alzándose amenazadora sobre las aguas del Canal. Aun hoy, después de tantos años y del recuerdo de su caída, la influencia del grande hombre es innegable; pero cuanto pueda decir yo y cuanto podáis leer vosotros no os dará nunca idea exacta de lo que su nombre significaba en aquellos días en que se hallaba en el apogeo de su gloria.

Lo que realmente ví en la costa fué cosa muy distinta de lo que tan locamente esperaba. Hacia el norte se veía un prolongado cabo, de escasa elevación, cuyo nombre no recuerdo en este momento. Á la luz del crepúsculo se había confun-

dido con la línea de aplomado color de la costa, pero al caer la noche había ido destacándose aquella masa negra y tomando, con gran sorpresa mía, un tinte rojizo, un resplandor extraño. Diríase que una espada candente rasgaba las tinieblas, vuelta la amenazadora punta en dirección de Inglaterra.

—¿Qué es aquello? pregunté.

—Pues justamente lo que acabo de decir, contestó el remero. Es uno de los ejércitos de Bonaparte y según las noticias que corren, el mismo Emperador ocupa una de las tiendas. Esa claridad es el reflejo de las fogatas del campamento y podéis estar seguro de que hay por lo menos media docena de campos iguales á ese entre Boulogne y Ostende. Al Bonaparte no le falta audacia para cruzar el Canal, sobre todo si antes pudiera estrellarle á Nelson el único ojo que le queda; pero la verdad es que mientras tengamos á Nelson navegando y alerta por aquí no puede Bonaparte hacer gran cosa, y él lo sabe mejor que nadie.

—Pero ¿cómo sabe Lord Nelson lo que hace Napoleón? pregunté.

El marinero señaló sobre mi hombro y volviéndome divisé en la oscuridad, en el lejano horizonte, tres brillantes lucecillas.

—El Perro Mayor, dijo con su ronca voz.

—Andromeda. Cuarenta y cuatro, añadió su compañero.

Muchas veces he pensado en ellos desde aquella noche, en aquel promontorio semi-iluminado destacándose de la obscura costa, y en los tres puntos luminosos que tanto significaban para las dos grandes naciones rivales siempre frente á frente, el poder naval y el terrestre, cuya lucha ha durado y durará quizás siglos y siglos. Soy francés, pero no dejo de comprender que la lucha es entre la nación única, sin otras hijas, y la robusta Britania, rodeada de numerosos pueblos de su misma raza. Si Francia pierde, muere; pero si Inglaterra es derrotada, lejos de extinguirse dejará tras sí numerosos pueblos encargados de perpetuar su lengua, sus tradiciones y su sangre.

Estábamos cerca de tierra y oíamos ya el romper de las olas en la playa. De repente, mientras procuraba divisar la costa, vimos la obscura forma de un bote que alejándose rápidamente de la playa se dirigía á nosotros en línea recta.

—¡Un guardacostas! exclamó uno de los remeros.

—¡Nos atraparon, Andrés! dijo sordamente el otro, al propio tiempo que procuraba ocultar algo en una bota.

Pero apenas nos vieron los del bote puso éste la proa en dirección al norte y huyó de nosotros con toda la rapidez que pudieron comunicarle ocho vigorosos remeros. Mis dos compañeros lo siguieron con la vista, sorprendidos y jadeantes.

—Vamos, que no tienen la conciencia mucho más tranquila que la nuestra, dijo uno de ellos. Creí que teníamos que haberlas con los del resguardo.

—Lo cual significa, patrón, observó el otro, que no sois vos el único cargamento de contrabando que anda por aquí esta noche.

—¿Qué bote será ese?

—El diablo me lleve si lo sé. Apenas lo ví me encajó un buen trozo de tabaco de Trinidad en la bota, porque he visto antes de ahora el interior de una prisión francesa y sé lo que es pasar trabajos y verse privado de todo. Rema, Andrés, y á tierra.

Momentos después rechinaba la quilla del bote sobre la arena de la playa. Echaron á tierra mi paquete, salté yo tras él y conmigo uno de los marineros que empujó la proa del bote hasta ponerlo otra vez á flote. Los últimos resplandores del ocaso habían desaparecido, las negras nubes de la tempestad cubrían la mitad del cielo y una densa niebla parecía flotar sobre las aguas. El

bote desapareció en la obscuridad, aumentó la violencia del viento y del mar pareció elevarse ronco bramido, precursor de la tormenta.

Tal fué mi regreso á la patria en aquella tempestuosa noche de Abril de 1805. Así volví yo, Luis de Laval, de un destierro de trece años, á los veintiuno de edad, y pisé de nuevo la tierra que mis antepasados habían amado y defendido durante siglos. Mal nos había tratado la patria, en verdad; á nuestros servicios había correspondido con el insulto, la confiscación y el destierro. Pero todo aquello quedó olvidado desde el punto y hora en que yo, el único Laval de la nueva generación, caí de rodillas en aquel sagrado suelo y besé la húmeda arena de la playa.

CAPÍTULO II

LA MARISMA

LLEGADO el hombre á la edad madura puede contemplar, como el viajero desde lo alto de la colina, el ya largo camino recorrido con sus trechos alternados de luz y sombra, sus días felices y sus horas de dolor y de amargura. Entonces sabe de dónde y por qué senderos viene, y divisa claramente los recodos á cuya aproximación se sintió un día lleno de esperanza ó invadido por el temor. Tan fácil y llano aparece todo entonces que no se explica cómo hubo un tiempo en que el camino le pareció peligroso y obscuro y en que vaciló sin saber qué sendero tomar. Al dirigir hoy la vista atrás, no obstante los muchos años que me separan de aquel día, ningún suceso de mi vida se presenta á mi memoria de una manera tan vívida como el arribo á la costa de Francia con todos los detalles é incidentes de aquella noche. Diríase que respiro todavía el aire cargado de emanaciones salinas y que siento á intervalos en mi ros-

tro las violentas ráfagas precursoras de la tempestad.

Lo primero que hice al incorporarme fué guardar en el bolsillo interior del pecho la bolsa que contenía mi escaso caudal. La había sacado para dar una moneda de oro al marinero que me ayudó á saltar á tierra, aunque no dudo que era más rico que yo y de porvenir menos incierto que el mío. Había estado á punto de darle una moneda de plata, pero no me resolví á ello y acabé por entregarle la décima parte de mi fortuna. Guardé cuidadosamente los nueve soberanos que me quedaban y sentándome en una roca me puse á pensar en los sucesos del día y en lo que más convenía hacer. El frío y el hambre empezaban á dejarse sentir y me molestaba el fuerte viento húmedo, pero me decía que en cambio ya no vivía de limosna entre los enemigos de mi país, idea que me regocijaba en extremo. Sin embargo, la morada señorial de mi familia distaba todavía unas diez millas, y tampoco era cosa de presentarme á hora insólita, con traje nada limpio y muy mojado, en casa de un tío á quien no había visto nunca. Me figuré á los lacayos mirando despreciativamente al modesto viajero que volvía de Inglaterra para entrar á escondidas en la casa que debió ser suya. Resolví, pues, buscar alojamiento

por aquella noche y al siguiente día vestirme y aderezarme un poco para producir en mi tío la mejor impresión posible. Pero ¿dónde hallar refugio contra la tormenta?

Quizás se le ocurra al lector preguntarme por qué no me dirigí en seguida á Etaples ó Boulogne. Pues por la misma razón que me obligaba á embarcar secretamente en la costa prohibida. El nombre de Laval seguía al frente de la lista de proscripción, por haber sido mi padre enérgico y famoso jefe de los partidarios del antiguo régimen. No se crea que porque mis ideas eran otras despreciase yo á los que tantos sacrificios habían hecho en pro de sus ideales. La nobleza de Francia había mostrado más lealtad á los Borbones que Inglaterra á los Estuardos, porque Cromwell no tenía lujosa corte ni ricos destinos que ofrecer á los que abandonasen la causa del Rey. Sería imposible exagerar la abnegación de aquellos nobles. Sentados á la mesa de mi padre he visto yo á dos profesores de esgrima, tres de idiomas, un jardinero y un traductor, que procuraba inútilmente ocultar con la mano un rasgón que tenía en la solapa. Y sin embargo, aquellos siete hombres figuraban, como mi padre, entre lo más selecto de la aristocracia francesa y hubieran podido elegir el destino que mejor les pareciese con sólo

olvidar lo pasado y reconocer el nuevo orden de cosas. Pero el proscrito monarca, no obstante su humillación presente y aun su propia incapacidad, seguía contando con la leal adhesión de aquellos Montmorency, Rohan y Choiseul que habían compartido la gloria de la familia real y seguían results á compartir con ella las privaciones de la desgracia. Por eso se veía en las pobres habitaciones del rey desterrado algo más hermoso y máspreciado que los tapices de los Gobelinos y que las porcelanas de Sèvres. Por eso yo en mi ancianidad recuerdo todavía aquellos hombres pobremente vestidos, de graves y corteses maneras, y me descubro con respeto ante el más noble grupo de nobles que registra nuestra historia.

Presentarme en una de las poblaciones de la costa antes de ver á mi tío ó de saber si mi regreso era permitido, equivalía á ponerme en manos de los gendarmes que atisbaban sin cesar el arribo de viajeros procedentes de Inglaterra. Presentarme de buen grado al Emperador ó ser llevado ante él á la fuerza eran dos cosas muy distintas. Bien pensado todo, me pareció lo mejor dirigirme tierra adentro, con la esperanza de encontrar algún pajar ó un casucho abandonado en que pasar la noche, dejando para el día siguiente el decidir la mejor manera de acercarme á mi tío y de lle-

gar por él á la presencia del nuevo árbitro de Francia.

Soplaba un viento huracanado y la obscuridad por la parte del mar era tal que sólo de cuando en cuando veía el brillo fugaz de una ola al romper sobre la playa. Del barco que me había traído de Douvres no quedaba el menor indicio. Por la parte de tierra me parecía divisar una línea de bajas colinas, pero al acercarme á ellas comprendí que la incierta luz había exagerado su altura y que eran sólo montones de arena cubiertos á trechos de zarzas. Seguí andando con trabajo por entre dunas y matas que me enredaban los pies, llevando mi hatillo al hombro y olvidando mis empapadas ropas y ateridas manos al pensar en las numerosas y mucho más graves aventuras y percances que habían tenido mis antepasados por aquellas inmediaciones.

La serie de montecillos de arena iba pareciéndome interminable cuando llegué á lo que creí ser tierra firme. Pero pronto me convencí de mi error y hubiera preferido seguir pisando arena, porque el lugar en que me encontraba, encharcado y á más bajo nivel que la playa, no era durante la marea baja más que una extensa y desolada marisma. Al principio pisé un terreno resbaladizo que pronto se convirtió en verdadero

cenagal en el que á cada paso hundía los pies hasta los tobillos y á veces hasta media pierna. De buena gana hubiera vuelto atrás, pero al procurarlo y cambiar de dirección acabé de desorientarme, contribuyendo no poco á ello el continuo clamor del viento y de las olas, hasta el punto de parecerme que el mar me rodeaba por todos lados. Había oído hablar de personas que saben guiarse por las estrellas, pero mi tranquila vida en Inglaterra no me había enseñado aquella habilidad, ni aun poseyéndola hubiera podido aprovecharla, pues las poquísimas estrellas visibles sólo brillaban á largos intervalos, entre las negras nubes que cubrían el cielo. Seguí, pues, andando á la ventura y fatigosamente, confiando en que la suerte me sacase de aquel lodazal. Pero tanto duró la difícil caminata que, rendido y mojado, empecé á preguntarme si mi primera noche en Francia no sería también la última y si el heredero de los Laval estaría destinado á perecer de frío y cansancio en aquella ciénaga.

Había andado no pocas millas sin llegar á terreno firme, cuando hice un descubrimiento que acabó de desalentarme. Era un matorral, ó mejor dicho un grupo de arbustos blanquecinos que de repente divisé ante mí en la obscuridad. Me pareció reconocerlo; si no el mismo, recordé que una hora

antes había hallado en mi camino unos arbustos idénticos, cuyo raro aspecto me había llamado la atención, y empecé á temer que tan penosa caminata había sido totalmente inútil. Para cerciorarme hice alto, saqué pedernal, eslabón y yesca y momentos después veía las huellas de mis pasos claramente impresas en el lodo, indicando que tras una hora de penosísimos esfuerzos había vuelto al punto de partida. Esto era lo que yo temía, y al verlo confirmado dirigí al cielo una mirada de desesperación; mirada que por cierto me proporcionó el primer indicio, la primera señal capaz de guiarme en aquella incertidumbre.

Ví brillar la luna entre dos nubes y ví en su iluminada superficie una prolongada letra V, que pasó rápidamente, como una flecha sin asta. Era una bandada de patos silvestres que volaban en la misma dirección en que yo miraba. Muchas veces había observado en Kent que esas y otras aves se alejan del mar en tiempo borrascoso y no dudé que los patos me indicaban entonces la dirección que debía seguir para verme libre de la marisma. Emprendí otra vez la marcha, lenta y cuidadosamente para no desviarme de la línea recta y cuidando de dar pasos tan exactamente iguales como me era posible, hasta que al cabo de media hora de marcha ví premiada mi perseverancia con el

brillo de una luz que á no gran distancia rasgaba las tinieblas.

¡Con cuánto placer contemplé aquella lucecilla, que para mí significaba descanso, alimento y protección contra el viento, la lluvia y el frío! Me dirigí hacia ella con toda la prisa que me permitieron mi propio cansancio y lo resbaladizo del suelo. Todo refugio, por miserable que fuese, había de parecerme exquisito en el estado en que me hallaba; y tenía la seguridad de que una de mis monedas de oro bastaría para que el pescador ó labriego dueño de aquella morada prescindiese de toda sospecha y me diera el codiciado asilo.

Pero cuanto más me acercaba más imposible me parecía que la casita estuviera habitada. Donde no estaba cubierto el suelo por un matorral espesísimo, la luz de la luna me permitía divisar á veces los charcos que rodeaban la choza. La luz que me había guiado allí salía por una ventanita cuadrada; de repente desapareció y ví en su lugar el perfil de la cabeza de un hombre que parecía vigilar los alrededores de la casita. Antes de llegar yo á la puerta se retiró de la ventana el hombre y á los pocos momentos volvió á proyectarse en ella la sombra de su cabeza, ocultando otra vez la luz. Evidentemente aquel hombre atis-

baba: ¿temía un ataque, un peligro, ó esperaba á alguien? Su actitud y su misterioso proceder á tales horas y en semejante noche no dejaron de preocuparme un tanto y resolví tomar algunas precauciones antes de arriesgarme bajo el techo de un contrabandista sin fe ni ley, pues por tal empezaba á tomar al misterioso centinela.

Me acerqué cuidadosamente á la ventanita y miré al interior. Lo que ví me tranquilizó algo. En el hogar ardía un buen fuego y sentado junto á él se hallaba un gallardo joven, absorto en la lectura de un libro. Sus bien proporcionadas facciones y el abundante cabello negro, que llevaba suelto y le caía sobre los hombros, daban á su hermosa cabeza un carácter decididamente artístico. Seguía mirándole, cuando colocó el libro abierto sobre una mala mesa inmediata y se aproximó á la ventana. Es indudable que me vió, porque con una exclamación que el viento me impidió oír, hizo un ademán de bienvenida y desapareció. Un instante después se abrió la puerta de par en par y el desconocido, alto y esbelto, apareció en el umbral.

—¡Por fin, amigos! exclamó, cubriéndose en parte los ojos con una mano para protegerlos del viento y la arena. ¡Vamos, creí que no vendríais! Os espero hace dos horas.

Por toda respuesta dí dos pasos hacia él, de modo que la luz me iluminó de lleno el rostro.

—Temo, señor mío, . . . empecé á decir.

Pero no tuve tiempo de acabar la frase. Alzando ambas manos, como un gato enfurecido, procuró inútilmente arañarme y colándose de un salto en la cabaña cerró la puerta de golpe.

La rapidez de sus movimientos y la ridiculez de aquel inesperado ataque contrastaban de tal modo con su aspecto, que me quedé mudo de sorpresa. Pero lo que presencié inmediatamente después aumentó mi asombro.

La arruinada cabaña presentaba numerosas grietas, una de las cuales, inmediata á un gozne de la puerta, me permitía ver todo el extremo de la habitación en que ardía el fuego. Y allí divisé otra vez á mi hombre, que introduciéndose apresuradamente la mano en el pecho saltó hacia el hogar y desapareció por el cañón de la chimenea; sin embargo, seguí viendo sus pies y parte de las piernas mientras permaneció en aquel raro escondite, apoyado en unos ladrillos salientes de la pared. Poco tardó en salir de allí y volver á la puerta.

—¿Quién sois? preguntó con voz que me pareció profundamente alterada.

—Un viajero extraviado, contesté.

Siguió una pausa, como si el desconocido tratase de tomar una resolución.

—Poco ó nada hallaréis aquí que os invite á quedaros, dijo por fin.

—Estoy rendido de cansancio, señor mío, y no creo que me rehuséis asilo. He andado horas enteras por la marisma.

—¿Encontrasteis á alguien en vuestro camino? preguntó apresuradamente.

—No.

—Alejaos algo de la puerta. Este lugar es solitario y no están de más las precauciones.

Retrocedí algunos pasos y mi interlocutor abrió la puerta lo suficiente para asomar la cabeza. Me contempló á su sabor por largo tiempo y luégo preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Luis Laval, dije, juzgando que sería menos peligroso suprimir la partícula nobiliaria de mi apellido.

—¿Á dónde os dirigís?

—Lo único que busco es un techo que me cobije.

—¿Venís de Inglaterra?

—Vengo de la costa.

Movió lentamente la cabeza, como indicando lo poco que le satisfacían mis respuestas.

—No, no puedo admitiros aquí, dijo.

—Pero, permitid

—Es imposible.

—Pues entonces mostradme el camino para salir de la marisma.

—Fácil es. Seguid unos centenares de pasos en esa dirección y veréis las luces de la aldea vecina. Estáis ya casi en el límite del pantano.

Dió uno ó dos pasos fuera de la puerta para mostrarme el camino. Por mi parte comencé á alejarme de la inhospitalaria casa, cuando oí que el desconocido me llamaba.

—Venid, señor Laval, dijo con muy diferente expresión. No puedo permitir que os alejéis en noche tan tempestuosa. Entrad en calor junto al fuego, y un vaso de buen vino acabará de fortaleceros.

Tuve buen cuidado de no desechar la oferta, por más que no acertaba con la razón de tan repentino cambio.

—Mucho os lo agradezco, caballero, dije.

Y entré tras él en la cabaña.

CAPÍTULO III

LA CABAÑA ARRUINADA

DELICIOSA sensación la de sentir el calor del fuego y escapar al helado viento de la costa, pero sensación á la que apenas dediqué unos segundos, porque toda mi atención y curiosidad estaban fijas en aquel solitario morador de la extraña choza. Su aspecto, su cita en la desolada ruina, en lugar desierto y á tan inusitada hora y por último el incidente de la chimenea, todo concurría á excitar poderosamente mi imaginación. Tampoco podía explicarme que momentos después de ordenarme continuar mi jornada, me invitase cordialmente á compartir el abrigo de su choza. Buscaba ávidamente la explicación de tanto misterio, pero traté de ocultar mi curiosidad lo mejor posible, como si me absorbieran por completo mis propias desventuras.

Una mirada al interior de la cabaña bastó para confirmarme en la creencia de que era inhabitable y de que mi huésped sólo había acudido á una

cita en aquella ruina. La humedad había desprendido grandes trozos de cal del techo y las paredes, dejando en ellas manchas parduscas y cubriendo de escombros el suelo. La única habitación no tenía más mueblaje que una mesita sucia y coja. Tres cajones vacíos podían servir de asientos y en un rincón veíanse amontonadas multitud de redes y cuerdas. Un hacha apoyada contra la pared y las astillas restos de otras cajas indicaban la procedencia del combustible que ardía en el hogar. Mi atención quedó reconcentrada muy pronto en la mesa, sobre la cual se veían, además de la lámpara y el libro, una cesta que contenía un jamón, una hogaza y una botella.

Las sospechas y la sequedad de mi huésped habían desaparecido por completo, á juzgar por la cordialidad con que lamentó el estado de mis ropas, empapadas y cubiertas de lodo, y se apresuró á ofrecerme asiento en una de las cajas, que acercó al fuego. Después se puso á cortar para mí unas rebanadas de pan y una tajada de jamón, y mientras lo hacía no pude menos de observar que si bien sonreía continuamente sus negros ojos no dejaban de escudriñarme de pies á cabeza, como preguntándose cuál era mi verdadera misión por aquellos andurriales.

—Por lo que á mí se refiere, continuó di-

ciendo con simulada sinceridad, comprenderéis que en los tiempos que corren aun el más honrado comerciante tiene que aguzar el ingenio y no reparar mucho en los medios para proporcionarse ciertas 'mercancías indispensables; y que habiendo creído oportuno el Emperador, á quien Dios guarde, abolir el libre cambio, se hace necesario venir en persona á estos parajes para conseguir en buenas condiciones un poco de café y tabaco. Puedo aseguraros que en las mismas Tullerías no escasean ambos artículos y que el Emperador saborea sus diez tazas diarias de legítimo Moca sin preguntar su origen, aunque no puede ocultársele que el café no se da en Francia. El reino vegetal es uno de los pocos que Napoleón no ha conquistado todavía, y á no ser por algunos listos traficantes á quienes no arredran dificultades ni peligros, no sé cómo ni dónde podríamos procurarnos determinados artículos. ¿Supongo que vos no pertenecéis á la marina mercante ni al comercio?

Me limité á contestar negativamente, lo cual sólo sirvió para aumentar su curiosidad. En cuanto á los informes dados por él, no me fué difícil leer en sus elocuentes ojos mientras hablaba que todo aquello era pura invención. Á la luz del hogar y de la lámpara pude ver entonces que

la hermosura indudable de su rostro era aun más perfecta de lo que me había parecido al principio, si bien de un tipo que nunca ha sido de mi agrado. Sus finas facciones eran algo afeminadas y pudiera calificarlas de perfectas á no ser por la mal formada boca, que denotaba irresolución y falsedad. Cuanto más le miraba más me convencía de que ni podría estimarlo ni debía temerlo; y futuros sucesos confirmaron lo primero, mas no lo segundo.

—Perdonad, señor Laval, continuó diciendo, mi frialdad de los primeros momentos. Desde la llegada del Emperador á estas costas nos ha caído encima tal nublado de agentes de la policía y del fisco que los comerciantes nos vemos en grave aprieto. De aquí los temores que me infundió vuestra repentina aparición, temores agravados por el estado de vuestras ropas y lo insólito del lugar y de la hora.

La respuesta era obvia y estuve á punto de formularla, pero me contuve á tiempo.

—Puedo aseguraros, dije, que soy sencillamente un viajero desorientado. Ahora que, gracias á vos, he tomado algún alimento y descansado un rato, no abusaré más de vuestra hospitalidad, pidiéndoos tan sólo que me indiquéis el camino del pueblo más cercano.



Permaneció asomado largo tiempo.

—¡Bah! Lo mejor que podéis hacer es permanecer aquí hasta que amanezca. La tormenta arrecia por instantes.

Y como en confirmación de aquellas palabras oímos el rugido del viento, cuya furia hacía temblar las vetustas paredes amenazando desplomarse sobre nuestras cabezas.

Mi compañero cruzó la habitación y dirigiéndose á la ventana permaneció asomado á ella largo tiempo, como lo había hecho antes al acercarme yo á la casucha.

—La verdad es, señor Laval, dijo volviéndose hacia mí con su más amistosa sonrisa, que podéis prestarme muy buen servicio con sólo esperar aquí cosa de media hora.

—¿Cómo así? pregunté, vacilando entre la curiosidad y la desconfianza.

—Pues hablando con toda franqueza—y nunca hombre alguno pareció menos franco que él en aquellos momentos—os diré que estoy esperando aquí á algunos traficantes con quienes suelo hacer negocios; su llegada va retardándose mucho y deseo salir en su busca, pues temo que se hayan extraviado. Por otra parte me haría muy mal tercio que llegasen en mi ausencia y hallasen la casa vacía. Repito, pues, que me haríais un verdadero favor permaneciendo aquí media hora más

y explicando á mis amigos lo ocurrido si llegasen antes de mi regreso.

La propuesta parecía bastante razonable, pero al hacerla había en la mirada de aquel joven algo que contradecía sus palabras y aumentaba mi recelo. Sin embargo, no ví objeción fundada que hacer y desde luego me dije que ningún otro plan me hubiera permitido satisfacer mi curiosidad de una manera más completa y segura. ¿Qué había escondido el engañoso joven en el cañón de la chimenea, y por qué se había apresurado á ocultarlo apenas me vió? Mi aventura quedaría incompleta sin la solución de aquel misterio.

—Seguro estoy de que me complaceréis, dijo tomando el negro sombrero de anchas alas y dirigiéndose á la puerta; é importa que yo salga en seguida en busca de mis amigos.

Con esto cerró tras sí la puerta precipitadamente y oí sus primeros pasos en la encharcada tierra, al alejarse de la cabaña. Único morador de ésta y dueño de investigar sus secretos, comencé por leer el título del libro que yacía sobre la mesa: era el *Contrato Social* de Rousseau, obra excelente pero que á duras penas esperaba hallar en manos de un mercader en tratos con contrabandistas. En la portada se veía escrito el nombre "Luciano Lesage" y debajo, en letra de

mujer, “Sibila á Luciano.” No dudé que Lesage era el nombre de mi apuesto cuanto siniestro conocido, y sólo me faltaba averiguar qué había ocultado en la chimenea. Fuí á la puerta, escuché atentamente y no oyendo rumor alguno alarmante me dirigí al hogar.

La chimenea era de antiguo modelo, muy espaciosa, y poniendo los pies en unos hierros y ladrillos que proyectaban á un lado del fuego, como le había visto hacer á Lesage, ascendí sin dificultad y sin notar apenas el calor y el humo del hogar. La primera mirada me mostró lo que buscaba. En la cavidad formada por la caída ó la extracción de una piedra, ví y palpé un pequeño paquete con el cual bajé inmediatamente para examinarlo á la luz de la lámpara.

Era un bultito cuadrado, envuelto en tela encerada de color amarillo y atado con una cinta blanca. Al abrirlo hallé buen número de cartas y un gran pliego de papel en muchas dobleces. La lectura de los sobrescritos de las cartas me dejó asombrado. La primera estaba dirigida al Ciudadano Talleyrand; las otras, con la misma republicana sencillez, á los Ciudadanos Fouché, Soult, Mac Donald, Berthier, en una palabra, la lista entera de los hombres famosos en la diplomacia y en la guerra que eran los más poderosos

apoyos del nuevo Imperio. ¿Qué podía escribir á tales personajes aquel pretendido comerciante en café? Quizás hallase la solución en el pliego de papel, que desdoblé; y me bastó leer el primer párrafo para convencerme de que mi seguridad personal hubiera corrido mucho menor peligro en la playa, bajo la tempestad, que en aquella maldita cabaña.

He aquí lo que leí:

“CIUDADANOS: El suceso de hoy ha demostrado que ni aun en medio de sus tropas puede un tirano escapar á la justa venganza de un pueblo ultrajado. Los tres miembros de la Junta que actúa provisionalmente en nombre de la República, han impuesto á Bonaparte el mismo castigo que recayó en su día sobre Luis Capeto. Al vengar así el crimen del 18 de Brumario”

Hasta aquí había llegado en mi lectura cuando el corazón me dió un salto en el pecho y el papel se escapó de mi mano. Parecióme que dos aros de hierro me oprimían súbitamente los tobillos y á la luz del hogar ví con horror dos manos enormes, cubiertas de negro vello, como las garras de una fiera.

—¡Hola, amigo! gritó una voz de trueno.
¡Lo que es esta vez caíste en el garlito!

CAPÍTULO IV

PÁJAROS DE CUENTA

No tuve tiempo de pensar en la situación extraordinaria y humillante en que me encontraba, porque un violento tirón de mi agresor me hizo caer de espaldas, dando tan tremendo golpe en el suelo que estuve á punto de perder el conocimiento.

—No lo mates todavía, Tousac, dijo una voz melosa. Ante todo hay que averiguar quién es.

Sentí la presión de un dedo pulgar sobre mi barba al propio tiempo que dos manos me oprimían la garganta, haciéndome volver la cabeza lentamente hasta que la tensión llegó á ser intolerable.

—Un cuarto de pulgada más y se acabó, dijo el mismo vozarrón que había oído antes. Mi procedimiento es infalible.

—¡No, Tousac! ¡No! exclamó el otro. Una vez te ví aplicar ese procedimiento, como tú lo llamas, y el horrible chasquido resonó en mis oídos

por largo tiempo. ¡Pensar que esos dedos y sobre todo ese pulgar enorme bastan para poner instantáneo fin á una vida humana! Cierto es que la inteligencia puede dominar á la materia, pero . . . á respetuosa distancia.

Tenía yo el cuello torcido á un lado de tal manera que no podía ver á los que estaban discutiendo mi suerte. Tendido en el suelo, inmóvil, escuchaba.

—La verdad es, querido Carlos, que este hombre conoce nuestro secreto y que se trata de su vida ó de las nuestras. Hay que despacharlo. Suéltalo un momento, Tousac, que no puede escapársenos.

En quien así habló reconocí inmediatamente al joven que me había hecho caer en aquel lazo. Y apenas acabó de hablar, una poderosa mano me levantó con fuerza irresistible, hasta dejarme sentado en el suelo. Entonces pude mirar, medio aturdido, á los que me rodeaban y de quienes conocía, por lo pronto, los planes homicidas así pasados como futuros. Comprendí que en aquel solitario lugar me hallaba por completo á merced de mis captores; pero recordé el nombre que llevaba y disimulé lo mejor posible el terror que me helaba el corazón.

Además del joven con quien había hablado



Á Tousac le correspondía el papel de verdugo.

antes ocupaban la cabaña dos reciénllegados. Le sage estaba en pie junto á la mesa, con su libro en la mano y me contemplaba sonriente, con la tranquilidad del que ve á su adversario vencido y reducido á la impotencia. Cerca de él y sentado en una de las cajas vacías ví á un hombre de unos cincuenta años de edad, delgado, con la cara llena de arrugas y de color cetrino. Vestía un traje pardo y el calzón corto revelaba la risible delgadez de sus piernas. Al mirarme movía la cabeza con expresión solemne y comprendí que la compasión era incompatible con aquellos ojos grises de duro mirar.

Pero el que más me alarmó fué Tousac. Era un coloso, fornido más bien que alto, pero de un desarrollo muscular tan poderoso que le hacía parecer deforme. Sus torcidas piernas semejaban las de un orangután gigantesco y en todo su ser había algo del bruto, de la fiera. La erizada barba le cubría el rostro hasta los ojos y más bien que mano era una garra la que me asía brutalmente por el cuello. Sus aviesos ojos negros se fijaban en mí y en los otros dos testigos de aquella escena, como dirigiéndoles una pregunta muda y siniestra. Los otros podrían ser mis jueces; á Tousac le correspondía indudablemente el papel de verdugo.

—¿De dónde viene? ¿Quién es? ¿Cómo ha descubierto el escondrijo de las cartas? preguntó el hombrecillo.

—Al presentarse aquí creí que érais vosotros, contestó Lesage. Convendréis en que con semejante tiempo y en noche tan oscura no eran de esperar muchos pascantes por la marisma. Al descubrir mi error cerré la puerta y escondí los papeles en la chimenea. Había olvidado que podía verme por las rendijas de la puerta, pero al salir poco después para mostrarle el camino ví una grieta enorme junto al gozne y comprendí instantáneamente que me había visto, que su curiosidad debía hallarse fuertemente excitada y que probablemente hablaría del caso á otros. Le llamé en seguida y le hice entrar para proporcionarme algún tiempo y poder tomar una resolución.

—¿Por Dios vivo! ¿No teníais ahí el hacha? rugió Tousac. Un par de toques bien dados y un agujero en la arena. ¿Qué más queríais?

—Bien está eso, amigo Tousac. Pero no es de buenos jugadores el empezar la partida con el as de triunfo. Más había de conseguir con un poco de diplomacia

—¿Qué hicísteis, pues?

—Mi primer objeto fué averiguar si este señor Laval

—¿Qué nombre decís? preguntó el de más edad.

—Laval. Por lo menos así pretende llamarse. Lo primero, como digo, era saber si me había visto esconder los papeles. Esto era de suprema importancia para nosotros y dado el giro que han tomado los sucesos lo es también ahora para él. Combiné mi plan, esperé hasta que os ví venir y entonces lo dejé solo en la casa. Por la ventana le ví dirigirse derechamente al escondrijo, entramos, rogué á Tousac que tuviera la bondad de dar en tierra con el caballerito y ahí le tenéis.

Al concluir Lesage miró orgullosamente en torno como esperando el aplauso de sus oyentes, y el viejecillo procedió á complacerle dando dos ó tres palmaditas, sin dejar de mirarme muy atentamente.

—Querido Lesage, dijo, os habéis conducido con gran discreción. El día en que nuestra nueva República necesite un buen jefe de policía ya sabemos á quién nombrar. Confieso que cuando después de guiar á Tousac hasta aquí me mostrásteis las piernas de un desconocido medio oculto en la chimenea me quedé como quien ve visiones, y eso que no me desconcierto fácilmente. Pero el buen Tousac, siempre práctico, lo que hizo fué agarrar de firme las misteriosas piernas

—¡Basta de charla! gruñó el hércules. Por haber nosotros hablado mucho y hecho muy poco lleva hoy Bonaparte una corona, cuando á la fecha no debería de tener ni cabeza en que ponérsela. Acabemos con este mozo y procedamos á lo que importa.

El tipo refinado, aristocrático, de Lesage me hizo buscar en él un protector posible, pero sus grandes ojos fijaron en mi una mirada de increíble dureza.

—Tousac tiene razón, dijo. Dejarlo partir llevándose nuestro secreto es poner en peligro nuestra propia seguridad.

—¡El diablo cargue con nuestra seguridad! gritó Tousac. Nuestros proyectos son los que se hallan en peligro. Eso es lo único que importa.

—Ambas cosas son compatibles, observó Lesage. Lo que no ofrece duda es que el artículo 13 de nuestro Reglamento define muy tersamente lo que ha de hacerse en tales casos. Si algo hay que censurar la responsabilidad recae sobre los que redactaron ese artículo 13.

Cuando ví que el joven Lesage secundaba los feroces propósitos de Tousac se me oprimió el corazón; y sólo cobré algún ánimo al notar que el tercer personaje, cuya persistente mirada no

se apartaba de mí, empezaba á demostrar alguna alarma ante las amenazas de muerte de sus compañeros.

—Mi querido Luciano, dijo con cariñoso acento poniendo una mano sobre el hombro del joven, nosotros los filósofos, los hombres pensadores, debemos respetar la vida humana. Muchas veces hemos convenido en que á no ser por los excesos de Marat

—Con todo el respeto debido á vuestra opinión, amigo Carlos, interrumpió Lesage, y después de recordaros que he sido siempre tan adicto como obediente discípulo vuestro, permitidme repetir que nuestra propia salvación depende de lo que ahora decidamos y que no hay término medio posible. La crueldad me repugna; pero vos presenciasteis conmigo hace meses la necesaria ejecución del policía de Londres y convendréis en que Tousac le impuso silencio para siempre con tanta destreza y rapidez que la ejecución fué sin duda más penosa para los espectadores que para la víctima. Esta no oyó, de seguro, aquel crujido horrible que anunció el fin instantáneo de su existencia. Lo que vos y yo tuvimos el valor de presenciar entonces—y no creo equivocarme al decir que vos fuisteis el más activo instigador de aquella ejecución—bien podemos presenciarlo otra vez

ahora, en circunstancias de vital interés para nosotros

—¡No, no, Tousac! ¡Detente! gritó el otro con expresión de viva angustia y temor, al ver que la velluda mano de Tousac se posaba otra vez en mi garganta, apoyado en la barba el temible pulgar. Á vos apelo, Luciano, para que no permitáis que se consuma semejante acto. Así lo aconsejan, además de las razones del orden moral, otras de carácter eminentemente práctico. Pensad que si fracasan nuestros planes, lo que vos aconsejáis bastaría para disipar toda esperanza de clemencia

Aquel argumento produjo decidida impresión en el joven, que palideció visiblemente.

—La verdad es, dijo con esfuerzo, que de ningún modo podemos esperar clemencia. Creedme, Carlos, no hay más remedio que cumplir con el artículo 13.

—Pero indudablemente ha de concedérsenos alguna latitud, como miembros que somos de la comisión redactora.

—Nada de eso. Para alterar el reglamento se necesita el voto de la mayoría, dijo prontamente Lesage, resuelto á refutar todos los argumentos del otro.

Bajo la presión de los crueles dedos de Tousac

empezó mi barba á describir un movimiento de rotación hacia el hombro y encomendé mi alma á la Virgen y al venerado San Ignacio, que ha sido siempre el excelso patrón de mi familia. Pero al ver aquello el llamado Carlos, que parecía haberse convertido en mi protector, se lanzó hacia Tousac y empezó á forcejear, aunque inútilmente, con las mañazas de mi agresor.

—¡Os digo que no le mataréis! gritó furioso. ¿Quiénes sois vosotros para oponer vuestra voluntad á la mía? ¡Suéltalo, Tousac! ¡Retira ese dedo de su barba! ¡Os digo que no, que no! ¡Os lo prohibo!

Y entonces, como viera en los rostros implacables de sus compañeros que de nada servían sus órdenes y gritos, empezó á suplicarles.

—¡Oidme! les decía. Os hago una propuesta. Oid vos, Luciano. Dejadme interrogarle. Si es un espía, un agente de la policía, se lo entrego en absoluto á Tousac. Pero si resulta ser un viajero inofensivo á quien su mala suerte ha traído aquí, sin más culpa que una tonta curiosidad, lo dejáis por mi cuenta.

Habrá notado el lector que desde el principio de aquella escena no había yo dicho palabra, ni despegado los labios en defensa propia, por lo cual me sentí más tarde muy satisfecho de mí

mismo, aunque confieso que mi silencio se debió más al orgullo que al valor. Perder á una la vida y el respeto de mí mismo era más de lo que podía soportar. Pero al oír aquella proposición, aquel esfuerzo supremo de mi inesperado defensor, aparté los ojos del bárbaro que me sujetaba para fijarlos en el otro que se obstinaba en condenarme. La brutalidad del uno me alarmaba menos que la actitud interesada del otro, pues demasiado sabía que no hay juez más inflexible ni más severo que el que tiene motivos para temer al acusado.

Mi vida dependía de la respuesta que diera Lesage á la proposición de mi protector. Pero Lesage se sonrió plácidamente al observar la viva emoción de su compañero y se limitó á repetir con desesperadora frialdad:

—¡El artículo 13! ¡El artículo 13!

—Yo asumo toda la responsabilidad, declaró Carlos.

—Y yo voy á decir dos palabras, interpuso Tousac con ronca voz. Hay otro artículo además del 13, y es el que manda aplicar á los encubridores la misma pena que á los culpables á quienes protegen.

Este ataque directo no intimidó á mi campeón, que dijo con toda calma:

—Como hombre de acción eres excelente, Tousac; pero cuando se trata de elegir entre dos caminos, vale más que lo dejes á otras cabezas mejor organizadas que la tuya.

El tono de indiscutible superioridad con que pronunció estas palabras produjo marcada impresión en aquel salvaje, que se limitó á encogerse de hombros murmurando una protesta.

—Por lo que á vos se refiere, Luciano, continuó mi defensor, me sorprende que con tal tenacidad os opongáis á mis deseos, olvidando al parecer la posición á que aspiráis en mi familia. Además, si comprendéis hoy los principios de la verdadera libertad y figuráis entre el pequeño número de los elegidos que nunca han desesperado de la República ¿á quién se lo debéis?

—Sí, sí, Carlos; reconozco la verdad de cuanto decís, replicó Lesage con agitación evidente. En otras circunstancias sería yo el último que se opusiera á vuestros deseos, pero esta vez temo que vuestro buen corazón os haga caer en error gravísimo. Está bien; haced á ese hombre cuantas preguntas os parezca, pero sigo creyendo que el asunto tiene una sola solución.

Así lo creía yo también, porque poseyendo en su totalidad el secreto de aquellos conspiradores resueltos á todo, ¿qué esperanza podía abrigar de

que me dejasen salir con vida de la cabaña? Y sin embargo, tan dulce es vivir y tan bienvenida la suspensión, por corta que sea, de una sentencia de muerte, que al retirar Tousac la mano que me atormentaba tuve un instante de profunda alegría. Momentos después comenzó el interrogatorio:

—¿De dónde venís?

—De Inglaterra.

—Pero ¿sois francés?

—Sí.

—¿Cuándo llegasteis?

—Esta noche.

—¿Cómo?

—En un lugre, procedente de Douvres.

—Dice la verdad, asintió el coloso. Sí, lo que es ahora dice la verdad; nosotros vimos el lugre y vimos también que alguien procedente del mismo desembarcaba en la costa, á tiempo que se apartaba de ésta la goleta que me había traído.

Recordé aquella embarcación, la primera que ví en la costa de Francia. Bien lejos estaba de figurarme entonces lo que aquel barco significaría para mí.

Después de esto mi defensor empezó á dirigirme una serie interminable de preguntas, tan vagas como inútiles, y lo hizo de una manera va-

cilante, muy lenta, que renovó el descontento y los murmullos de Tousac. El tal interrogatorio empezaba á parecerme una farsa, cuando noté en la expresión y en la actitud de mi examinador algunos detalles que me llamaron la atención y me hicieron comprender que tenía determinado propósito. ¿Cuál era éste? ¿Deseaba ganar tiempo? Y de repente, al hacerme esta pregunta, con la lucidez que muchas veces es consecuencia de una extremada tensión nerviosa, me convencí de que efectivamente esperaba algo, y que era presa de la más viva agitación. Lo leí sin vacilar en sus facciones contraídas, en la inclinación de la cabeza y la posición de la mano ahuecada tras de la oreja para oír mejor, no mis palabras sino los sonidos del exterior; y por último en el incesante parpadeo y la expresión reveladora de los ojos. Era evidente que esperaba con ansia una intervención exterior inminente y que seguía hablando y preguntando sin ton ni son con el único propósito de ganar tiempo. Tan seguro de ello estaba yo como si me lo hubiera confesado al oído; y en mi acongojado corazón empezó á despertarse una ligera esperanza.

Pero toda aquella palabrería acabó con la paciencia de Tousac, que lanzando una blasfemia nos interrumpió bruscamente.

—¡Basta de simplezas! dijo. No he venido yo de Londres ni arriesgado mi vida para oír tantos dimes y diretes. Despachemos á éste espía y ocupémonos en cosa de más entidad.

—Conforme, dijo mi campeón. Esta cabaña tiene una oculta y excelente alacena que puede servir de muy segura prisión. Pongamos allí á este hombre, procedamos á despachar los asuntos objeto de nuestra reunión y más adelante estaremos siempre á tiempo de decidir su suerte.

—Eso es, y entre tanto que oiga cuanto aquí digamos, observó Lesage.

—¿Qué mosca os ha picado? gritó Tousac, clavando en mi protector una mirada en la que se leían sus sospechas. Nunca os he visto hacer tantos aspavientos, y menos que nunca cuando dimos pasaporte al agente de la policía inglesa. Este bribón posee nuestro secreto, y ó lo matamos aquí mismo ó lo hemos de ver declarando contra nosotros ante el tribunal que ha de juzgarnos. Organizar una conspiración y permitir que un extraño se entere de cuanto hacemos y vaya pregonándolo por ahí es no tener sentido común. ¡Ea! Lo que hay que hacer ahora mismo es retorcerle el pescuezo á este títere. No más charla.

Las velludas manos iban á torturarme de

nuevo, cuando Lesage se levantó de un salto y quedó inmóvil, pálido, en actitud de quien procura oír un rumor lejano.

—Alguien se acerca, murmuró.

—Así lo creo, asintió el de más edad.

—¿Quién será?

—Silencio. ¡Escuchad!

Más de medio minuto permanecimos todos sin movernos, escuchando atentamente.

—¡Bah! No es nada, dijo por fin Lesage con nerviosa sonrisa. El viento suele producir sonidos tan extraños

—Pues yo nada he oído, dijo Tousac.

—¡Silencio! exclamó el tercero. ¿Lo oís ahora?

Sobre el rumor de la tempestad se elevaba una nota aguda, estridente, que se repitió después, ya más cercana. Los tres hombres se miraron.

—¡Es el ladrido de un perro!

—¡Nos siguen el rastro!

Lesage corrió hacia el fuego y le ví arrojar á las llamas los comprometedores documentos, que pronto quedaron convertidos en cenizas.

Tousac se apoderó del hacha. El hombrecillo apartó el montón de redes y cuerdas que yacían en un rincón de la cabaña y abrió una puertecilla

de alambre que daba entrada á lo que me pareció ser armario ó alacena.

—¡Aquí! me dijo en voz baja. ¡Pronto!

Y al entrar yo en aquel refugio le oí decir á los otros que allí estaría seguro y podrían disponer de mí cuando y como les pareciese.

CAPÍTULO V

EN NOMBRE DE LA LEY

MI escondite era ni más ni menos que lo que había dicho el vejete; una alacena, y no muy espaciosa ni muy alta de techo, sin más luz ni aire que los escasísimos recibidos por la enrejada puercecilla. Esta me permitía ver toda la pieza contigua, y aunque desfallecido, escapado apenas á una muerte cruel, me fascinaron por completo las escenas que presencié desde aquel rincón.

Mi protector, con su emaciado rostro tan impassible siempre, había vuelto á sentarse en una de las cajas y cruzadas las manos sobre las rodillas permanecía en actitud de perfecta indiferencia. Junto á él Lesage parecía temblar de miedo; las desencajadas facciones y la palidez del rostro denotaban el más profundo terror. En cuanto á Tousac, en pie junto al fuego, asiendo firmemente el mango del hacha é inclinada hacia atrás la cabeza, permanecía inmóvil en actitud de soberbio reto. No había pronunciado una palabra, pero

todo en él indicaba que su cuerpo entero, hasta la última fibra, se hallaba preparado para una lucha suprema. Y de pronto, al oirse más cercanos los furiosos ladridos, ví á Tousac correr hacia la puerta y abrirla de par en par.

—¡No! ¡No dejéis entrar al perro! exclamó Lesage.

—¡Estúpido! Nuestra salvación está en matarlo.

—Pero lo traerán atado, entrarán con él

—Si es así estamos perdidos. Pero si, como creo, el perro se ha escapado y viene solo, todavía podemos huir de aquí.

Lesage retrocedió hasta la mesa, con los espantados ojos fijos en la puerta. El vejete seguía impávido y noté que se sonreía y que llevaba la mano al pecho, donde probablemente tenía oculto un puñal ó una pistola. Tousac, erguido y resuelto, se hallaba entre ellos y la puerta, y á pesar de lo mucho que lo temía y despreciaba no pude menos de admirar su valor. Tal era mi interés en aquel cuadro y en la suerte de aquellos tres hombres, que por el momento olvidé mis propios tormentos y peligros. Único espectador de inminente drama, esperé ansioso é inmóvil.

Un instante después comprendí que los tres veían algo que yo no alcanzaba á descubrir desde

mi escondrijo. Lo leí en la expresión ansiosa de sus rostros. Tousac levantó el hacha y se preparó á descargar el golpe. Lesage se cubrió los ojos con las manos y el otro cesó de mover las escuálidas piernas y miró fijamente á la puerta. Después oí la carrera desesperada del perro, el chapoteo de sus patas en los charcos, y ví el cuerpo amarillento de un lebrel enorme, que se lanzó de un salto sobre Tousac. El hércules lo esperaba y el hacha hendió la garganta del animal, con tal fuerza que el mango se partió en dos pedazos. El pesado cuerpo del lebrel cayó sobre Tousac y dió con él en tierra, donde rodaron ambos asidos en mortal combate, como dos fieras. El hombre logró por fin rodear con sus manazas el cuello del lebrel, oí un sonido extraño, como el producido al rasgar un pedazo de lona, y el perro lanzó un doloroso quejido. Tousac se levantó, con las manos chorreando sangre y el animal quedó inmóvil en el suelo.

—¡Ahora! gritó Tousac con estentórea voz. ¡Ahora! y se lanzó á la carrera fuera de la cabaña.

Lesage se había refugiado en un rincón durante la lucha y al oír el grito de Tousac volvió hacia el viejo los azorados ojos y dijo, temblándole la voz:

—Sí, sí, Carlos, huyamos. El perro ha de-

jado á los polizontes á gran distancia y quizás podamos escapar aún.

Pero el otro, con la misma imperturbable calma, se dirigió pausadamente á la puerta y cerrándola le echó llave por dentro.

—Mi opinión, amigo Luciano, dijo, es que debéis permanecer tranquilamente aquí.

Lesage le miró asombrado y un instante después ví cómo un nuevo terror alteraba sus facciones.

—Pero ¿no comprendéis, Carlos? balbuceó.

—¡Oh, sí! Creo comprender muy bien, replicó el viejo sonriéndose.

—Dentro de breves instantes estarán aquí. El perro se les escapó dejándolos en la playa, pero vendrán, de seguro, porque no hay otra casa que esta.

—Estoy convencido de que vendrán aquí.

—¡Pues entonces, huyamos! La obscuridad puede salvarnos

—No. Vos y yo vamos á esperar aquí.

—¿Estáis loco? Pues bien, sacrificad vuestra vida si queréis, pero no la mía.

Corrió hacia la puerta, pero el otro le salió al paso con ademán tan resuelto y amenazador que Lesage retrocedió vacilante, como si hubiera recibido un golpe.

—¡Necio! exclamó su compañero. ¡Pobre necio!

Lesage le miró atónito, entreabierta la boca, dobladas las rodillas y con las manos en alto, imagen viva del más abyecto terror.

—¡Vos, Carlos, vos! balbuceó.

—Sí, yo, dijo el otro con su sonrisa más sardónica.

—¡Un agente de policía, vos, el alma de nuestra sociedad! ¡Vos, miembro de nuestro consejo supremo, el hombre que nos guiaba! No, Carlos, no seréis tan cruel que queráis perderme. Ya me parece oírlos. Dejadme pasar; os lo ruego, Carlos, dejadme huir.

El impasible Carlos movió la cabeza negativamente.

—Pero ¿por qué á mí? ¿Por qué no á Tousac?

—Si el perro le hubiera clavado de firme los dientes á Tousac, os tendría á los dos en mi poder. Pero el amigo Tousac es hueso algo duro de roer para un hombrecillo como yo. No, mi buen Luciano; estáis destinado á ser el único trofeo de mi lanza y espada, y bien podéis ir conformándoos á ello porque la cosa no tiene remedio.

Lesage se golpeó la frente, como para convenirse de que no soñaba.

—¡Un agente de policía! murmuraba. ¡Carlos agente de policía!

—Ya me figuraba yo que os sorprendería.

—Pero si vos érais el más republicano de todos nosotros. Nunca os parecíamos bastante avanzados. Cuántas veces nos hemos reunido en torno vuestro para oír vuestras teorías ¡Y Sibila! No me digáis que Sibila es también una espía. Pero, no: es imposible, Carlos. ¡Decid que os chanceáis!

El viejo volvió á sonreirse y fijó en Lesage una mirada burlona.

—Vuestra sorpresa me halaga mucho, dijo; aunque confieso que creía haber representado mi papel con bastante destreza. No es culpa mía que esos torpes hayan dejado escapar el perro, pero tendré siquiera la satisfacción de haberme apoderado sin auxilio ajeno de un conspirador tremebundo y peligroso

Aquí no pudo menos de sonreirse otra vez, como si le hiciera gracia aquella descripción de su prisionero.

—El Emperador, prosiguió, sabe cómo recompensar á sus amigos; y sabe también castigar á sus enemigos.

Mientras hablaba no perdía de vista al otro,

y al decir esto llevó la mano al pecho y mostró á Lesage la culata de una pistola.

—Es inútil, dijo, como si adivinara los pensamientos del joven. Vos permaneceréis aquí, vivo ó muerto.

Lesage ocultó el rostro entre las manos y empezó á sollozar como un niño.

—Vos habéis sido el peor de nosotros, gimoteó. Vos dijisteis á Tousac que matase al espía inglés y vos fuisteis quien le pegó fuego á la casa de la Gran Avenida. ¡Y ahora os volvéis contra nosotros!

—Muy cierto; hice todo eso porque tenía que hacerlo, porque no había llegado el momento de descubrir vuestros planes.

—Pero vuestra propia conducta os pierde, Carlos. ¿Qué diréis cuando yo lo revele todo, para defenderme? ¿Cómo explicaréis todo eso al Emperador? Si queréis, todavía estáis á tiempo de evitar que yo haga público cuanto sé de vos.

—Pues bien pensado todo, creo que tenéis razón, amigo Luciano, dijo Carlos sacando la pistola y amartillándola. Es muy posible que me haya excedido un poco en mis instrucciones, y como vos decís muy bien, todavía estamos á tiempo de arreglarlo todo. El entregaros muerto ó

vivo es cuestión de detalle, y voy creyendo que me tiene más cuenta entregaros muerto.

Horrible como había sido el espectáculo de Tousac destrozando con sus garras la garganta del perro, no me produjo el estremecimiento que entonces agitó mi cuerpo. Sentía tanta compasión como desprecio por aquel infortunado joven, nacido para el estudio, para artista quizás ó para poeta, é impulsado por una voluntad más poderosa que la suya á ensayar un papel tan impropio de él como de un niño. En aquel momento perdoné á Lesage la mala partida que me había jugado y el egoísmo con que había querido sacrificarme. Al oír la fría amenaza de su compañero se había arrojado al suelo y allí permanecía temblando y gimiendo, mientras el temible viejo, sin dejar de sonreirse cínicamente, le dirigía el cañón de la pistola. Jugó con aquel cobarde indefenso como un gato con un ratón; pero en su mirada inexorable ví acercarse el momento de la catástrofe, ví el dedo que se aprestaba á disparar Horrorizado, incapaz de presenciar sin protesta aquel asesinato á sangre fría, empujé violentamente la puertecilla y me precipité en la habitación. Iba á interceder por la víctima cuando se oyó afuera súbito rumor de voces y pasos.

—¡En nombre del Emperador! gritó una voz vibrante, seguida de ruido de armas y de un tremendo golpe contra la puerta que la arrancó de sus goznes y dió con ella en tierra.

El viento seguía soplando furiosamente. Á corta distancia de la puerta ví un grupo de soldados á caballo, y en el umbral un jefe de alta graduación, á juzgar por su galoneado y magnífico uniforme de húsar y por la distinción y arrogancia de su porte. Era alto y delgado, y el elegante uniforme azul claro y plata, con botas hasta la rodilla, le sentaba admirablemente. Sin dignarse tocar el sable cuya empuñadura brillaba á la luz de la lámpara, sin saber qué peligros podían amenazarle, nos contempló tranquilamente y su rápida mirada abarcó después todo el interior de la cabaña. Pálido, de hermosas facciones y con largo y retorcido bigote, su aspecto y su aire resuelto me hicieron formar de él muy favorable opinión.

—¿Y bien? preguntó. ¿Qué tenemos aquí?

El más viejo de mis dos compañeros volvió á guardar la pistola en el bolsillo del pecho.

—Este es Luciano Lesage, dijo.

El húsar miró con desprecio al hombre prostrado en el suelo.

—¡Bonito conspirador! exclamó. ¡Levántate,

cobarde! Á ver, Gerardo, encárgate de él y llévalo al campamento.

Un oficial muy joven y dos soldados entraron en la choza con gran ruido de espuelas y se llevaron al preso arrastrando, casi desvanecido.

—¿Dónde está el otro, Tousac?

—Mató al perro y se escapó. Lesage hubiera huído también á no impedírsele yo. Si hubierais tenido al perro bien sujeto, los dos estarían ahora en nuestro poder; pero no se ha perdido todo y creo, coronel Lasalle, que merezco vuestros elogios.

Al decir esto se adelantó tendiendo la mano, pero el coronel giró rápidamente sobre sus talones.

—¿Oís, general Savary? preguntó mirando hacia el grupo de soldados. Se ha escapado Tousac.

En el círculo de luz formado por la lámpara ví aparecer un arrogante joven, alto y moreno. La contracción de sus facciones revelaba el pésimo efecto que le producía aquella noticia.

—¿Dónde está? ¿Dónde hallarle? preguntó.

—Huyó hace más de un cuarto de hora.

—Pero si es que entre todos los conspiradores no hay hombre más peligroso que Tousac. El Emperador se pondrá furioso. ¿En qué dirección huyó?

—Supongo que habrá tomado tierra adentro.

—¿Y quién es éste? preguntó el general Savary señalándome con el dedo. De vuestros informes deduje que sólo hallaríamos dos aquí, señor

—Prefiero que no se citen nombres, interrumpió precipitadamente el interpelado.

—Lo comprendo, dijo el general con sarcasmo.

—Os hubiera dicho que esta cabaña era el lugar de la cita, pero no se decidió así hasta el último momento. Os dí los medios de seguir el rastro á Tousac, pero dejasteis escapar al perro. En mi opinión, general, tendréis que responder al Emperador por la manera como habéis dirigido esta expedición.

—Eso, señor mío, es asunto nuestro, dijo el general severamente. Entre tanto, no me habéis dicho quién es este individuo.

Me pareció inútil ocultar mi nombre, porque tenía encima una carta que lo hubiera revelado desde luego.

—Me llamo Luis de Laval, dije con orgullo.

Confieso que en Inglaterra nosotros los emigrados nos habíamos exagerado nuestra propia importancia. Creíamos que la Francia entera se preguntaba cuándo nos dignaríamos volver, mientras que en realidad Francia había olvidado casi

por completo nuestra existencia, para dedicar su atención á la rápida marcha de nuevos é ingentes sucesos. El joven general Savary no pareció hacer gran caso de mi aristocrático nombre, pero lo apuntó en su cartera.

—El señor de Laval no tiene absolutamente nada que ver en el asunto, dijo el espía. La casualidad lo ha traído aquí en malhora para él, y yo me hago cargo de su persona y de hacer que acuda en cuanto sea citado.

—De que lo citarán no cabe dudar, dijo el general. Entre tanto, necesito á todos mis soldados para la persecución del fugitivo, de modo que si vos respondéis de él con vuestra persona no me opongo á dejarlo en vuestras manos. Yo os avisaré cuando lo necesite para que lo llevéis al campamento.

—Estará siempre á las órdenes del Emperador.

—¿Hay algunos documentos en este casucho?

—Los han reducido á cenizas.

—Gran lástima es.

—Pero tengo copias de todos ellos.

—¡Magnífico! Vamos, Lasalle; cada minuto que pasa vale mucho y ya nada tenemos que hacer aquí. Que se disperse la fuerza y quizás demos caza todavía á ese criminal.

Ambos jefes salieron arrastrando los sables y

sin hacer caso alguno de mi compañero. Oí las imperiosas órdenes, el choque de las armas al montar los soldados y el trote de los caballos, que se alejaron rápidamente hasta quedar todo en silencio. El viejecillo se llegó á la puerta con reposado paso y aunque la obscuridad era casi completa pareció querer asegurarse de la dirección que habían llevado los soldados. Después volvió á donde yo estaba y me miró de arriba abajo, diciendo con su eterna burlona sonrisa:

—Vamos, joven, no diréis que no hemos representado unos cuadros vivos muy interesantes; y creo que bien podéis darme las gracias por el asiento de primera fila que os he proporcionado para ver la función con toda comodidad.

—Os estoy profundamente agradecido, caballero, dije vacilando entre la aversión que me inspiraba aquel hombre y la gratitud que le debía. No sé cómo expresaros mi reconocimiento.

Me miró con expresión muy singular y dijo:

—Ya tendréis oportunidad de agradecermelo más tarde. Por lo pronto, como sois ó decís ser nuevo en estos parajes y como yo soy responsable de vuestra persona, lo mejor será seguirme y pronto estaremos en lugar donde podréis dormir con toda tranquilidad.

CAPÍTULO VI

EL SUBTERRÁNEO

EN el hogar quedaban apenas algunos tizones encendidos y mi compañero apagó la lámpara, de modo que á los diez pasos de la puerta perdí de vista aquella funesta cabaña, en la que había recibido tan extraordinaria bienvenida y corrido tales aventuras. Había disminuído la fuerza del viento, pero caía una lluvia fina y helada que hizo apretar el paso á mi guía, muy conocedor sin duda del terreno. Por mi parte, mojado y rendido como me hallaba, le seguía en silencio con mi hatillo debajo del brazo, pensando en los extraños sucesos que acababa de presenciar.

Aunque joven, había oído en Inglaterra innumerables discusiones políticas entre mis compatriotas y conocía perfectamente la situación. Sabía que la reciente elevación de Bonaparte al trono de Francia había exasperado á la reducida pero formidable facción de los jacobinos y republicanos avanzados, que veían como único resul-

tado de sus esfuerzos para acabar con el reino la formación de un imperio. Ni más ni menos; destrozada la corona de las ocho flores de lis, surgía otra más alta todavía, que ostentaba por remate un globo y una cruz.

Por otra parte los partidarios de los Borbones, entre quienes había pasado mi juventud, veían con no menor disgusto que sus adversarios el entusiasmo con que la gran masa del pueblo francés aclamaba aquel paso final, aquella salida definitiva del caos para entrar en un período de orden. Aunque guiados por móviles muy opuestos, los más violentos representantes de ambos partidos tenían de común el odio á Napoleón y el firme propósito de acabar con él sin reparar en medios. De aquí una serie de conspiraciones cuya base radicaba casi siempre en Inglaterra; y de aquí también el empleo de numerosos espías por parte de Fouché y Savary, sobre quienes pesaba la inmensa responsabilidad de velar por la vida del Emperador.

La suerte me había depositado en tierra de Francia al mismo tiempo que á un conspirador desesperado y me había permitido ver en ejercicio la fuerza y los medios de que se valía la policía imperial para burlar á los asesinos y á sus amigos. Al pensar en mi dolorosa marcha por aquella in-

grata costa, en mi llegada á la cabaña y el descubrimiento de las cartas y proclamas, en mi captura por los conspiradores seguida de la cruel agonía bajo la formidable zarpa de Tousac y por último en la rápida sucesión de escenas que había presenciado, la muerte del furioso lebrel, la llegada de los soldados, la prisión de Lesage, me decía que no en vano se hallaban mis nervios en un estado de sobreexcitación increíble, que amenazaba acabar con las pocas fuerzas que me quedaban.

Mi principal preocupación en aquel instante era averiguar los propósitos del hombre temible en cuya compañía me hallaba. Su conducta y su actitud me lo hacían aborrecible. Había podido apreciar toda la bajeza y artería de su proceder para engañar y vender después á sus compañeros y había leído en su rostro astuto y cínico toda la crueldad de su carácter; me bastaba recordarlo en pie, pistola en mano, apuntando al medroso conspirador embaucado por él. Pero al propio tiempo no podía negar que cuando mi necia curiosidad pareció perderme sin remedio, fué él quien arrostró la cólera del temible Tousac sin más objeto que salvarme. Como era también evidente que hubiera podido hacer mayores méritos en provecho propio entregando á los soldados

no uno sino dos prisioneros. Yo no era conspirador, pero ¿cómo probarlo? Tan inexplicable era aquello y tanto me confundía y preocupaba, que después de recorrer en silencio una ó dos millas, tomé una resolución súbita y le pedí una explicación de su conducta.

Lo primero que oí en la obscuridad que me impedía ver su rostro fué una risa seca y burlona, cual si le pareciera mi pregunta tan divertida como digna de mofa. Después exclamó:

—Vamos, que tenéis unas salidas muy chuscas, señor señor de ¿Cómo dijisteis llamaros?

—De Laval.

—Justo; señor de Laval. Tenéis toda la impetuosidad á la par que toda la candidez de la juventud. Queréis saber qué hay en una chimenea y os coláis por ella. Se os ocurre averiguar la razón de un acto mío y me espetáis una pregunta como quien descerraja un tiro. Hace tiempo que vivo entre gentes para quienes el silencio es oro, y de aquí que vuestra frescura me parezca lo más chistoso del mundo.

—Sean cualesquiera vuestras razones para obrar así, dije, lo indudable es que me habéis salvado la vida. Vuestra intercesión en aquellos momentos os hace acreedor á toda mi gratitud.

No hay cosa más difícil que manifestar agradecimiento á una persona á quien se aborrece y me costó trabajo formular aquellas frases.

—No necesito vuestras protestas de gratitud, dijo secamente. Estáis muy en lo cierto al sospechar, como lo sospecháis, que si me hubiera convenido os hubiera dejado perecer; del mismo modo que yo estoy en lo cierto al decirme que si os tuviera cuenta cerraríais los ojos al ofreceros yo la mano, como lo hizo ese imbécil de Lasalle. El flamante coronel cree en la gloria de servir al Emperador en los campos de batalla y de arriesgar por él su vida; pero cuando se trata de vivir entre graves y continuos peligros como lo he hecho yo, asociándome con hombres sin fe ni ley y convencido de que el menor descuido me costaría la vida, ¡ah! entonces quien tal hace no merece una mirada del cumplido caballero, del soldadito con las manos muy limpias. ¡Por vida de! continuó con fiero arranque; yo me he arriesgado más y he sufrido más, teniendo por colegas á Tousac y otros de su ralea, que ese Lasalle con todos sus caracoleos y sus presuntas hazañas. Y en cuanto á verdaderos servicios, todos los famosos mariscales del Emperador juntos no han hecho por él lo que he hecho yo. Pero supongo que vos no sois de mi opinión, señor de

—De Laval.

—Eso es. Nunca recuerdo el nombre. Conque ¿opináis sobre el particular como el coronel Lasalle?

—Asunto es ese sobre el cual no puedo expresar opinión fundada, contesté. Lo único que sé es que debo la vida á vuestra oportuna intervención.

Ignoro qué respuesta hubiera dado á la muy evasiva mía, á no habernos sorprendido en aquel momento el eco de dos pistoletazos disparados á gran distancia. Nos detuvimos por algunos minutos, pero nada volvió á turbar el silencio de la noche.

—Eso significa que han visto á Tousac, dijo mi compañero; pero temo que él sea demasiado fuerte y astuto para dejarse coger. No sé qué impresión os habrá causado, pero os aseguro que con dificultad hallaríais hombre más peligroso.

Confesé que no tenía el menor deseo de volver á verme ante aquel individuo, y mucho menos desarmado; á los cual asintió el viejo con su tosecilla seca.

—Y á pesar de todo, dijo, ese Tousac es honrado á carta cabal, cosa no muy frecuente en estos tiempos. Pertenece al número de los que al empezar la gran Revolución la apoyaron con todo

el ardor y el entusiasmo de sus caracteres francos y sencillos. Creía cuanto le decían oradores y folletistas y estaba convencido de que tras algunos disturbios y unas cuantas ejecuciones iba á convertirse Francia en un paraíso terrestre, centro de paz y de fraternidad. Á muchas buenas gentes se les metieron esas ideas en la cabeza, pero el mayor número de esas cabezas han caído ya en la cesta del verdugo. Tousac se mantuvo fiel á sus ideales, y cuando fué viendo que en lugar de la paz predominaba como nunca la guerra, que la prometida felicidad se tornaba en pobreza y ruina y que el Imperio daba al traste con la famosa igualdad, el resultado fué convertirlo en un ente furioso y desesperado. Así llegó á ser la fiera que habéis visto, sin más misión ni deseo que dedicar su cuerpo y sus fuerzas de gigante á la destrucción de los que de tal suerte destrozaron sus ideales. No sabe lo que es temor; es perseverante é implacable, y no tengo la menor duda de que me matará por la parte que he tomado en los acontecimientos de esta noche.

Mi compañero pronunció estas últimas palabras con voz tranquila, con absoluta naturalidad y convicción, haciéndome comprender que no se jactaba al decir que se necesitaba más valor para llevar á cabo su ingrata tarea que para represen-

tar el papel de *beau sabreur* del brillante Lasalle. Tras breve pausa continuó, como hablando consigo mismo:

—Sí, dejé escapar la ocasión. Debí haberle pegado un balazo mientras luchaba con el perro. Pero si en lugar de matarlo sólo hubiera conseguido herirlo, él á su vez me hubiera hecho trizas; de modo que quizás sea mejor así.

Habíamos dejado atrás las tierras inundadas é íbamos por camino firme, cubierto de hierba y algo pendiente, como si subiéramos una colina. La obscuridad no impedía que mi compañero anduviese como persona muy conocedora del terreno, sin vacilar un instante y á paso rápido que yo me complacía en imitar para entrar en calor y sacudir el letargo de mi cuerpo. Era yo tan joven cuando abandoné aquella comarca que probablemente no hubiera recordado el camino ni en pleno día; pero en la obscuridad, medio aturdido por mis aventuras, no tenía la menor idea del rumbo que seguíamos ni del punto de nuestro destino.

No sé cuánto tiempo duró nuestra caminata, en cuyo último tercio no sólo me adormecí sino que á veces me dormí por completo; y medio dormido andaba cuando por fin se detuvo mi compañero. Había cesado la lluvia, y aunque la luna seguía oculta se notaba alguna mayor claridad

que me permitía ver á corta distancia en todas direcciones. Observé que ante nosotros se abría una excavación profunda, que por sus blancas paredes comprendí ser una cantera de yeso, probablemente abandonada. En sus bordes y aun descendiendo por las grietas hasta el fondo crecían zarzas y helechos en abundancia. Mi compañero, después de mirar en derredor para asegurarse de que no nos veían, pasó por entre los grupos de helechos y las malezas hasta llegar al muro mismo de la cantera. Siguió á lo largo de éste por alguna distancia, andando con dificultad entre los tupidos matorrales y el muro, hasta que la espesura del ramaje pareció cerrarle todo camino.

—¿Véis una luz allá atrás? me preguntó.

Volvíme y miré cuidadosamente á todos lados, pero sin divisar luz alguna.

—No importa, le oí decir. Pasad primero y yo os seguiré.

No sé cómo, en los breves instantes que permanecí vuelto de espaldas á él había apartado ó arrancado las ramas y malezas que nos cerraban el paso y al volverme ví una abertura cuadrada, oscura, en la blanca pared de yeso que tenía delante.

—La entrada es pequeña, pero la galería se ensancha más adelante, dijo mi guía.

Vacilé un momento. ¿Á dónde me conducía aquel misterioso personaje? ¿Vivía en una cueva, como las fieras, ó era aquel un lazo que me tendía? La luna brilló un momento y á su luz me pareció aun más amenazadora la negra entrada de aquel antro.

—Sin duda es ya algo tarde para volveros atrás, amigo, observó mi compañero. Si hemos de entendernos es indispensable que tengáis en mí absoluta confianza.

—Estoy á vuestra disposición, señor mío.

—Adelante, pues, y yo os seguiré.

Entré en un estrecho pasadizo, tan bajo que me fué necesario andar á gatas. Á corta distancia me detuve y volviendo la cabeza pude ver el contorno anguloso del viejo que se destacaba en el cuadro formado por la abertura de entrada. Oí después un crujido de ramas y quedamos en profunda obscuridad.

—Seguid hasta llegar á un escalón, dijo mi acompañante. Allí tendremos mayor espacio en que movernos y podremos encender luz.

La altura del subterráneo era tan escasa que con sólo elevar un poco las espaldas tocaba su parte superior y mis codos rozaban las paredes. Pero entonces era yo delgado y ágil y avancé sin dificultad unos cien pasos, cuando á una de mis manos

le faltó apoyo. Bajé con cuidado un alto escalón y noté en seguida que era más puro el aire y que me hallaba evidentemente en una cavidad más espaciosa. Oí que el viejo procuraba encender luz con eslabón y pedernal y pronto ardió la yesca, comunicando el fuego á una mecha azufrada. Al principio sólo pude ver la cara enjuta y severa de aquel hombre, que á la vacilante luz parecía una moldura grotesca rodeada de negro marco. Después elevó la encendida mecha y pude ver dónde nos hallábamos.

Era un subterráneo de altura suficiente en aquel lugar para permitirme permanecer en pie, cuyas húmedas y negruzcas paredes de piedra cubiertas á trechos de musgo demostraban su antigüedad. Un montón de rocas allí cercano me hizo comprender que parte de la bóveda se había desplomado obstruyendo la salida, pero alguien había perforado desde aquel punto la veta de yeso, formando la estrecha galería que acabábamos de recorrer. El último corte parecía ser reciente, á juzgar por los trozos de yeso que cubrían el piso y por las herramientas que ví arrimadas al muro. Mi compañero empezó á descender por el subterráneo llevando en alto la luz y yo le seguí de cerca, evitando con trabajo las rocas y escombros del camino.

—¿Qué tal? preguntó con sonrisa que parecía una mueca. ¿Habéis visto algo parecido á esto en Inglaterra?

—No por cierto, repliqué.

—Esta es una de tantas precauciones que se vieron obligados á tomar los que vivieron en épocas ya lejanas. Y ahora que se repiten los trastornos de aquellos tiempos no deja de ser útil un subterráneo como este.

—¿Y á dónde conduce?

—Á esta puerta, dijo deteniéndose ante una muy maciza al parecer, con enormes goznes de hierro.

Permaneció algunos instantes tanteando la puerta, cuidando siempre de ocultarme con su cuerpo lo que me figuraba sería la cerradura, cuando oí el sonido metálico de un resorte y la puerta se abrió lentamente. Á corta distancia ví unos desgastados peldaños que subimos, hasta llegar á una segunda puerta. Abierta esta como la anterior me indicó que le precediese y así lo hice, más sorprendido á cada momento y preguntándose si en realidad era yo aquel Luis de Laval, tranquilo vecino de Asford, ó si me había convertido en uno de los héroes aventureros de Pigault Lebrun.

Nos hallamos en una gran galería abovedada,

de piso embaldosado y á cuyo otro extremo brillaba la luz de una lámpara. Dos ventanas con barrotes de hierro me indicaron que habíamos vuelto á la superficie de la tierra. Recorrimos la galería y después varios corredores, para subir por último una corta escalera de caracol. La puerta á que conducía estaba abierta y por ella entramos en una reducida y bonita alcoba.

—Supongo que esta habitación os convendrá por esta noche, dijo mi guía.

No deseaba otra cosa que tenderme, con mis mojadas ropas y todo, en la tentadora cama de blanquísimo cobertor, pero mi curiosidad se sobrepuso á la fatiga que me abrumaba.

—Os lo agradezco mucho, señor mío, le dije. Y quizás consintáis en hacerme un nuevo favor diciéndome dónde estoy.

—En mi casa, y esto debe bastaros por esta noche. Mañana será otro día.

Con esto agitó una campanilla que había sobre la mesa y ví llegar apresurado á un tosco sirviente, con más aspecto de campesino que de criado.

—¿Supongo que se habrá retirado tu ama?

—Sí, señor; ya va para dos horas.

—Está bien, repuso el viejo. Y dirigiéndose á mí me dijo: Yo mismo vendré á llamaros mañana.

Con esto salió, cerrando tras sí la puerta; y creo que todavía resonaba en mis oídos el eco de sus pasos, cuando me quedé dormido con el sueño profundo y tranquilo que sólo la juventud y la fatiga pueden proporcionar.

CAPÍTULO VII

EL AMO DE GROSBOIS

MI huésped cumplió su promesa, y al despertarme al siguiente día lo ví en pie junto á mi lecho, con tan apacible aspecto y tan elegantemente vestido que nadie hubiera sospechado su repulsiva participación en los sucesos de la noche anterior. El hombre que me contemplaba con benévola sonrisa parecía más bien un preceptor respetable que un agente de la policía imperial; pero á pesar de su conciliadora actitud no se me ocultaba que sentía hacia él una repulsión invencible y que mi más vivo deseo era alejarme de él, romper cuanto antes aquellas relaciones que tan involuntariamente se me habían impuesto.

El desconocido personaje llevaba sobre el brazo un montón de ropa que depositó en una silla inmediata al lecho.

—Deduzco de lo poco que hablamos anoche, dijo, que vuestro guardarropa es algo escaso por lo pronto. Aunque en mi casa no hay quien os

iguale en estatura, os he traído estas prendas de ropa entre las cuales hallaréis quizás alguna que os sirva pasablemente. Aquí tenéis también navajas y jabón de afeitar y la caja de polvos. Supongo que media hora os bastará para alistaros y volveré por vos.

El examen de mi propio traje me convenció de que podía servirme mejor que las ropas prestadas, cepillándolo bien, pero aproveché en parte la oferta de mi huésped poniéndome una camisa de pechera bordada y una corbata de raso negro. Había acabado de afeitarme y vestirme y estaba mirando por la ventana del cuarto, que daba á un paredón, cuando volvió el viejecillo. Me miró cuidadosamente de pies á cabeza y pareció satisfecho de su examen.

—¡Magnífico! exclamó haciendo un movimiento de aprobación con la cabeza. ¡Estáis bien, muy bien! En los tiempos que corremos esas ligeras señales que dejan en el traje los viajes, las aventuras ó el trabajo están más de moda que el atildamiento perfecto del petimetre, del *incroyable*. Así se lo he oído decir á no pocas damas. Y ahora, señor mío, servíos seguirme.

Mucho me sorprendió la solicitud que demostraba por el aspecto de mi traje, pero aquella sorpresa se desvaneció pronto ante la nueva y mucho

mayor que me esperaba. Saliendo del corredor entramos en un amplio salón que me pareció haber visto antes, años atrás, y en cuyo testero ví con asombro inexplicable un retrato de cuerpo entero de mi padre. Lo contemplé algunos instantes sin poder hablar y me volví hacia mi compañero, cuyos ojillos grises estaban fijos en mí con irónica expresión.

—Parecéis sorprendido, señor de Laval, dijo.

—Por Dios, repuse, no sigáis burlándoos así de mí. ¿Quién sois y qué casa es esta á que me habéis traído?

Volví á oír su tosecilla seca por toda respuesta, y asiéndome después por la muñeca me condujo á la habitación inmediata, el comedor. En el centro estaba la mesa puesta con sumo gusto y al otro lado de la mesa ví á una joven sentada y con un libro en la mano. Al entrar nosotros se levantó y ví que era alta y esbelta, con moreno rostro de facciones agraciadas y ojos cuyo notable brillo me llamó la atención. Pero bastó que se cruzaran nuestras miradas para comprender que aquella joven me era hostil.

—Sibila, dijo mi huésped—y confieso que sus palabras me dejaron atónito—hé aquí á tu primo de Inglaterra, Luis de Laval. Os presento, querido sobrino, á mi única hija, Sibila Bernac.



Ví que era alta y esbelta.

—Entonces, vos

—Soy el hermano de vuestra madre, Carlos Bernac.

—¡Vos sois mi tío Bernac! balbuceé aturdido. Pero ¿por qué no me lo dijisteis antes?

—No me disgustaba la idea de observar á mis anchas lo que la educación inglesa había hecho por mi sobrino. Además, me hubiera sido más difícil protegeros si mis camaradas hubieran sabido que tenía por vos un interés personal. Pero ahora, permitidme que os dé la bienvenida más sincera y que os diga cuánto siento que vuestra primera acogida haya sido un tanto brusca. Estoy seguro de que Sibila procurará, como yo, hacéroslo olvidar.

Al decir esto sonrió á su hija, que seguía fijando en mí una mirada nada amistosa.

Todo en torno de la espaciosa estancia iba recordándome mis primeras años. Allí estaban las armas colgadas de la pared, las cabezas de ciervos, y por la ventana inmediata veía también los altos robles del parque y más allá el mar completaba un paisaje inolvidable. No había duda posible; me hallaba en nuestra casa de Grosbois, pero su propietario era entonces aquel siniestro conspirador de repulsivo rostro, aquel pariente á quien mi padre había maldecido tantas veces en

mi presencia. Pero el mismo también que me había salvado la noche anterior, con algún riesgo de su vida, y de nuevo vacilé entre la gratitud y la repulsión.

Nos habíamos sentado á la mesa y mientras comíamos siguió explicando mi tío aquellos sucesos y detalles que yo no podía comprender claramente.

—Sospeché que érais vos desde el momento en que os ví. Soy bastante viejo para recordar á vuestro padre cuando tenía vuestra edad y era un galán parecidísimo á vos, aunque dicho sea sin lisonja, la ligera diferencia es toda en vuestro favor. Y cuenta que tenía fama de ser uno de los más apuestos mancebos desde Rouen á la costa. Además yo os esperaba de un momento á otro y á la verdad no abundan los jóvenes aristócratas de vuestro porte vagando de noche por estas playas. Me sorprendió que no reconocierais ayer el lugar donde os encontrabais. ¿No habíais oído hablar nunca del camino subterráneo de Grosbois?

Recordé vagamente que cuando niño habían mencionado en mi presencia un desplome de rocas que obstruyó no sé qué pasadizo secreto del “castillo,” como llamábamos á Grosbois.

—Muy exacto, dijo el señor Bernac. Y cuando esta finca pasó á mi poder lo primero que hice

fué abrir una nueva salida al subterráneo, porque preví que podía serme útil en estos agitados tiempos. Es más, de haber estado expedito ese camino hubiera hecho mucho más fácil la fuga de vuestros padres.

Sus palabras trajeron á mi memoria cuanto había oído y podía recordar de aquellos días terribles en que nosotros, los señores de la comarca, habíamos sido perseguidos airadamente por una turba cuyos aullidos nos acompañaron hasta el muelle, desde el cual nos lanzaron aquellos energúmenos las últimas pedradas y los últimos insultos. Me dije además que el hombre que me hablaba era el que había echado leña al fuego en los días de nuestra desgracia y el que había cimentado su fortuna en nuestra propia ruina. Volví á mirarle y ví que sus penetrantes ojos estaban fijos en mí y no dudé que había adivinado mis pensamientos.

—Lo pasado, pasado, dijo. Esas son rencillas de otros tiempos y Sibila y vos pertenecéis á la nueva generación.

Mi prima no había pronunciado palabra hasta entonces ni hecho apenas caso de mi presencia, pero al oír aquella unión de nuestros nombres volvió á mirarme con la misma expresión de dureza y recelo que había notado antes.

—Vamos, Sibila, dijo su padre, asegura á tu primo Luis que por tu parte no existe rencor ni malquerencia de ningún género.

—Bien podemos hablar así nosotros, repuso la joven. Pero no es por cierto vuestro retrato el que está en el salón, ni vuestro escudo de armas el que se ostenta sobre la puerta de esta casa. Poseemos el edificio y las tierras de Grosbois, pero al heredero de los Laval es á quien le toca decir si también *él* está satisfecho, como lo estamos nosotros.

Sus negros ojos se fijaron en mí con expresión de reto, como esperando mi respuesta, pero su padre se apresuró á intervenir.

—El tono en que hablas á tu primo, dijo severamente, no da muy buena idea de tu hospitalidad. La suerte ha querido que entrásemos en posesión de lo que pareció ser un tiempo la herencia de Luis, pero no es de nuestra incumbencia el recordárselo

—Ni él necesita que se lo recuerden, á buen seguro, interrumpió Sibila.

—Sois injusta conmigo, exclamé vivamente, ofendido por la despreciativa actitud de la joven. No puedo olvidar, es verdad, que esta posesión con todas sus dependencias fué un día propiedad de mis mayores. Sería un imbécil si lo olvidase.

Pero si creéis que abrigo por ello el menor resentimiento, os equivocáis lastimosamente. Por mi parte no deseo otra cosa que abrirme camino por mí mismo, con mi propia espada.

—Y nunca pudo realizarse ese deseo con tanta facilidad y lucimiento como ahora, dijo mi tío. Estamos en vísperas de grandes acontecimientos, de importancia para todo el mundo, y hallándoos en la corte del Emperador estaréis en el centro mismo de esos sucesos. ¿Entiendo que os proponéis servirle?

—Deseo servir á mi patria.

—Y para ello debéis servir á Napoleón, porque sin él nuestra patria se convertiría en un caos.

—Hasta ahora todo indica que el tal servicio no es de los más fáciles, observó Sibila. No comprendo cómo no habéis preferido seguir en Inglaterra, donde sin duda hubiérais vivido con más comodidad y menos riesgo.

Cuanto decía la joven parecía implicar un insulto para mí, y sin embargo no podía imaginarme cómo ni en qué la había ofendido. No recordaba mujer alguna que me hubiese inspirado tan rápida y profunda antipatía. Y comprendí que sus últimas palabras habían disgustado á su padre tanto como á mí, porque la miró con irritado aspecto al decir:

—Tu primo es un valiente, que es más de lo que puede decirse de otros á quienes no quiero citar.

—¿Qué otros? preguntó ella.

—No importa, repuso secamente su padre; y levantándose presuroso, como si temiera no poder dominar su indignación y decir más de lo conveniente, salió del comedor.

Mi prima parecía algo inquieta é hizo ademán de seguirle, como si quisiera comprender bien el significado de las palabras de su padre; pero se detuvo y se echó á reir, cual si no concediera importancia ni crédito á lo que había oído.

—¿Supongo que nunca habíais visto antes á vuestro tío? me preguntó, tras algunos momentos de embarazoso silencio.

—Nunca, contesté.

—Y ahora que lo conocéis ¿qué pensáis de él?

La pregunta me pareció tan extraña en labios de una hija y refiriéndose á su propio padre, que sentí una vaga sensación de horror. Comprendí que el señor Bernac era sin duda peor aún de lo que me había figurado, cuando le faltaban hasta el respeto y el cariño de las personas más allegadas á él.

—Vuestro silencio es contestación suficiente, me dijo al ver que yo vacilaba en responder. No

sé cómo acertasteis á dar con él anoche, ó qué ha pasado entre ambos, porque ni él ni vos me tenéis por confidente. Pero me atrevo á decir que habéis formado juicio exacto de él. Y ahora, permitidme una pregunta. ¿Recibisteis una carta suya invitándoos á salir de Inglaterra y venir aquí?

—Así es, respondí.

—¿Notasteis algo en la cubierta del pliego? Recordé en seguida aquellas dos misteriosas palabras que tanto habían picado mi curiosidad.

—¿Cómo! exclamé. ¿Fuisteis vos quien me escribió que no viniera?

—Sí, yo fuí. No tenía otro medio de advertiros.

—Pero ¿por qué advertirme?

—Porque deseaba que no vinierais.

—¿Temíais que os causase algún daño?

Permaneció silenciosa en su asiento por algunos instantes, como si temiera decir demasiado. Su contestación me sorprendió por lo inesperada:

—Temía que os causasen daño á vos.

—¿Creéis que corro peligro aquí?

—Estoy segura de ello.

—¿Y me aconsejáis que parta?

—Sin perder momento.

—¿De quién procede el peligro?

Volvió á vacilar, y después con rápido ademán, como quien renuncia á toda prudencia, exclamó:

—Procede de mi padre.

—¿Pero qué motivos tiene para quererme mal?

—Eso á vuestra sagacidad le toca averiguarlo.

—Pues os aseguro, señorita, que esta vez le juzgáis injustamente. Lo cierto es que su intervención en mi favor me salvó la vida anoche.

—¡Os salvó! ¿Y de quién?

—De dos conspiradores cuyos planes descubrí por mera casualidad.

—¡Conspiradores! exclamó, mirándome sorprendida.

—De no haber intervenido él me hubieran asesinado.

—Eso prueba que está en su interés no causaros daño por ahora. Tenía sus razones para desear que vinierais á Grosbois. Pero veamos, primo; he sido muy franca con vos y deseo que lo seáis igualmente conmigo. Decidme: ¿durante vuestra residencia en Inglaterra habéis . . . habéis amado alguna vez?

Estaba visto que las preguntas de aquella prima mía habían de ser rarísimas, pero la última eclipsaba á todas las otras. No obstante, su fran-

queza merecía que yo correspondiese á ella con igual espontaneidad.

—He dejado en Inglaterra, le dije, á una joven que para mí no tiene igual en el mundo por su bondad y su belleza. Se llama Eugenia de Choiseul y es sobrina del anciano y famoso duque.

Mi respuesta pareció causar á Sibila profunda satisfacción, y ví que sus negros ojos brillaban de placer.

—¿La queréis mucho? volvió á preguntarme.

—No seré feliz hasta que vuelva á verla.

—¿Renunciaríais á ella?

—¡Dios no lo permita!

—¿Ni aun por la posesión de Grosbois?

—No, ni por eso ni por nada.

Mi prima me tendió la mano, graciosa y sonriente.

—Perdonad mi rudeza, dijo. Ahora veo que no estamos destinados á ser enemigos sino aliados.

Y nuestras manos seguían entrelazadas cuando su padre volvió á entrar en la habitación.

L. of G.

L. of G.

))))))
))))))
))))))

CAPÍTULO VIII

SIBILA .

ME bastó la primera mirada de mi tío para leer en su adusto semblante la viva satisfacción no exenta de sorpresa con que veía señal tan evidente de nuestra reconciliación. En su voz no se notaba el menor indicio de la reciente cólera al dirigirse á la joven, pero á pesar del favorable cambio de tono, los ojos de Sibila no perdieron al mirarle su expresión de reto y desconfianza.

—Tengo que examinar algunos documentos importantes, y no creo despachar en una hora, dijo el señor Bernac. No dudo que á Luis le agradará visitar una vez más su antigua morada y el parque, y tú puedes servirle de guía si te parece bien.

Sibila no hizo objeción alguna y yo acogí alborozado la propuesta, que me proporcionaba ocasión de averiguar algo más de aquella prima mía, que tanto me había dicho ya pero que parecía saber mucho más, de gran interés para mí. So-

bre todo, quería dirigirle dos preguntas urgentes: qué significaba la vaga advertencia que me había hecho como poniéndome en guardia contra su padre, y por qué se había mostrado tan francamente ansiosa en lo que á mis pasados amores se refería.

Juntos salimos á respirar el aire fresco y puro de la costa, más grato aún después de la tormentosa noche, y paseamos por las alamedas inmediatas á la casa hasta llegar al parque, desde el cual se veían los edificios de Grosbois en toda su hermosura. Á un lado la parte antigua de la construcción, con sus tejados puntiagudos, sus almenas y torres y las numerosas ventanas ovales, todo lo cual recordaba el histórico castillo de pasados tiempos. Más allá los nuevos edificios rodeados de amplias galerías, con sus tupidas cortinas de madreselvas. Y Sibila me hizo reparar en todo, llamándome la atención hacia los detalles que creía interesantes para mí, confesándome que aquella residencia era para ella un paraíso, pero sin ocultarme, con su adorable franqueza, que no olvidaba quiénes habían sido los antiguos señores de Grosbois y que en cierto modo sentía ser ella quien me hiciese los honores de la casa.

—Me siento indignada contra nosotros mismos, no contra vos, decía. Somos como los cu-

clillos, de quienes dicen que se apoderan de los nidos pacientemente formados por otros pajarillos. Me avergüenza pensar que mi padre haya podido invitaros á visitarle en vuestra propia casa.

—Quizás nosotros permanecemos aquí demasiado tiempo, pegados al terruño, dije echando á broma el asunto. ¿Quién sabe si el cambio será en definitiva ventajoso para los Laval y si un día nos alegraremos de haber tenido que buscar fortuna por nuestra cuenta y riesgo, como me propongo hacerlo yo?

—Indicasteis antes que os proponéis presentarnos al Emperador.

—Así es.

—¿Sabéis que está acampado cerca de aquí?

—Así lo he oído decir.

—Pero vuestra familia continúa proscrita.

—Yo no le he hecho el menor daño al Emperador. Iré derechamente á él y le pediré entrar á su servicio.

—Bien está, dijo mi prima. No faltan quienes le consideran como un usurpador y le desean todo el mal posible; pero por mi parte nunca he oído cosa alguna dicha ó hecha por él que no me haya parecido grande y noble. Hablando de vos, primo Luis, la verdad es que esperaba veros hecho un inglés y venir aquí con los bolsillos llenos de

guineas recibidas de Pitt y el corazón rebosando traición á Francia.

—Debo á los ingleses atenta hospitalidad, repuse, pero mi corazón ha permanecido siempre francés.

—No olvidéis que vuestro padre peleó contra nosotros en Quiberón.

—Dejemos que cada generación solvente sus propias contiendas, fué mi respuesta. En este punto estoy de completo acuerdo con vuestro padre.

—No juzguéis á mi padre por sus palabras sino por sus hechos, dijo alzando un dedo como para hacerme fijar más la atención en la advertencia que me dirigía. Y sobre todo, primo Luis, si no queréis que mi muerte pese sobre vuestra conciencia, no le dejéis sospechar nunca que yo os he dicho ni una sola palabra para ponerlos en guardia.

—¡Vuestra muerte! exclamé.

—¡Oh, sí! Él no repara en esas pequeñeces. Por lo pronto, mató á mi madre. No quiero decir que la asesinara en un momento dado, pero sí que su fría brutalidad destrozó el corazón de aquella santa. Quizás ahora empecéis á comprender por qué hablo de él como lo hago.

Al oirla hablar iba comprendiendo, en efecto,

los secretos pesares de años y años, los amargos recuerdos ocultos en aquel corazón dolorido y que súbitamente, como una oleada de indignación, encendían sus mejillas y hacían brillar trágicamente sus ojos soberbios. Entonces me convencí también de que aquel cuerpo alto y esbelto era la femenil envoltura de un alma bien templada.

—Más de una vez se os habrá ocurrido, primo, que os hablo con extraordinaria confianza á las pocas horas de haberme sido presentado.

—No por cierto. ¿Á quién hablaríais con entera libertad si no lo hicierais con un pariente como yo?

—Así es; y sin embargo, nunca esperé verme con vos en términos tan amistosos. Miraba vuestra venida con temor y tristeza y estoy segura de que no logré ocultar mis pensamientos al presentaros vos en compañía de mi padre.

—Sí, conocí desde luego que mi presencia os era muy ingrata.

—Temía que había de ser funesta para vos y para mí. Para vos porque sospechaba, como os he dicho, que mi padre abrigase muy hostiles propósitos. Y funesta para mí, porque

—Continuad, prima. ¿Por qué para vos? pregunté sorprendido, viendo que se detenía cortada.

—Me habéis dicho que vuestro corazón perte-

nece á otra mujer. Á mi vez puedo deciros ahora que he prometido mi mano, y con ella he dado mi amor.

—¡Dios os haga feliz! exclamé. Pero eso no me explica por qué significaba mi venida un suceso funesto para vos

—¡Vamos, que los aires de Inglaterra han adormecido un tanto vuestra natural penetración, primo! dijo moviendo graciosamente la cabeza. Pero convencida ahora de que los planes á que voy á referirme os son tan odiosos como á mí, bien puedo hablar con toda franqueza. Sabed, pues, que si mi padre hubiera logrado casarnos, habría unido también todos los derechos á la sucesión de Grosbois. Y en tal caso, venga lo que viniere, Borbón ó Bonaparte, nada hubiera podido alterar la posición que hoy ocupa.

Recordé en seguida la extraordinaria solicitud que el señor Bernac había manifestado por mi traje y aspecto aquella misma mañana, su evidente deseo de verme producir favorable impresión, el disgusto con que observó la sequedad de Sibila para conmigo y la complacida sonrisa que le mereció poco después nuestra cariñosa actitud.

—¡Tenéis razón! exclamé. Sí, creo que estáis en lo cierto.

—;Pues no he de estar! continuó. Sin átomo de duda. Miradlo ahora, atisbándonos desde allá arriba.

Íbamos andando por la hierba, al borde de un sendero, y al oír aquellas palabras miré por entre las ramas hacia la casa. Allí estaba, en efecto; en el ángulo de una de la ventanas ví el rostro apergaminado de mi tío, quien al notar que le habíamos descubierto se incorporó y agitó alegremente la mano.

—Ahora sabéis ya por qué os salvó la vida, continuó la hermosa joven; si es que os la salvó, como vos decís. Le convenía más que vivierais para marido de su hija. Pero cuando se convenza de que ese matrimonio es imposible, primo, entonces el medio infalible de impedir el regreso de los Laval á Grosbois será la supresión del único que hoy los representa

Aquellas palabras gravísimas de mi prima y la repulsiva cara que volví á ver asomada á la ventana, me hicieron comprender toda la inminencia del peligro. Nadie en Francia tenía motivos para interesarse por mí. Si me sorprendiese la muerte en aquel lugar, nadie seguramente pensaría en investigar la causa ó las circunstancias del suceso. Me hallaba absolutamente en su poder. Y no necesitaba esforzar mucho la me-

moria para recordar con qué clase de hombre tenía que habérmelas.

—Pero, prima, le dije; vuestro padre sabrá sin duda que habéis prometido vuestro amor.

—Lo sabe, y eso precisamente fué lo que acrecentó mi temor. Temblaba por vos y por mí, pero sobre todo por mi Luciano. Nadie puede, sin peligro, ser obstáculo á los planes de mi padre.

“¡Luciano!” Aquel nombre fué una revelación. Lo comprendí todo. Había oído hablar de las locuras y las rarezas del amor, pero me parecía imposible que aquella altiva joven amase á la infeliz criatura, al cobarde á quien había visto arrastrarse tembloroso la noche anterior. Y entonces recordé también dónde había visto escrito recientemente el nombre de mi prima. Fué en la portada del libro que leía mi conocido de la cabaña: “Sibila á Luciano.” Por último, también traje á la memoria unas palabras de mi tío á Lesage, algo sobre la posición que éste aspiraba á ocupar en la familia de Bernac.

—Luciano es á veces muy precipitado y se deja persuadir fácilmente por otros, continuó diciendo Sibila. En estos últimos tiempos he notado que él y mi padre se han visto con mucha frecuencia; á veces permanecen juntos horas enteras en su cuarto y Luciano se niega á decirme

el objeto de sus conferencias. Temo que el resultado de esos planes y secretesos sea desastroso. Luciano es un soñador, amante del estudio y poco práctico, pero de convicciones políticas firmemente arraigadas.

Me hallaba en un aprieto, sin saber si convendría más guardar silencio ó descubrirle la terrible situación en que se hallaba su amado; y seguía vacilante cuando ella, con la viva intuición de la mujer, leyó las dudas que me asaltaban.

—Vos sabéis algo que me ocultáis, exclamó. Me habían dicho que Luciano se hallaba en París. Por Dios, primo, decidme lo que sepáis de él.

—¿Se llama Lesage?

—Sí, sí. Luciano Lesage.

—Yo estuve Yo lo he visto, pude balbucear.

—¿Lo habéis visto! ¿Vos? ¿Pero no llegasteis á Francia anoche? ¿Dónde lo visteis? ¿Qué le ha sucedido? preguntó rápidamente; y en su ansiedad me oprimió con fuerza la muñeca.

Era cruel decirle la verdad, pero más cruel me parecía ocultárselo. Miré en torno sin saber qué hacer ó decir, y al extremo de la esplanada en que nos hallábamos ví á mi tío que se aproximaba lentamente, acompañado de un apuesto oficial de húsares. Era el mismo á quien se había

encomendado la custodia del preso la noche anterior. Sibila, sin vacilar un instante, airado el rostro y centelleantes los ojos, se adelantó con rapidez.

—Padre mío, dijo ¿qué habéis hecho de Luciano?

Una ligerísima contracción del impassible rostro me indicó que comprendía todo el odio y todo el desprecio que reflejaban los ojos de la joven.

—Ya hablaremos de ello más tarde, repuso.

—¡Me lo diréis ahora mismo y aquí! gritó ella. ¿Qué habéis hecho de Luciano?

—Señores, dijo mi tío dirigiéndose al húsar y á mí, siento que se os haga testigos de nuestras ligeras diferencias domésticas. Vos, teniente, comprenderéis mejor la situación cuando os diga que vuestro prisionero de anoche ocupaba un alto lugar en la estimación de mi hija. Lo cual no podía impedirme en modo alguno el cumplimiento de mi deber para con el Emperador, aunque desde luego me lo hizo mucho más penoso.

—Lo siento por vos, señora, dijo el joven oficial.

—¿Entiendo que vos lo prendisteis anoche? preguntó Sibila volviéndose vivamente hacia él.

—Fué mi deber hacerlo, por desgracia.

—Vos me diréis la verdad. ¿Á dónde lo condujisteis?

—Al campamento del Emperador.

—¿Y por qué?

—¡Ah, señora! No es de mi incumbencia mezclarme en la política. Soy soldado, recibo órdenes y las obedezco. Estos dos señores os dirán que el coronel Lasalle me dió instrucciones terminantes.

—Pero ¿por qué fué preso? ¿De qué se le acusa?

—Vamos, basta de preguntas, dijo duramente el señor Bernac. Puesto que insistes en saber lo ocurrido, yo mismo te diré que Luciano Lesage ha sido preso por su participación en una trama contra la vida del Emperador y que á mí me ha tocado la honra de denunciar al presunto asesino.

—¡Denunciarlo! gritó su hija. ¡Vos! Pues yo sé que fuisteis vos quien lo impulsasteis á ello, animándolo cuando trató de volverse atrás. ¡Ah, infame, infame! ¿Qué he hecho yo, qué crimen cometieron mis mayores, para tener que expiarlo yo ahora viéndome obligada á llamar padre á un hombre semejante?

Mi tío se contentó con encogerse de hombros, como indicando que era inútil discutir con una mujer furiosa. El húsar y yo nos volvimos y em-

pezamos á alejarnos para no seguir presenciando escena tan embarazosa, pero la indignada Sibila nos ordenó detenernos á los pocos pasos y servirle de testigos contra su padre. Nunca había visto tal desbordamiento de pasión, cólera tan dolorosa y terrible como la que brillaba en sus ojos secos y dilatados.

—¡Habéis engañado á otros, pero no á mí! siguió gritando. Yo os conozco como si fuera vuestra propia conciencia. Podéis matarme, como lo habéis hecho con mi madre, pero nunca lograréis intimidarme hasta convertirme en vuestra cómplice. Os proclamasteis republicano para apoderaros de una propiedad que no podía ni puede perteneceros. Y ahora pretendéis congratios con Bonaparte vendiendo y denunciando á vuestros amigos de entonces que todavía confiaban en vos. ¡Habéis osado enviar á Luciano á la muerte! Pero yo conozco vuestros planes, como los conoce también mi primo Luis, y puedo aseguraros que tan lejos de secundarlos está él como yo misma. Y eso que antes me vería en la tumba que consentir en ser esposa de otro hombre que Luciano.

—No dirías tal si hubieras visto cuán cobardemente se portó anoche, dijo muy tranquilo mi tío. Pero al presente estás fuera de tí y cuando reco-

bres la calma te avergonzarás de haber hecho esta pública exhibición de tu propia debilidad. Y ahora, teniente, creo que tenéis algo que comunicarnos

—Traigo un mensaje para el señor de Laval, dijo el joven húsar volviendo con desprecio la espalda á mi tío. Me envía el Emperador con orden de acompañaros inmediatamente á su campamento de Boulogne.

Mi corazón palpitó con violencia ante la idea de escapar á la presencia y á las garras de mi tío.

—No deseo otra cosa, respondí.

—Caballo y escolta os esperan á la entrada del parque.

—Estoy pronto á partir ahora mismo.

—Pero ¿qué prisa es esa? exclamó mi tío. Tomaréis un bocado, teniente Gerardo.

—No entiendo yo así el cumplimiento de las órdenes del Emperador, señor mío, dijo severamente el oficial. Hemos perdido ya demasiado tiempo y dentro de cinco minutos estaremos en marcha.

El señor Bernac tomó mi brazo y me condujo lentamente hacia la verja de entrada, por la cual se había alejado ya mi prima Sibila.

—Antes de que partáis, dijo mi tío, quiero hablaros de cierto asunto, y como el tiempo apre-

mia entro en él sin preámbulos. Habéis visto á vuestra prima Sibila y aunque su conducta de esta mañana puede muy bien haberla perjudicado en vuestra opinión, os aseguro que es buena y cariñosa. Al hablar ahora pareció indicar que os había comunicado ciertos planes míos. Esto me facilita el camino para deciros que no veo cosa más razonable y conveniente que la unión de ambas familias, para dejar resuelta una vez por todas la cuestión de la propiedad de Grosbois.

—Desgraciadamente, dije, existen algunos obstáculos.

—¿Cuáles son?

—En primer lugar, acabo de saber que la mano de mi prima está prometida á otro.

—No consideréis eso como obstáculo, repuso con sarcasmo. Yo me encargo de que ese otro no reclame nunca de Sibila el cumplimiento de su promesa.

—Mi opinión sobre el matrimonio es muy diferente. Yo creo con los ingleses que su elemento fundamental es el amor, no la conveniencia. Pero de todos modos vuestros planes son irrealizables porque yo también amo á una joven á quien he dejado en Inglaterra.

Mi tío me dirigió una mirada aviesa, llena de amenazas.

—Pensad bien lo que hacéis, Luis, dijo en voz baja y trémula. Os estáis oponiendo á mis planes, combatiéndolos frente á frente, y eso nadie puede hacerlo con impunidad.

—No me queda elección p̄sible, repliqué.

Me asió por la manga y con ademán que abarcaba cuando desde allí se veía, como Satán cuando señalaba los reinos y principados de la tierra, exclamó:

—Mirad este parque, las tierras de labranza y el bosque que las circunda. Ved la antigua mansión que ha sido por más de ocho siglos morada de vuestros antepasados. Una sola palabra y todo vuelve á ser vuestro.

Recordé instantáneamente la casita de ladrillo de Asford y el rostro dulcísimo y pálido de Eugenia mirando por encima de los laureles que crecían bajo su ventana.

—¡Es imposible! dije.

Algo en mi manera de pronunciar aquellas palabras ó en la expresión de mi semblante le hizo comprender que mi resolución era irrevocable, porque la cólera contrajo sus facciones y su voz se tornó amenazadora.

—De haber sabido esto hubiera dejado que

hicieran con vos anoche lo que bien les pareciera, dijo. Ni una palabra mía hubierais oído en vuestra defensa.

—Me alegro de que lo digáis así, repliqué, porque esa confesión facilita en gran manera mi propósito de cortar toda clase de relaciones con vos y seguir mi propio camino. Lo que acabáis de decir me absuelve de la deuda de gratitud que tenía para con vos.

—Está bien, exclamó furioso. No dudo que ansiáis cortar toda relación conmigo, y día llegará en que lo desearéis más ansiosamente todavía. Pero en cuanto á conseguirlo, esa es otra cosa. Id vuestro camino, como decís; ya veremos quién sale perdidoso en fin de cuentas.

Fuera de la verja esperaba un pelotón de húsares. Pocos minutos me bastaron para hacer un pequeño lío con los pocos efectos de mi pertenencia; salí de mi cuarto y tomé por el corredor cuando pensé de repente en Sibila. Temblé por ella al decirme que iba á quedarse sola allí, en el inmenso edificio, con aquel temible compañero. ¿No acababa de decirme que su propia vida estaba en peligro? Me detuve perplejo, cuando oí el ruido de ligeros pasos y ví á Sibila que venía rápidamente hacia mí.

—Adiós, primo Luis, dijo tendiéndome las manos.

—Estaba pensando en vos, repuse. Acabo de tener una explicación y un rompimiento con vuestro padre.

—¡Gracias á Dios! exclamó. El único medio de salvaros es huir de él. Pero cuidado, porque si de él depende os hará todo el daño posible, aun á distancia.

—Que haga lo que quiera. Pero decidme, ¿cómo puedo dejaros aquí, en su poder?

—No temáis por mí. Él tiene más motivos para evitarme á mí que yo á él. Pero os llaman, primo. ¡Adiós! ¡El cielo os proteja!



Me apresuré á montar.

CAPÍTULO IX

EL CAMPAMENTO

MI tío no había abandonado su puesto á la entrada del parque, donde me pareció ver en él la imagen viva del usurpador, sobre todo cuando noté que á uno y otro lado, sobre las columnas que sostenían la verja de hierro, estaban grabadas las armas de mi familia. No dió señales de verme, pero al acercarme al hermoso caballo que me esperaba observé que el vengativo viejo clavaba en mí una dura mirada. Las fruncidas cejas, el rostro amarillo y contraído y las amenazas que en él se leían aumentaron la repugnancia que me inspiraba y me apresuré á montar y á volverle la espalda con verdadero placer. El teniente dió una orden imperiosa, la escolta se puso en marcha y empezamos nuestra jornada.

Cuando volví á mirar los sólidos muros de Grosbois y la siniestra figura que seguía espionándonos desde la entrada, ví que por una de las ventanas agitaban un blanco pañuelo que desapareció

á los pocos momentos. Aquel último saludo me hizo pensar con temor creciente en la animosa joven y en el hombre cuya crueldad la amenazaba.

Pero la juventud y la tristeza no se avienen. Los pesares dejan en el ánimo de los jóvenes impresión tan pasajera como la del aliento que por un instante empaña el cristal. Por lo que á mí se refiere, me hubiera sido imposible mostrar cara afligida cuando me veía caballero en soberbio corcel y llenaba mis pulmones el aire puro y fresco de aquella mañana hermosísima. El camino se extendía serpenteando á lo lejos como ancha cinta blanca y á la izquierda quedaba el mar, cuyas playas habían sido teatro de mis recientes aventuras. Mirando fijamente, me parecía descubrir entre los arbustos y algunos arbolillos raquíuticos y retorcidos el techo de la fatal cabaña. Más allá unos grupos de casas indicaban la posición de Etaples, Ambleterre y los otros pueblecillos de pescadores; y ví por fin que la lengua de tierra semejante la noche anterior á una espada incandescente, aparecía entonces como nevado campo, cubierto por las innumerables tiendas de un gran ejército. Lejos, muy lejos, lo que semejaba una oscura nubecilla en el horizonte, era la tierra en que acababa de pasar algunos años inolvidables, tierra

que me había proporcionado un grato hogar y que me será siempre querida, después de mi patria.

Dirigiendo mi atención á lo que me rodeaba, observé que los húsares formaban en torno una guardia más bien que una escolta. Á excepción de la patrulla de la noche anterior, eran aquellos los primeros famosos soldados de Napoleón que veía de cerca, y los contemplé con admiración y curiosidad, recordando la fama que se habían conquistado en todo el mundo por su disciplina y bizarría. No era su aspecto muy vistoso por cierto y el uniforme y equipo mucho más modestos que el de los voluntarios de Kent que recorrían los sábados las calles de Asford; pero las empolvadas chaquetillas, las correas desgastadas y los reacios caballos revelaban desde luego á los soldados aguerridos, acostumbrados á la victoria. Eran por lo general pequeños, delgados, de bronceados rostros, con negras barbas y largos bigotes y observé que muchos de ellos llevaban aretes. Me sorprendió que aun los de aspecto más juvenil fueran también tan barbudos, hasta que mirando atentamente á uno de ellos descubrí que no había tales barbas, sino dos grandes pegotes de cera negra. El teniente notó la sorpresa con que yo miraba al adolescente.

—¡Oh, sí! exclamó. Postizas, por supuesto; no puede esperarse más de un muchacho de diez y siete años. Pero tampoco podemos permitir en las filas unas mejillas de niña que darían al traste con el aspecto marcial del regimiento en días de parada.

—Por cierto que se derriten mucho con este calor, mi teniente, dijo el mozuelo, tomando parte en la conversación con la franqueza característica de los soldados del primer imperio.

—Paciencia, Gaspar. Dos ó tres años más y tendrás barbas de las que no se derriten.

—Si para la fecha no ha perdido la cabeza, dijo un cabo que marchaba al frente del pelotón y cuya salida produjo en las filas tal hilaridad que en Inglaterra hubiera significado un consejo de guerra.

Comprendí que aquella familiaridad entre oficiales y soldados era un vestigio de la reciente república y que á su perpetuación contribuía muy mucho el mismo Emperador, que hablaba amistosamente con sus veteranos y les toleraba no pocas libertades. Con frecuencia salían de las filas pullas y burlas dirigidas contra los más altos jefes y siento decir que á veces no eran sólo burlas, sino balas. El asesinato de jefes y oficiales malquistos era cosa frecuente; y nadie ignora que

en la batalla de Montebello, á excepción de un alférez, todos los demás oficiales muertos ó heridos pertenecientes á la vigésima-cuarta brigada recibieron balazos por la espalda. Pero estos restos de una época de licencia y desorden fueron desapareciendo á medida que el Emperador dominó más completamente la situación. De todas suertes, la historia de nuestro ejército en aquel período demuestra innegablemente que para tener buenos soldados no era necesario azotarlos, como se hacía entonces en los ejércitos de Prusia é Inglaterra; y el ejemplo de nuestras victorias demostró también, por primera vez, la posibilidad de mover y dirigir grandes masas de hombres sin otros resortes que el sentimiento del deber y el amor á la patria, sin esperanza de recompensa ni temor al castigo. Cuando llegó el caso de que un general francés pudiera permitir á los soldados de su división que se esparcieran por todo el país con la seguridad de que se reconcentrarían puntualmente el día de la batalla, quedó demostrado que aquel general tenía soldados dignos de la confianza de su jefe.

También me llamó la atención la dificultad con que los húsares pronunciaban el francés. Hablé de ello al teniente que cabalgaba á mi lado y le pregunté en qué país los habían reclu-

tado, pues bien se comprendía que no eran franceses.

—¡Que no son franceses! contestó el teniente. Pues cuidado de que no os oigan ellos decir tal cosa, porque la contestación más probable sería un sablazo. Somos el primer regimiento de caballería francesa, los húsares de Bercheny número 1, y aunque los soldados son todos reclutados en Alsacia y pocos de ellos hablan otro idioma que el alemán, son tan buenos franceses como Kléber ó Kellermann, que también procedían de aquel país. Son todos soldados escogidos, y en cuanto á los oficiales (añadió retorciendo su bigote rubio), representan lo mejor del ejército.

Divertíame la vanidad casi infantil del joven oficial, que al hablar de sí mismo y de su regimiento con tanto placer como orgullo, inclinó el chacó sobre la oreja, sacudió la chaquetilla que le pendía del hombro é irguiéndose en su caballo hizo resonar el sable golpeándolo con estribo y espuela. Y al contemplar su apuesta figura y su actitud resuelta me decía que el húsar se hacía justicia; y que no sólo era valiente sino que su franca sonrisa y alegres ojos azules habían de hacerlo muy agradable compañero. También él me había estado observando, porque de repente

puso la mano sobre mi rodilla y dijo con grave acento:

—Supongo que el Emperador no estará disgustado con vos.

—Creo que no, repuse, porque vengo de Inglaterra á ofrecerle mis servicios.

—Cuando se enteró de lo ocurrido anoche y supo de vuestra presencia en aquella cueva de ladrones, se mostró muy deseoso de veros. Quizás quiera que nos sirváis de guía en Inglaterra. No dudo que conoceréis la isla palmo á palmo.

La idea que el húsar tenía de una isla parecía estar limitada á los islotes de las costas de Normandía y Bretaña. Procuré, pues, explicarle que se trataba de uná gran nación, no mucho menor que Francia.

—Está bien, dijo. Muy pronto sabremos cuanto hay que saber de ese país porque vamos á conquistarlo. En el campamento he oído decir que probablemente entraremos en Londres el miércoles próximo por la noche, ó á más tardar el jueves por la mañana. Nos darán una semana para saquear la ciudad y después un cuerpo de ejército tomará posesión de Escocia y otro de Irlanda.

Su absoluta confianza me hizo sonreír.

—Pero ¿cómo sabéis que podréis hacer todo eso? le pregunté.

—¡Oh! El Emperador lo tiene todo pensado y preparado.

—Pero es que los ingleses tienen un ejército y están muy sobre aviso. Son valientes y pelearán.

—Será inútil, porque el Emperador irá en persona, dijo; y aquella sencilla respuesta me hizo comprender por primera vez la confianza absoluta que aquellos soldados tenían en su jefe. Lo que por él sentían era fanatismo, él era su religión, y ni Mahoma consiguió nunca fortalecer el brazo de sus fieles y hacerles despreciar el dolor y la muerte hasta el punto que lo había conseguido aquel ídolo, aquel hombre de corta estatura, insignificante al parecer, envuelto en un capote gris y adorado por todos los suyos. De haberlo querido—y más de una vez estuvo á punto de hacerlo—hubiera podido proclamarse un ser sobrehumano, con la seguridad de que millones de votos hubieran secundado su pretensión. Vosotros, los que sólo habéis oído hablar de él como de “un señor grueso que usaba sombrero de paja,” descripción que le cuadraba en sus últimos años, no podéis comprender bien esto que de él os digo; pero si hubierais visto á sus soldados he-

ridos, en la agonía, aclamándole hasta el último aliento y volviendo hacia él sus caras lívidas, ¡ah! entonces sí hubierais podido apreciar la influencia sorprendente, increíble, que ejercía sobre millones de hombres.

—¿Habéis residido allá? preguntó el teniente á los pocos momentos, señalando con el pulgar hacia la lejana nube que parecía flotar sobre las aguas.

—Sí, he pasado buena parte de mi vida en Inglaterra.

—Pero ¿por qué permanecisteis allá cuando el servicio militar en Francia os ofrecía excelente ocasión de pelear y distinguiros?

—Mi padre fué expulsado del país por aristócrata. Sólo después de muerto él podía yo ofrecer mi espada al Emperador.

—Mucho bueno habéis perdido, pero no dudo que todavía tendremos algunas guerras de primer orden.

—Así lo creo yo también.

—Nuestro temor era que los ingleses se negasen á pelear cuando supiesen que el Emperador en persona iba al frente del ejército. He oído decir que hay por allá muy hermosas mujeres.

—Hermosísimas, sin duda alguna.

El oficial permaneció callado algunos momen-

tos, pero se irguió en la silla, sacando el pecho y retorciendo las puntas de su no muy poblado bigote.

—¡Bah! dijo por fin. Se escaparán en barcos.

Aquella salida me hizo comprender que en su mente seguía fija la idea que se había formado de Inglaterra, que sin duda era para él un islote insignificante. Después prosiguió diciendo:

—Si nos vieran quizás se quedasen. De los húsares de Bercheny se ha dicho que pueden hacer correr á toda la población de una ciudad ó de un país: las mujeres hacia ellos, los hombres en dirección contraria. Somos, como ya lo habréis notado sin duda, una fuerza selecta, y la oficialidad la mejor del ejército, si bien los de más edad y más alta graduación á duras penas pueden compararse con nosotros, el elemento joven.

Á pesar de su aplomo, el teniente no parecía tener más edad que yo y le pregunté si se había visto en alguna acción de guerra. La indignación le erizó los bigotes y mirándome de arriba abajo, contestó con severo acento:

—He tenido la suerte de verme en nueve batallas, señor mío, y en más de cuarenta escaramuzas. También he tomado muy activa parte en numerosos duelos, y puedo aseguraros que estoy

siempre pronto á ir á donde me llamen, aunque no se trate de un militar

Me apresuré á decirle que le envidiaba la fortuna de haber visto y hecho tanto siendo tan joven; con lo cual se disipó su irritación completamente y me dijo que había servido en la campaña de Hohenlinden á las órdenes de Moreau, en el paso de los Alpes por Napoleón y en la campaña de Marengo.

—Cuando hayáis servido algún tiempo en el ejército, dijo, el nombre de Esteban Gerardo no os será tan desconocido. Creo haber sido el héroe de uno ó dos episodios de esos que los soldados gustan de referir sentados en torno del fuego. Alguien os hablará de mi duelo con seis profesores de esgrima y también os contarán cómo en Gratz dí yo solo una carga contra los húsares austriacos y volví á las filas con su atabal de plata sobre la grupa de mi buena yegua. También sé deciros que mi presencia en la expedición de anoche no fué casual, sino que se debió al vivo interés del coronel Lasalle en no perder uno solo de los importantes prisioneros que esperaba hacer. Por cierto que no se realizaron sus esperanzas y el único preso fué el gallina aquel, á quien puse en manos del cabo de guardia.

—¿Y el otro, Tousac?

—¡Ah! Lo que es ese parecía ser hombre de fibra y nada me hubiera causado tanto placer como tenerlo al alcance de mi espada. Pero se escapó. Lo perseguimos, llegamos á verlo y mis soldados dispararon dos ó tres pistoletazos, pero conocía muy bien el terreno, se internó en la espesura y no pudieron seguirle.

—¿Qué suerte espera al preso?

—Lo siento mucho por vuestra señora prima, replicó el teniente encogiéndose de hombros; pero tan hermosa joven nó debería enamorarse de semejante hombre cuando por aquí no escasean los mozos bien parecidos con uniforme de húsar. He oído decir que el Emperador está cansado de esas incesantes conspiraciones y que se propone hacer un escarmiento con el preso de quien habláis.

Toda la conversación anterior la habíamos sostenido mientras trotábamos por el ancho y polvoriento camino y habíamos llegado á muy corta distancia del campamento. Desde la altura en que nos hallábamos se veían las innumerables tiendas, los grupos de caballos, las baterías y millares de soldados. En el centro una gran tienda y unas casitas bajas de madera, separadas del resto del campamento por un espacio abierto y sobre las cuales ondeaba la bandera tricolor.

—Aquel es el alojamiento del Emperador, me

dijo el oficial; y la tienda inmediata es la del general Ney, que manda este cuerpo. Comprenderéis que este es uno de varios ejércitos acampados entre Dunkirke al norte y el lugar en que estamos. El Emperador va de uno á otro cuerpo de ejército inspeccionándolos por su turno, pero este es el más importante y escogido y por eso permanece con nosotros más largo tiempo, sobre todo ahora que la Emperatriz y la corte han venido á Pont de Briques. Allí se encuentra el Emperador en este momento; añadió en voz más baja, señalando á la grande y blanca tienda del centro.

El camino del campamento atravesaba una gran llanura, en la que maniobraban numerosos cuerpos de infantería y caballería. En Inglaterra habíamos oído hablar tanto y tan bien de las tropas de Napoleón y sus hazañas eran tan extraordinarias que naturalmente me las figuraba de aspecto muy diferente del que tenían en realidad. La verdad es que la infantería de línea con sus capotes azules, pantalones blancos y polainas, la formaban soldados de corta estatura, que nada tenían de imponentes ni aun con los altos morriones y rojos penachos que llevaban.

Pero su pequeña talla no les impedía ser ágiles y fuertes y tras diez y ocho meses de campa-

mento y maniobras habían llegado á un grado de perfección casi absoluta. Las filas estaban llenas de veteranos y las clases llevaban años de servicio, al paso que los generales eran todos de pericia sin igual. Bien podía decirse en resumen que un enemigo temible amenazaba á Inglaterra desde aquellos campos, tan cercanos á sus costas. Si Pitt no hubiera logrado poner entre unos y otras la primera marina de guerra del mundo, la historia de Europa sería hoy muy diferente.

Notando el oficial de húsares el interés con que yo contemplaba las maniobras de las tropas, se apresuró á darme numerosos informes, en especial de los regimientos y escuadrones que hallábamos á nuestro paso.

—Esos mocetones con caballos negros son los coraceros, me dijo. Caballería tan pesada que carga al trote y va seguida casi siempre de una brigada de húsares ó cazadores, que aprovechan para sus cargas el camino abierto por los irresistibles coraceros.

—¿Quién es aquel paisano que los revista?

—No es paisano, sino el general Saint-Cyr, uno de los “Espartanos del Rin,” como ahora los llaman. Pretenden estos que la vida y traje del soldado deben ser modelos de sencillez, y por su parte se empeñan en no llevar más uniforme que



Esos mocetones son los coraceros.

una chaquetilla azul, como lo véis. Saint-Cyr es un excelente jefe, pero nada popular. Casi nunca dirige la palabra á otros y á veces se encierra en su tienda por días enteros, que dedica á tocar el violín. En mi opinión un soldado no desmerece porque le guste un vaso de vino, ni por llevar uniforme vistoso y unos cuantos cordones de oro sobre hombros y pecho. Yo hago ambas cosas, y todos os dirán que eso no ha perjudicado en lo más mínimo á mi carrera de soldado. ¿Véis aquella infantería á la izquierda?

—¿La de las vueltas amarillas?

—La misma. Esos soldados son los famosos granaderos de Oudinot. Los otros, con hombreras rojas y grandes gorras de pelo, forman la Guardia Imperial, sucesora de aquella Guardia Consular que decidió en nuestro favor la batalla de Marengo. Mil ochocientos de ellos recibieron la cruz de honor después del combate. Allí está el regimiento 57 de línea, llamado “El Terrible,” y á la izquierda el 7^o de infantería ligera, que procede de los Pirineos y cuyos soldados tienen fama de ser los mejores andarines y los mayores bribones de todo el ejército. La caballería ligera con uniforme verde, llamada por unos los Guías y por otros Cazadores de la Guardia, pretende ser el cuerpo predilecto del Emperador.

Eso está por ver, pero si es así declaro que el Emperador se equivoca grandemente al preferir los Guías á los húsares de Bercheny. El otro cuerpo de caballería es también de cazadores y tiene un coronel que lo hace maniobrar admirablemente. Ved cómo la columna formada de medios escuadrones va girando al galope hasta quedar en línea, pronta para lanzarse á la carga. Nosotros mismos no podríamos hacerlo mejor. Y ahora, señor de Laval, henos aquí á la entrada del campamento de Boulogne y mi deber es conducirnos directamente á la tienda del Emperador.

CAPÍTULO X

DE ANTESALA

EN Boulogne acampaban entonces ciento cincuenta mil hombres de infantería y la caballería no contaba menos de cincuenta mil soldados, lo que convertía temporalmente á dicha ciudad en la más populosa de Francia á excepción de París. El campamento estaba dividido en cuatro secciones, la derecha, la izquierda, la de Vimereaux y la de Ambleteuse, y se extendía unas siete millas por la costa y algo más de una milla hacia el interior. Sin protección alguna del lado de tierra, estaba guardado hacia el mar por baterías poderosas de morteros y cañones de calibre nunca visto hasta entonces. Emplazadas estas baterías sobre las colinas y promontorios de la costa, su elevada posición aumentaba su alcance y les permitía lanzar sus proyectiles sobre la cubierta de los barcos ingleses.

Nuestro paseo por el campamento fué en extremo interesante. Los soldados llevaban allí más

de un año y habían tenido oportunidad de adornar y decorar sus tiendas cuanto era posible. La mayor parte de éstas tenían jardinillos que las rodeaban y al pasar veíamos á los bronceados mocetones en mangas de camisa, abriendo nuevos surcos ó regando las plantas cubiertas de flores. Otros, sentados á la puerta de sus tiendas, trenzaban las coletas que usaban entonces los veteranos, blanqueaban con yeso sus cinturones y correas y bruñían sus armas, mirándonos apenas porque numerosas patrullas de caballería iban y venían continuamente en todas direcciones. Las al parecer interminables calles de tiendas tenían todas sus nombres escritos en unas tablillas: calle de Arcola, de Kléber, de Egipto, de la Artillería, hasta que llegamos á la gran plaza central en la que estaba el cuartel general del ejército.

El Emperador acostumbraba dormir en una aldea llamada Pont de Briques y distante unas cuatro millas al interior, pero pasaba el día entero en el campamento y allí celebraba sus continuos consejos de guerra. En él le consultaban también sus ministros y los generales de los cuerpos de ejército situados en toda la costa, quienes después de informarle de todo recibían de él sus órdenes. Para estas conferencias se había construido una sencilla casa de madera con una gran

sala central y tres pequeñas. La tienda que habíamos visto desde las alturas cercanas servía de antesala á la casa y en ella se reunían y esperaban los que deseaban obtener audiencia del Emperador. Á la puerta de dicha tienda ví una numerosa guardia de granaderos que anunciaba la presencia de Napoleón y allí echó pie á tierra mi guía, invitándome á imitar su ejemplo. Un oficial de la guardia preguntó nuestros nombres y volvió acompañado del general Duroc, hombre de unos cuarenta años, muy seco y erguido, que me miró atentamente.

—¿Sois el señor Luis de Laval? preguntó con ligerísima sonrisa.

Me incliné saludándole y continuó:

—El Emperador está muy deseoso de veros. Podéis retiraros, teniente.

—Se me ha hecho responsable del señor de Laval con mi persona hasta dejarlo en presencia del Emperador, mi general.

—Está bien. Podéis entrar si así lo preferís.

Con esto pasamos al interior de la enorme tienda, cuyo único mueblaje lo formaban largos bancos de madera situados á uno y otro lado. Sentados en ellos ví á muchos jefes y oficiales del ejército y la armada, mientras que otros formaban numerosos grupos y hablaban animadamente,

pero en voz baja. Al extremo de la pieza se veía una puerta que conducía á la cámara del consejo. De vez en cuando un mariscal ó un alto funcionario se acercaba á aquella, llamaba tan suavemente que sólo parecía arañar la madera y al abrirse la puerta instantáneamente se deslizaba por ella y la cerraba tras sí con sumo cuidado. En todo el local y entre todos los presentes se notaban detalles y maneras más propios de la corte que del campamento; una atmósfera de temor y respeto tanto más imponentes por lo mismo que se trataba de rudos soldados y marinos. El Emperador me había parecido formidable á distancia, pero mucho más entonces que lo sabía tan cerca.

—No abriguéis el más mínimo temor, señor de Laval, me dijo mi acompañante. Seréis muy bien recibido.

—¿Qué os lo hace creer así?

—Las maneras del general Duroc. En estas malditas cortes si el Emperador os sonríe recibís sonrisas de todo el mundo, hasta del lacayo aquel con la casaca de terciopelo rojo. Pero si el Emperador se pone ceñudo al oír vuestro nombre, no tenéis más que mirar al último lavaplatos de palacio para verlo reflejado en su cara. Y lo peor es que si sois hombre sencillo y franco jamás

sabréis á qué se debió la sonrisa ni qué os mereció el ceño. Por eso digo y repito que prefiero mis charreteras de teniente y mi puesto en el escuadrón sobre un buen caballo, al magnífico hotel del señor de Talleyrand en la calle de San Florentino y sus cien mil libras de renta.

Preguntábame si el húsar estaría en lo cierto y si la forzada sonrisa con que me acogió Duroc significaría que el Emperador se hallaba bien dispuesto hacia mí, cuando fijó mi atención un personaje alto y apuesto, que vestía brillante uniforme y se dirigía directamente al lugar en que nos hallábamos el teniente y yo. Á pesar del cambio de uniforme reconocí desde luego en él al general Savary, jefe de la expedición de la noche anterior.

—Señor de Laval, dijo estrechándome amistosamente la mano, ya habréis oído decir que el tunante de Tousac se nos escapó. ¡Gran lástima! Era precisamente el que ansiábamos atrapar, pues el que cayó en la red no pasa de ser un soñador engatusado por otros más listos que él. Sin embargo, no desespero de echarle el guante á Tousac y entre tanto, acá para nosotros, mantendremos la más estricta vigilancia en torno del Emperador, porque el tal Tousac no es para despreciado.

Todavía me parecía sentir el férreo pulgar del

coloso sobre la barba y contesté que efectivamente consideraba al fugitivo como hombre muy peligroso.

—El Emperador no tardará en llamaros, prosiguió Savary. Aunque está muy ocupado esta mañana, me ha ordenado deciros que os dará audiencia.

—Os repito que estáis de suerte, dijo el teniente Gerardo en voz baja cuando Savary se alejó sonriente. Muchos aquí y fuera de aquí darían cualquier cosa por que el general les hablase como os ha hablado á vos. No me queda duda de que el Emperador se propone favoreceros. Ojo, amigo, que aquí viene Talleyrand en persona.

Hacia nosotros se dirigía un personaje de muy singular aspecto. Era un hombre de unos cincuenta años de edad, de anchos hombros pero bastante encorvado, que cojeaba visiblemente y se apoyaba en un bastón con puño de plata. Vestía de negro, con medias del mismo color, y el sombrío traje contrastaba con la riqueza y el colorido de los uniformes que llenaban la antesala. Pero á pesar del modesto vestir, había en su astuto rostro y en la mirada de los vivos ojos marcada expresión de autoridad, y todo se apartaron á su paso, saludando respetuosamente.

—¿El señor Luis de Laval? dijo deteniéndose ante mí y envolviéndome de pies á cabeza en rápida mirada.

Saludé con alguna frialdad, lo confieso, porque participaba de la antipatía que siempre sintió mi padre hacia el clérigo renegado y perjuro hombre político; pero era difícil resistirse al atractivo de sus maneras afables y corteses y al interés de su conversación.

—Conocí mucho á vuestro primo de Rohan, prosiguió. Éramos dos tunantes y anduvimos juntos no pocas veces en tiempos en que el mundo no era tan grave y serio como lo es ó lo parece hoy. Creo que estáis emparentado con el cardenal de Montmorency de Laval, que es también antiguo amigo mío. ¿Me han dicho que os proponéis ofrecer vuestros servicios al Emperador?

—Ese es el propósito que me ha traído de Inglaterra.

—Y tengo entendido que apenas desembarcado os visteis de lleno en una aventura. Ya sé la historia del fiel agente de la policía, los dos jacobinos y la solitaria cabaña. Pues bien, ya habéis visto por vos mismo los peligros á que está expuesto el Emperador, y eso puede aumentar vuestro celo en su servicio. ¿Dónde se halla vuestro tío, el señor Bernac?

—En el castillo de Grosbois.

—¿Le conocéis bien?

—No por cierto. Le ví anteayer por primera vez.

—Es muy útil servidor del Emperador, pero ya hallaremos para vos alguna clase de servicio más grato que el suyo.

Dijo estas últimas palabras en voz baja, y saludándome volvió á cruzar lentamente la ante-sala, apoyándose en su bastón.

—¡Cuando os aseguro que estáis destinado á ser un gran personaje! dijo el teniente de húsares. Talleyrand no malgasta sus sonrisas y reverencias, no lo dudéis. Nadie como él sabe de qué lado sopla el viento, y empiezo á creer que nadie como vos para conseguirme las charreteras de capitán en esta campaña contra Inglaterra. ¡Mirad! Ha terminado el consejo de guerra.

Ví entonces abrirse la puerta interior de la tienda y salir por ella un grupo de hombres que vestían el uniforme azul oscuro con hojas de roble bordadas en oro que sólo llevaban los mariscales del imperio. Á excepción de uno, eran hombres de mediana edad que en cualquier otro ejército se hubieran dado por muy contentos con haber llegado á mandar un regimiento; pero en Francia las continuas guerras y el sistema de con-

ceder grados al mérito y no por escalafón, habían proporcionado á ciertos jefes intrépidos la oportunidad de hacer rápidas y brillantes carreras. Llevaban todos bajo el brazo el gran sombrero de dos picos y á los pocos pasos formaron un pequeño círculo, apoyados en sus sables, y parecieron conferenciar animadamente.

—¿Entiendo que sois de noble cuna? me preguntó el húsar.

—Mi sangre es la de los Montmorency y los Rohan.

—Pues bien, razón de más para comprender que efectivamente han ocurrido grandes cambios en este país cuando os diga que esos mariscales, que son después del Emperador los primeros hombres de Francia, fueron antes un camarero de fonda, un contrabandista de vinos, un tonelero y un pintor de brocha gorda. Ahí los tenéis: Murat, Massena, Ney y Lannes.

Aristócrata y todo, confieso no haber oído jamás nombres que me entusiasmasen como aquellos y le pedí vivamente que me dijese quién era cada uno de los famosos soldados.

—¡Ah! exclamó, aguzando las puntas de su bigote, no escasean por cierto los soldados famosos en esta sala, sin contar otros oficiales jóvenes todavía pero que con el tiempo picarán alto, muy

alto. Pero en fin, por lo pronto allí tenéis á Ney, á la derecha.

Ví á un hombre de pelo rojo cortado al rape y cuya cuadrada barba y abultadísimas quijadas me recordaban el tipo brutal de los pugilistas ingleses.

—Le llamamos Pedro el Rojo en el ejército, y á veces también el León Rojo, prosiguió mi compañero. Dicen de él que no hay soldado más valiente, aunque por mi parte no admito que exceda en valor á alguno que pudiera nombrar ahora mismo. Pero nadie duda que es un gran general.

—¿Y el que está á su lado? pregunté. ¿Quién es y por qué lleva la cabeza ladeada de tal modo?

—Ese es el mariscal Lannes y no puede erguir mucho la cabeza á consecuencia de un balazo en el cuello que recibió durante el asedio de San Juan de Acre. Es gascón, como yo, y temo que justifique en cierto modo el cargo que hacen algunos á los gascones pretendiendo qué somos todos muy habladores y muy pendencieros. ¿Os reís?

—No por cierto.

—Creí que lo que tenía el honor de deciros os hacía sonreír. En tal caso eso significaría que creíais lo que se dice de los gascones, de quienes yo repito que no son pendencieros ni locuaces y

estoy pronto á sostenerlo en todos los terrenos. Pero, como iba diciendo, Lannes es muy valiente, aunque quizás algo precipitado y violento á veces. El inmediato á él es Augereau.

Miré con profundo interés al héroe de Castiglione, que se hizo cargo del mando la única vez que le faltaron á Napoleón el ánimo y la sangre fría. Me pareció que aquel general había de brillar en la guerra más que en la paz, pues con su luenga cara, su nariz amoratada y la vulgarísima facha, recordaba demasiado, á pesar de las doradas hojas de roble, al soldadote pesado y maldiciente que huele á cuartel á la légua. Era de más edad que los otros y su rápido encumbramiento había llegado demasiado tarde para permitirle reformar sus gustos y maneras de toda la vida. Bajo el sombrero de mariscal de Francia seguía siendo Augereau el cabo de escuadra.

—Sí, es brusco y tosco, sin duda, repuso el teniente al oír mis comentarios. Es uno de los jefes á quienes el Emperador les advirtió que sólo fuesen soldados mientras estuviesen entre soldados. Él, Rapp y Lefebvre con sus gruesas botas y sus sables enormes resultaron demasiado realísticos para el salón de recepciones de la Emperatriz en las Tullerías. Allí está también Vandamme, aquel de moreno rostro y pronunciadas

facciones. ¡Dios proteja al pueblo inglés en que él se aloje! Vandamme fué quien de un trompazo le rompió una quijada al clérigo alemán que se negó á darle una segunda botella de Tokay.

—¿Y aquél, supongo que es Murat?

—Sí, aquel es Murat, el de barba negra y gruesos labios, tostada todavía la piel por el sol de Egipto. ¡Ese es mi general predilecto! Á fe mía, que si le hubierais visto á escape al frente de una brigada de caballería ligera, con las plumas del sombrero al viento y en alto el sable, no esperaríais admirar cuadro más hermoso en toda la vida. He visto á un batallón de granaderos enemigos romper filas y echar á correr al vérselo venir encima como un huracán. En Egipto el Emperador solía tenerlo á distancia porque los naturales del país, y en especial los árabes, ni miraban siquiera al diminuto general en jefe cuando tenían delante al brillante jinete y esgrimidor experto. En mi concepto Lasalle es el mejor jefe de caballería ligera que tenemos, pero ni á él ni á ninguno lo siguen los soldados como siguen á Murat.

—¿Y el mariscal de severo aspecto, que se apoya en el encorvado sable oriental?

—¡Oh, ese es Soult! El hombre más terco del mundo; baste deciros que disputa y se obstina

con el mismo Emperador. El general que está á su lado, arrogante y bien parecido, es Junot, y Bernadotte es el que se apoya en el poste de la tienda.

Miré con gran interés las extraordinarias facciones de aquel aventurero, que habiendo comenzado por llevar fusil y mochila en las filas no se contentó con el bastón de mariscal y siguió adelante hasta cambiarlo por un cetro regio. De él pudo decirse que, á diferencia de otros generales, obtuvo el trono á despecho de Napoleón y no con el auxilio de éste. Bastaba mirar los rasgos marcadísimos de aquel rostro singular, cuyo atezado color revelaba su origen medio español; los ojos brillantes y vivos y la nariz enorme, agresiva, para comprender que á aquel hombre le estaba reservado un extraño destino. De todos los servidores resueltos y notables que rodeaban á Napoleón, ninguno poséía mayores dotes y ninguno de cuyas ambiciosas aspiraciones desconfiase más el Emperador que de las de Julio Bernadotte.

Pero á pesar de ser aquellos hombres violentos y resueltos y de no temer, como decía Augereau, ni á Dios ni al diablo, había algo que los conmovía y los dominaba en la tranquila sonrisa ó en el irritado ceño del hombrecillo que los man-

daba. Contemplábalos yo, cuando de repente noté que quedaron silenciosos é inmóviles, como los chiquillos de la escuela al entrar inesperadamente en la clase el maestro; y dirigiendo la vista á la puerta ví en ella al dueño y señor de aquellos hombres. Aun sin el repentino silencio de los mariscales y el rumor producido por los que ocupaban los bancos al ponerse precipitadamente en pie, creo que hubiera sospechado, presentido podría decir, la presencia del Emperador. Su rostro parecido al marfil tenía una palidez luminosa que atraía las miradas, y por muy modesto que fuese su traje entre otros cien, su presencia hubiera sido la primera en notarse. Allí estaba, con su cuerpo pequeño, regordete, de anchos hombros, su casaca verde con bocamangas y cuello rojos, las bien formadas piernas con calzón y medias blancos y al lado la espada de dorado puño y vaina de carey. Llevaba descubierta la cabeza, mostrando el escaso cabello de color castaño; y tenía bajo el brazo izquierdo el sombrero apuntado con la modesta escarapela que ya empezaba á ser reproducida en los retratos de la época. La mano derecha asía un latiguillo con puño de metal. Se adelantó lentamente, inmutable el rostro, fija al frente la mirada, pausado, inexorable, personificación exacta del Destino.

—¡Almirante Bruix!

No sé el efecto que en otros produciría aquella voz, pero de mí sé decir que me sobrecogió. Nunca había oído voz más dura, más amenazadora, más siniestra. Bajo sus cejas contraídas se veía el brillo de los ojos azules que dirigían en torno miradas rápidas como los giros de una espada.

—¡Aquí estoy, señor!

Del grupo compacto que formaban oficiales y cortesanos se adelantó un hombre de bronceado rostro, entrecano y de mediana edad. Napoleón dió hacia él tres pasos cortos y rápidos, de una manera tan amenazadora que ví palidecer las curtidas mejillas del marino, quien dirigió en derredor una mirada angustiosa, como en demanda de auxilio.

—¿Cómo se entiende, almirante Bruix, gritó el Emperador con la misma terrible voz, dura y penetrante, que no obedecierais mis órdenes anoche?

—Ví que por el oeste se aproximaba una tormenta, señor. Sabía sabía que si la escuadra salía en aquellas circunstancias

Su agitación era tal que apenas podía hablar, y el Emperador aumentó su confusión interrumpiéndole y gritando furioso:

—¿Qué derecho teníais á juzgar vos, almirante? ¿No había yo dado mis órdenes? ¿Podéis concebir que vuestro parecer, vuestro juicio, se contraponga al mío?

—Tratándose de navegación, señor

—¿Tratándose de lo que se trate!

—¡Pero la tempestad, señor! ¿No estalló? ¿No confirmó mi opinión?

—¿Cómo! ¿Todavía seguís discutiendo, interrogándome?

—Sólo cuando la justicia está de mi parte.

El silencio se hizo ominoso y profundo. Parecía que todos esperaban temerosos, conteniendo el aliento. El rostro del Emperador presentaba terrible aspecto. Sus mejillas habían tomado un tinte verdoso, lívido, y los músculos de la frente se contraían convulsivamente, como los de un epiléptico. Alzó el látigo que tenía en la mano y dió un paso hacia el almirante.

—¡Insolente! ¡Bribón! rugió. Después aplicó al marino un soez calificativo empleando la palabra italiana, y noté que á medida que aumentaba su indignación el francés que hablaba iba siendo más y más el que pudiera esperarse de un extranjero.

Por un instante pareció que iba á cruzar de un latigazo la cara del almirante, que dando un

paso atrás y poniendo la mano en el puño de la espada, murmuró:

—¡Mirad lo que hacéis, señor!

En los momentos que siguieron la ansiedad llegó á su colmo, la tensión fué espantosa. Por fin Napoleón bajó el látigo, azotando con él su propia pierna.

—Vicealmirante Magón! gritó. En lo futuro recibiréis todas las órdenes é instrucciones relacionadas con la escuadra. Almirante Bruix, saldréis de Boulogne dentro de veinticuatro horas y os retiraréis á Holanda. ¿Dónde está el teniente Gerardo, de los húsares de Bercheny?

Mi compañero llevó instantáneamente la enguantada mano al chacó.

—Os ordené ir al castillo de Grosbois y traerme aquí al señor Luis de Laval.

—Aquí está, señor.

—¡Bien! Podéis retiraros.

El teniente saludó, giró sobre sus talones y se retiró con gran ruido de espuelas, mientras el Emperador fijaba en mí sus azules ojos. He oído hablar con frecuencia de ojos que ven á través de uno, pero aquella penetrante mirada me produjo realmente la impresión de leer mis más ocultos pensamientos. Por fortuna, había desaparecido del rostro del Emperador todo asomo de dureza,

reemplazándola una expresión afable y bondadosa.

—¿Habéis venido á servirme, señor de Laval?

—Sí, señor.

—Algún tiempo habéis tardado en tomar esa resolución.

—No era dueño de mis acciones, señor.

—¿Vuestro padre figuró entre los aristócratas?

—Sí, señor.

—¿Partidario de los Borbones?

—Sí, señor.

—Pronto os convenceréis de que hoy no hay en Francia aristócratas ni jacobinos, y de que no somos más que franceses trabajando unidos por la gloria de nuestro país. ¿Habéis visto á Luis de Borbón?

—Una sola vez, señor.

—Hombre de aspecto insignificante ¿verdad?

—No, señor. Me pareció de muy notable aspecto.

En los mudables ojos azules ví aparecer una sombra de resentimiento. Pero fué sólo por un instante. El Emperador me pellizcó suavemente una oreja, diciendo:

—El señor de Laval no ha nacido para cortesano. ¡No importa! Luis de Borbón comprenderá en breve que no se conquista un trono escri-



El emperador me pellizó suavemente.

biendo proclamas en Londres y firmándolas *Luis*. Por mi parte, hallé la corona de Francia en el suelo y la alcé de él con la punta de mi espada.

—Lo mismo que habéis elevado á Francia con vuestra espada, señor, dijo Talleyrand, que se hallaba al lado del Emperador.

Napoleón miró á su famoso ministro y me pareció vislumbrar en sus ojos la sombra de una sospecha. Después se volvió hacia su secretario.

—Dejo al señor de Laval en vuestras manos, de Meneval, le dijo. Deseo verle en la cámara del consejo, terminada la inspección de la artillería.

CAPÍTULO XI

EL SECRETARIO

EMPERADOR, generales y oficiales salieron todos en dirección á la llanura donde iba á efectuarse la revista, dejándome con un buen señor de muy tranquilo aspecto, de ojazos muy dulces y que vestía severo traje negro con chorrera y puños bordados; el cual señor se presentó á sí mismo, diciéndome que era de Meneval, secretario particular de Su Majestad.

—Lo primero es procurarnos algún alimento, señor de Laval, me dijo. Los que estamos al servicio inmediato del Emperador tenemos que comer cuando se presenta la ocasión, si se presenta. Á veces pasan muchas horas sin que él piense en sentarse á la mesa y cuantos están en su presencia tienen que ayunar con él. Os aseguro que más de una vez he sufrido hambre y sed como pudiera el último mendigo.

—Pero ¿cómo se las arregla el Emperador? le pregunté. Y aquí es de notar que aquel señor de

Meneval me pareció tan afable y corriente que no vacilé en tratarle con toda franqueza.

—¡Oh, él es de hierro, señor de Laval! repuso. Tomarle por modelo sería imposible para cualquiera de nosotros. Le he visto trabajar diez y ocho horas sin descanso, y al final darse por muy contento con una ó dos tazas de café. Deja rendidos á cuantos le rodean y ni aun los soldados mismos pueden seguirle sin fatiga. Creed que el puesto que ocupo es para mí altísima honra, pero ello no impide que sea también á veces muy pesada carga. Las once de la noche suelen hallarme escribiendo al dictado, con un dolor de cabeza feroz. Y cuidado que el trabajo por sí no es fácil, porque dicta tan aprisa como habla y nunca repite una frase ni una palabra. “Bien, Meneval,” dice de repente, “aquí acabaremos por ahora, hasta las tres de la mañana en que volveré á dictar.” Eso es lo que él llama pasar una noche muy descansada.

—¿Luego no tiene horas fijas para sus comidas? pregunté al salir de la tienda con el infortunado secretario.

—¡Oh, sí! Tiene sus horas, pero como si no las tuviera. La de la comida pasó hace tiempo y ya véis que acaba de marcharse á la revista. Después no faltará algo que llame su atención y así durante horas enteras, hasta que de repente, ya de noche,

se acordará de que no ha comido. “¡Á la mesa, Constante!” dirá entonces. “¡Venga la comida!” y al pobre Constante le toca hacer que la mesa esté puesta y servida en aquel momento.

—¡Pero para entonces será ya una comida fiambre! no pude menos de decirle.

El secretario se echó á reir muy discretamente, como hombre acostumbrado á moderar sus impresiones.

—Esta es la cocina imperial, dijo señalándome una espaciosa tienda cercana al cuartel general. Y aquí está Borel á la puerta, el segundo cocinero. ¿Cuántos polloš van asados hoy, Borel?

—¡No me habléis de eso, señor de Meneval! gimió el artista culinario. Es desconsolador. ¡Vedlos aquí! continuó, apartándose algo de la entrada y mostrándonos siete fuentes, cada una de las cuales contenía un pollo asado y frío. El octavo está ahora al fuego y casi á punto, pero acababan de decirme que Su Majestad se ha ido á pasar revista y hay que echar mano del noveno.

—Ya lo véis, dijo mi compañero al alejarnos de la tienda. He contado hasta treinta y tres pollos asados para él en un solo día antes de que pensase pedir la comida. Las once de la noche daban cuando la pidió. Le importa poco lo que come ó bebe, pero no le gusta esperar, eso no.

Media botella de Chambertín y un poco de pescado ó un pollo á la Marengo lo dejan tan satisfecho; pero conviene no poner crema ó pastel en la mesa, porque si lo ve suele comerlo antes que el pollo. ¡Mirad, mirad! Os parecerá curioso.

Me detuve con una exclamación de sorpresa. Por una de las calles transversales que formaban las tiendas venía un hermoso caballo árabe montado por un palafrenero, cuando se adelantó un soldado que allí cerca esperaba y arrojó con fuerza un lechoncillo á los pies del caballo. El lechón lanzó agudos gritos alternados con gruñidos de asombro y cuando acabó de rodar salió corriendo, pero el caballo siguió al trote sin dar la menor muestra de susto ni sorpresa.

—¿Qué significa eso? pregunté.

—El jinete es Jordán, que cuida de domar y adiestrar los caballos destinados al Emperador. Empiezan por dispararles de cerca un cañonazo, después les lanzan palos y piedras y por último los someten á la prueba del lechoncillo vocinglero que acabáis de presenciar. El Emperador no es jinete consumado y además suele distraerse tanto pensando en otras mil cosas, que hay que procurarle caballos de toda confianza. ¿Véis aquel joven dormido á la puerta de la tienda?

—Sí, le veo.

—Os sorprenderá saber que en este momento está sirviendo activamente al Emperador.

—Servicio nada penoso, á lo que creo.

—Ojalá fueran todos tan fáciles como ese, señor de Laval. El joven es José Linden, cuyo pie es idéntico al del Emperador. Su ocupación se reduce á ponerse y usar por tres días el calzado nuevo de Su Majestad antes de ponérselo su amo. Por las hebillas de oro de los zapatos que Linden tiene puestos en este momento comprenderéis que son del Emperador. ¡Ah, señor de Colancourt! ¿Queréis acompañarnos á comer en mi tienda?

El interpelado, hombre de alta estatura y noble presencia, se acercó y nos saludó.

—Muy raro es veros holgando, señor de Meneval, dijo. No es ligera mi tarea como jefe de la mayordomía, pero aun así creo que tengo más horas de asueto que vos. ¿Nos dará Su Majestad tiempo para comer antes de su regreso?

—Sí, sí; aquí está la tienda y todo pronto para sentarnos á la mesa en seguida. Desde aquí podemos ver al Emperador cuando vuelva y tendremos tiempo de llegar á la antesala antes que él. Esta es comida de campamento, señor de Laval, y espero que la dispensaréis.

Confieso que atacué las costillas y la ensalada



El interpelado se acercó y nos saludó.

con excelente apetito, pero lo que sobre todo me gustó por su interés y atractivo fué la conversación de mis compañeros, porque hablaron del Emperador y yo me sentía lleno de curiosidad por cuanto se relacionaba con aquel caudillo extraordinario, cuyo genio le había elevado tan rápidamente al más alto puesto que entonces ocupara hombre alguno en el mundo. Su primer mayordomo habló de él con entera franqueza.

—¿Qué dicen del Emperador en Inglaterra, señor de Laval? me preguntó.

—Nada bueno.

—Así lo veo por los periódicos que de allí nos llegan. El Emperador insiste en leerlos, aunque lo ponen furioso. Apuesto á que lo primero que hace al llegar á Londres es enviar destacamentos de caballería á las redacciones y prender á todos los directores.

—¿Y después?

—Después, dijo riéndose, dará una larga proclama para demostrar que hemos conquistado á Inglaterra en bien de los ingleses y contra toda nuestra voluntad. Y quizás entonces les dé á entender también que si necesitan en absoluto un monarca protestante, no faltan algunos puntos en los que él mismo no se halla de perfecto acuerdo con la santa madre iglesia.

—¡Lástima sería tener que llegar á tal extremo! exclamó de Meneval, muy divertido á la vez que un tanto asustado por la audacia del mayordomo. Cierta es, continuó, que por razones de estado tuvo Su Majestad que apechugar un tanto con el mahometismo y sería muy posible que visitase la iglesia de San Pablo de Londres de tan buen grado como visitó la mezquita del Cairo; pero un monarca no debe ser muy intransigente en asuntos religiosos. No olvidemos que el Emperador tiene que pensar no sólo por sí sino por todos sus súbditos.

—El Emperador piensa demasiado, observó Colancourt con grave acento. Tanto piensa que muchos franceses van prescindiendo ya de pensar ni poco ni mucho. Vos sabéis lo que quiero decir, de Meneval, porque lo habéis visto y apreciado tan bien como yo.

—Sí, sí, contestó el secretario. Hay que reconocer desde luego que cuantos le rodean no hallan en él nada que los anime á mostrarse muy originales ni muy superiores que digamos. Yo mismo le he oído decir que no quiere más que medianías; y confesemos que es este pobre elogio para los que tenemos el honor de servirle.

—¡Ya lo creo! En su corte el hombre de talento prueba que lo es fingiéndose de limitados

alcances, asintió Colancourt con cierto dejo de amargura.

—Todo lo cual no impide que tenga á su lado á hombres muy notables, me atreví á decir.

—Que sólo conservan su puesto ocultando cuidadosamente sus altas dotes. Los ministros no son aquí más que otros tantos empleados inferiores y los generales meros ayudantes de campo. Todos son simples agentes. Ese hombre portentoso es la figura central, rodeada de numerosos espejos que reproducen todos sus aspectos y ademanes. En un espejo aparece como hacendista y lo llamáis Lebrún. En otro como gendarme y decís que es Fouché ó Savary. Véis reflejada la imagen de un diplomático y ya tenemos á Talleyrand en la escena. Todas esas figuras diferentes son un solo hombre. Aquí está, por ejemplo, el señor de Colancourt, primer mayordomo, pero que no puede despedir á un solo criado de palacio sin permiso superior. El Emperador se halla en todo y en todas partes. Es más, somos juguetes suyos, confesémoslo; y en esto más que en toda otra cosa demuestra su sorprendente habilidad. No permite que nos profesemos mutuamente gran amistad para que no lleguemos á combinarnos contra él. Ha sembrado la discordia entre sus generales hasta el punto de haber apenas dos que se lleven bien.

Davoust odia á Bernadotte, Lannes á Bessières, y Ney á Massèna. Cuando estos se ponen al habla les cuesta trabajo no echar mano á los sables. Y luego, conoce al dedillo por dónde flaqueamos todos; la codicia de Savary, la vanidad de Cambacères, la rudeza de Duroc, el atolondramiento de Berthier, la tontería de Maret y el espíritu especulador de Talleyrand. De aquí que sean todos ellos otros tantos instrumentos en sus manos. No sé cuál es mi flaco, pero de seguro que él lo conoce y sabe aprovecharlo.

—¡Pero cómo debe de trabajar! exclamé.

—Bien podeis decirlo, replicó de Meneval. ¡Cuán sorprendente energía! Diez y ocho horas diarias de trabajo por semanas enteras, sin excepción de un solo día. Ha presidido el Consejo legislativo hasta quedar medio desvanecidos en sus asientos todos los que lo forman. De mí sé decir que acabará conmigo como acabó con Bourienne; pero caeré en mi puesto, sin una queja, porque si es duro y exigente con nosotros, no lo es menos consigo mismo.

—Es el hombre que Francia necesitaba, dijo Colancourt. Es la encarnación del sistema, del orden y la disciplina. Al recordar el caos en que se hallaba nuestro pobre país después de la revolución, cuando nadie quería ser gobernado y todos

querían mandar, se comprende que sólo Napoleón hubiera podido salvarnos. Todos ansiábamos hallar un punto de apoyo y entonces apareció este hombre como firmísima columna de hierro á la que todos nos asimos. ¡Y qué hombre era en aquellos días, señor de Laval! Vos lo véis ahora que posee todo cuanto puede desear. Lo halláis de buen humor y de afable trato. Pero entonces no tenía nada y lo ambicionaba todo. Su mirada intimidaba á las mujeres. Recorría las calles como un lobo hambriento. Al pasar él las gentes se volvían para mirarle. Su rostro era también muy diferente; contraídas las facciones, hundidas las mejillas, con una mirada oblicua y amenazadora que asustaba. ¡Ah, sí! Aquel joven teniente Bonaparte de la Escuela Militar de Brienne era en verdad un tipo curioso é interesante por demás. “Ese hombre,” dije al verle, “se sentará en el trono ó subirá á un cadalso.” Miradlo hoy.

—¡Y todo eso en diez años! exclamé.

—Diez años han bastado para llevarlo del cuartel á las Tullerías. Pero era su sino; había nacido para ello. Tan imposible hubiera sido suprimirlo como prescindir de él temporalmente. Bourienne me dijo que allá en Brienne, cuando Napoleón era casi un chiquillo todavía, tenía ya las maneras del soberano, aplaudía ó censuraba,

sonreía ó miraba con airado ceño, exactamente lo mismo que hace ahora. ¿Habéis visto á su madre, señor de Laval? Alta, severa, imperiosa, creeríase una de esas reinas de tragedia que vemos en la escena. De tal madre tal hijo.

En la inquieta mirada del secretario ví que no dejaba de alarmarle la franqueza con que se expresaba Colancourt.

—Como véis, señor de Laval, dijo, no podemos quejarnos de la tiranía del gobierno. De otro modo no discutiríamos con tan pocos miramientos los actos del jefe del Estado. La verdad es que cuanto hemos dicho hubiera podido oírlo él en persona, con placer y quizás con toda su aprobación. Tiene sus defectillos, como todo el mundo, pero pesad sus dotes de gobernante y decidme si ha existido jamás hombre alguno que de tal suerte haya justificado el voto de la nación. Trabaja más que ninguno de sus súbditos; como general le adoran sus soldados; cuantos le sirven lo aman entrañablemente; nunca se permite un día de asueto y está siempre dispuesto á trabajar; ni una sola persona de cuantas viven en las Tullerías come ó bebe con más moderación que él; relativamente pobre todavía, tomó á su cargo la educación de todos sus hermanos y hoy cuida de que hasta sus más lejanos parientes participen de su prosperidad.

En una palabra, es económico, trabajador incansable y morigerado en sus costumbres. En los periódicos de Londres hemos leído lo suficiente acerca de las correrías y aventuras del príncipe de Gales, señor de Laval, para comprender que el último no queda muy airoso comparado con nuestro Emperador.

Recordé la larga lista de escándalos de Brighton, Londres y Newmarket y preferí no tomar la defensa del príncipe Jorge.

—Entiendo, dije, que lo que los ingleses atacan es la ambición política del Emperador, no su vida privada.

—La verdad es, observó Colancourt, que él sabe, como lo sabemos todos nosotros, que Francia é Inglaterra no caben en el mundo. Una ú otra tiene que obtener y ejercer la supremacía. Vencida Inglaterra, y sólo entonces, podríamos echar los cimientos de una paz duradera. Italia nos pertenece. Sabrémos humillar al Austria como la hemos humillado antes. Alemania está dividida. Rusia puede dilatar sus fronteras por el sur y por el este. De América nos apoderaremos cuando nos plazca, tomando por pretexto la Louisiana ó el Canadá. El imperio del mundo nos aguarda y en nuestro camino se alza un sólo obstáculo. ¡Aquél!

Al decir esto señaló con el dedo las azules aguas del Canal, que se veían por la puerta de la tienda.

Á lo lejos, semejantes á blancas gaviotas, divisábanse las velas de la escuadra bloqueadora. Volví á pensar en lo que había visto la noche anterior, en las luces que brillaban á bordo de los barcos y el resplandor de los fuegos del campamento en la costa. Los dos grandes potencias, marítima y terrestre, se hallaban frente á frente y el mundo entero esperaba ansioso el resultado de la inminente lucha.

CAPÍTULO XII

EL HOMBRE DE ACCIÓN

LA tienda del señor de Meneval estaba situada de manera que desde ella se veía la entrada del cuartel general, ó mejor dicho, de la tienda que le servía de antesala. Pero ya porque estuviésemos muy absortos en nuestra conversación, ya porque el Emperador hubiese preferido, contra su costumbre, la entrada lateral, lo cierto fué que nos sorprendió la entrada de un capitán con el verde uniforme de los cazadores de la guardia, quien anunció al secretario que el Emperador lo estaba esperando. Al pobre Meneval se le puso la cara tan blanca como los hermosos encajes de su chorrera; y saltando del asiento, exclamó con voz que denotaba su profunda agitación:

—¡Debí haber estado allí! ¡Oh, qué desgracia! Dispensad, señor de Colancourt. ¿Dónde está mi sombrero? ¿Y la espada? ¡Venid, de Laval! No hay un minuto que perder.

El terror de Meneval y la escena de que había

sido víctima el almirante Bruix y que yo había presenciado, me permitieron juzgar de la influencia todopoderosa ejercida por el Emperador sobre cuantos le rodeaban. Nunca tranquilos, amenazados sin cesar de una catástrofe, elogiados hoy para verse tratados mañana con sin igual dureza, objeto de reproches en público y de desaires en privado; y sin embargo, es un hecho indudable que amaron y sirvieron á Napoleón como ningún otro soberano ha sido servido y amado.

—Creo que haré bien en quedarme aquí, dije cuando llegamos á la antesala, que estaba otra vez llena de gente.

—No, no, yo respondo de vos. Venid conmigo. ¡Quiera el cielo que no esté irritado contra mí! Pero ¿cómo ha podido entrar sin que yo le viera?

Mi asustado compañero tocó apenas con los nudillos la puerta, que abrió en seguida el mame-luco Roustem, encargado de guardarla. La habitación en que entramos era de gran tamaño, pero amueblada con extrema sencillez. El papel que cubría las paredes era de color gris plateado y el techo pintado de azul ostentaba en el centro el águila dorada símbolo del imperio. Aunque la temperatura era templada, ardía un buen fuego en el hogar y el aire de la habitación me pareció pe-

sado, casi sofocante. En el centro se veía una gran mesa ovalada, cubierta con rojo tapete y sobre la cual se amontonaban legajos y papeles. Á un lado de la sala estaba un pupitre, y sentado ante él, en un sillón de taflete encarnado y de elegante forma, ví al Emperador en persona. Numerosos funcionarios y jefes militares se hallan en pie inmediatos á la pared, pero el Emperador no parecía hacerles el menor caso. Tenía en la mano un cortaplumas con el cual se dedicaba por el momento á tallar el brazo del sillón. Al entrar nosotros nos dirigió una mirada que pronto quedó fija en el rostro contrito de Meneval.

—Me habéis hecho esperar, señor de Meneval, dijo; cosa que nunca me sucedió con Bourienne, mi anterior secretario. ¡Basta! ¡Nada de excusas! Tomad estas órdenes que he escrito en vuestra ausencia y haced una copia de ellas.

El atribulado secretario tomó el papel con temblorosa mano y lo llevó á una mesita que le estaba destinada. Napoleón se levantó y empezó á recorrer la habitación de uno á otro extremo, con las manos atrás y un tanto inclinada hacia el suelo la voluminosa cabeza. Bien necesitaba secretario, porque observé que para escribir aquel corto documento había salpicado de tinta todo el pupitre y era innegable que por dos veces había lim-

piado la pluma en el blanco calzón de punto. Me había quedado cerca de Roustem, junto á la puerta, y mi presencia no pareció llamarle la atención en lo más mínimo.

—¡Á ver, de Meneval! exclamó de pronto. ¿Está eso listo? Tenemos otras muchas cosas que hacer.

El secretario se volvió á medias en la silla y su rostro expresó agitación aun más profunda que antes.

—Perdonad, señor, . . . balbuceó.

—¿Qué es ello?

—Hallo alguna dificultad en leer lo que habéis escrito, señor.

—¡Bah! Por lo menos sabréis de qué trata ese papel.

—Sí, señor; es un informe sobre forrajes para la caballería.

Napoleón se sonrió y aquella sonrisa comunicó á su rostro una expresión juvenil que me sorprendió.

—Este de Meneval me recuerda á Cambacères, dijo. Cuando le escribí una descripción de la batalla de Marengo se creyó que mi carta era un plan de campaña. Parece increíble que os sea tan difícil leer lo que escribo. Ese documento nada tiene que ver con forrajes ni caballos, y contiene mis

instrucciones al almirante Villeneuve para la concentración de su escuadra, con el fin de dominar el Canal. Dádmelo; yo os lo leeré.

Arrebató el papel de manos de su secretario de la manera rápida é impulsiva que le era característica. Pero después de mirarlo fijamente y por buen espacio, arrugó el papel y haciéndolo una pelota lo arrojó bajo la mesa.

—Os lo dictaré, dijo.

Y echando á andar de nuevo por la sala comenzó una retahila de frases que el pobre de Meneval escribió rápidamente lo mejor que pudo, sudando y haciendo visajes. A medida que el Emperador fué exaltándose con sus propias ideas, su voz se hizo más aguda, su paso más rápido y asiendo con la diestra la bocamanga de la casaca, repitió muchas veces el singular y casi epiléptico ademán del brazo derecho que le era habitual. Pero todos sus planes y pensamientos eran de una claridad tal que aun yo, lego en la materia, pude seguirle fácilmente y comprendí todas sus ideas. Lo que más me maravillaba era su dominio perfecto de los hechos, que le permitía hablar con entera seguridad no sólo de los grandes buques de combate ó navíos de línea, sino del número y clase de las fragatas, corbetas y bergantines anclados á la fecha en el Ferrol, Cádiz, Cartagena, Rochefort

y Brest, con la dotación exacta y el armamento de cada uno; á la vez que sabía al dedillo los nombres, fuerza y número de cañones de todos los barcos ingleses.

Semejante copia de datos hubiera sido sorprendente en un jefe de la armada; pero cuando reflexioné que aquellos conocimientos navales formaban sólo una serie de las cincuenta que el Emperador tenía que poseer y dirigir de igual modo, comencé á comprender las proporciones de aquella inteligencia portentosa. Hasta entonces no había hecho el menor caso de mí en apariencia, pero en realidad creo que no me perdió de vista un solo instante, porque no bien acabó de dictar se volvió hacia mí y me dirigió la palabra.

—Parecéis sorprendido, señor de Laval, al ver que me atrevo á despachar los asuntos navales sin auxilio del ministro de Marina; pero uno de mis principios invariables es hacerlo todo yo mismo. Si los buenos Borbones hubieran procedido así quizás no vivirían hoy entre las nieblas de Inglaterra.

—Para poder hacerlo se necesita poseer en primer lugar la memoria de Vuestra Majestad, observé.

—Es el resultado de un sistema, repuso. Es como si mi cerebro estuviera dividido en un nú-

mero fijo de cajones, abierto uno de los cuales permaneciesen cerrados todos los restantes. Rara vez me sucede no encontrar lo que allí busco. Tengo muy pobre memoria para nombres y fechas, pero excelente en lo que á hechos y fisonomías se refiere. Es mucho lo que debo tener siempre presente, señor de Laval. Por ejemplo, ya habéis visto lo que tengo guardado en el cajoncillo de los asuntos navales. Otro de ellos contiene todo lo relativo á los puertos y fortalezas de Francia. Así fué cómo el otro día, cuando mi ministro de la Guerra me leía un informe sobre la defensa de las costas, pude indicarle que había omitido dos cañones en una batería cercana á Ostende. En otra sección de mi cerebro tengo todos los regimientos franceses. ¿Está ese compartimiento en orden, mariscal Berthier?

Un hombre de rostro cuidadosamente afeitado, que hasta entonces había estado royéndose las uñas en el hueco de una ventana, se inclinó al oír las palabras del Emperador.

—Tentado estoy de creer á veces, señor, que sabéis también el nombre de cada soldado, dijo.

—No tanto, pero creo saber los de casi todos mis gruñones de la campaña de Egipto, repuso Napoleón. Y tengo además, señor de Laval, el respectivo departamento para los canales, caminos,

puentes, fábricas y todos los detalles de la administración interior. La justicia, la hacienda, Italia, Holanda, las colonias, todas requieren su sección aparte. En nuestros tiempos Francia espera de su supremo gobernante algo más que saber llevar ocho varas de armiño con toda la dignidad del caso, ó poder galopar tras un ciervo en los bosques de Fontainebleau.

Traje á la memoria al incapaz, débil y pomposo Luis de Borbón, á quien visité una vez en compañía de mi padre, y comprendí que Francia, después de sus convulsiones y sufrimientos, requería en verdad una mano más poderosa que la suya.

—¿No pensáis así, señor de Laval? preguntó el Emperador.

Habíase detenido por un momento ante el fuego y parecía ocupado en taladrar con el pie uno de los humeantes troncos.

—Habéis tomado muy acertada decisión, dijo cuando hube contestado á su pregunta. Pero vos habéis sido siempre de la misma opinión ¿no es así? ¿No es verdad que me defendisteis una vez, cuando cierto joven inglés brindó por mi caída en un café de la población en que vivíais?

Recordé aquel incidente, pero no pude explicarme cómo había llegado á sus oídos.

—¿Por qué lo hicisteis?

—Fué un impulso súbito, señor.

—¡Impulso! exclamó con desprecio. No sé lo que quieren decir las gentes cuando hablan de cosas hechas por momentáneo impulso. Así actúan los locos en el manicomio de Charentón, pero no las personas de sano juicio. ¿Qué motivo pudo induciros á arriesgar vuestra vida en mi defensa cuando nada podíais esperar de mí?

—Lo hice porque tenía el convencimiento de que vos representabais á Francia, señor.

Durante el diálogo que precede había continuado el Emperador sus paseos por la sala, torciendo el brazo como de costumbre y mirando de cuando en cuando á uno ú otro de los presentes con el lente de que se servía, pues su vista era tan débil que usaba el lente de continuo y también anteojos cuando salía al aire libre y tenía que mirar á mayor distancia. Á veces se detenía para tomar grandes sorbos de rapé, contenido en una cajita de concha; pero observé que la mayor parte del rapé se escapaba de sus dedos y caía sobre la pechera y el suelo. Mi contestación pareció agradarle, porque de repente me asió una oreja y me dió un tirón nada flojo.

—Tenéis razón, amigo mío, dijo. Yo represento á Francia como Federico II representó á Prusia. Yo haré á nuestro país la primera po-

tencia del mundo, de tal suerte que todos los monarcas de Europa reconocerán la necesidad de poseer un palacio en París y que todos ellos vendrán á sostener los bordes del manto real en la coronación de mis descendientes

Su rostro reflejó súbitamente un espasmo de dolor.

—¡Dios mío! ¿Para quién edifico? ¿Quiénes serán mis descendientes? le oí murmurar, á la vez que se pasaba la mano por la frente.

—¿Parecen alarmados en Inglaterra con mi próxima invasión? preguntó después. ¿Les habéis oído manifestar el temor de que yo cruce el Canal?

En honor de la verdad tuve que decirle que el único temor que los ingleses parecían abrigar era el de verle desistir de su proyectada expedición contra ellos.

—Los soldados están muy celosos de los marineros, añadí, porque éstos son los que tienen siempre el honor de combatirlos.

—Pero el ejército inglés es muy reducido.

—Apenas hay hombre que no sea voluntario, señor.

—¡Bah! ¡reclutas! exclamó, haciendo con las manos un ademán como si barriera á un lado las legiones inglesas. Desembarcaré con cien mil hombres en Kent ó Sussex. Daré una gran ba-

talla, que ganaré con pérdida de diez mil hombres. Al tercer día estaré en Londres. Allí me apoderaré de todos los estadistas, banqueros, comerciantes y periodistas. Les impondré una indemnización de cien millones de libras. Favoreceré al pobre á expensas del rico y así me formaré un partido inglés. Efectuaré la separación de Escocia é Irlanda dándoles constituciones que las pondrán en situación superior á Inglaterra. Con esto quedará sembrada la disensión en todo el país. Y entonces, como precio de mi retirada de la isla, les exigiré su flota y sus colonias. Así obtendré para Francia el dominio del mundo, lo menos por todo un siglo.

En esta breve reseña de sus planes pude apreciar la facultad que después he visto universalmente reconocida en Napoleón, la de poder concebir un vasto plan y al mismo tiempo abarcar y exponer los detalles que parecían hacerlo acertado y posible. Más tarde varió de tema. Primero, como un sueño fantástico, la invasión del Oriente. Y á seguida, la enumeración de los buques, puertos, armamento y tropas necesarios para convertir el sueño en realidad. Iba derecho al centro de la cuestión, con la misma decisión con que más tarde marchaba en línea recta sobre la capital enemiga. Alma de poeta é inteligencia de un hombre de

negocios de primer orden; tal es la combinación que puede convertir á un gobernante en un peligro para el mundo entero.

Supongo que el objeto del Emperador—porque nunca hacía cosa alguna sin determinado propósito—era demostrarme su capacidad y dotes como hombre de gobierno, quizás con el fin ulterior de que yo á mi vez indujese á otros emigrados á imitar mi conducta. De todos modos, lo cierto fué que me tuvo allí por algunas horas, dejándome tomar nota de la curiosa sucesión de asuntos que le eran sometidos y sobre los cuales tenía que opinar y resolver. Nada parecía ser demasiado grande ni demasiado pequeño para aquella inteligencia extraordinaria. Tan pronto se trataba del acantonamiento de doscientos mil hombres durante el próximo invierno, como de discutir con Colancourt la disminución de algunos gabillos de palacio y la supresión de algunos carruajes en las imperiales caballerizas.

—Mi deseo es practicar la economía en casa, en el país, para poder presentarnos convenientemente en el extranjero, decía. Por mi parte, cuando tenía la honra de ser subteniente, ví que podía vivir muy pasablemente con mil doscientos francos por año y hoy mismo no sería para mí gran sacrificio volver á vivir como entonces. Hay que

poner coto á los gastos extravagantes de palacio. Por ejemplo, veo en vuestras cuentas que el número de tazas de café consumidas diariamente es de ciento cincuenta y cinco, que con el azúcar á cuatro francos y el café á cinco francos por libra, vienen á costar á veinte sueldos la taza. Sería mejor cargar una cantidad fija para café. Las cuentas de las caballerizas son también exageradas. Al precio actual del forraje, siete ú ocho francos por semana deberían de bastar para cada caballo en un establo de doscientos. Estoy resuelto á no permitir despilfarros en las Tullerías.

Así pasaba en pocos minutos de un presupuesto de millones á un recibo de algunos francos, y del gobierno de un imperio al manejo de un establo.

CAPITULO XIII .

SIBILA EN CAMPAÑA

NOTÉ que el Emperador me dirigía de cuando en cuando una mirada, como preguntándome qué pensaba yo de todo aquello; y confieso que por entonces no acertaba á explicarme qué interés podía tener para él mi pobre opinión. Hoy ya es otra cosa; hoy recuerdo la larga lista de jóvenes nobles que imitaron mi ejemplo y ofrecieron sus servicios al Emperador, y comprendo toda la previsión de éste.

—Vamos, señor de Laval, dijo de repente; ahora que tenéis alguna idea de la manera como gobierno ¿seguís dispuesto á servirme?

—Ciertamente, señor, repliqué.

—Sé cómo portarme con dureza cuando quiero, dijo sonriéndose. Presente estabais cuando hablé al almirante Bruix. Todos tenemos deberes que cumplir y la disciplina es tan necesaria en los altos puestos como en las filas. Pero en mí la cólera nunca pasa de aquí, dijo señalando

á su garganta; nunca le permito ofuscarme el cerebro. El doctor Corvisart os dirá que entre todos sus pacientes no hay uno de pulso más lento que el mío.

—Y ninguno que coma más de prisa que Vuestra Majestad, dijo un personaje de largo rostro y bondadoso aspecto que había estado hablando en voz baja con el mariscal Berthier.

—¡Ah, bribón! ¿Siempre la misma queja, eh? Corvisart no me perdona el haberle dicho, estando yo enfermo, que prefería que me matase la enfermedad más bien que sus medicinas. Si como demasiado aprisa, culpa es del Estado, que sólo me concede unos minutos para sentarme á la mesa. Lo cual me recuerda que ya debe ser hora de comer ¿no es así, Constante?

—Hace cuatro horas, señor, que está pronta la comida.

—Pues sírvela al momento.

—Sí, señor, en seguida.

—El señor Isabey está en la antesala, con los maniqués, dijo Roustem.

—Quiero verlo ahora mismo. Que entre.

A los pocos momentos se presentó un hombre que evidentemente acababa de llegar de un largo viaje. Bajo el brazo llevaba una voluminosa cesta de mimbre.

—Os envié á llamar hace dos días, señor Isabey.

—El correo llegó ayer, señor. Inmediatamente salí de París y he viajado sin detenerme un momento.

—¿Tenéis ahí los modelos?

—Sí, señor.

—Ponedlos sobre esa mesa.

Isabey destapó la cesta y ví con sorpresa que estaba llena de muñecas como de un pie de altura, vistosamente engalanadas con ricos trajes de seda y terciopelo, franjas de armiño y cordones de oro. Al principio no pude explicarme lo que aquello significaba, pero á medida que Isabey fué sacando muñecas y poniéndolas en pie sobre la mesa, comprendí que el Emperador, llevado de su afición extraordinaria á los detalles y del deseo de dirigirlo todo por sí mismo, había hecho preparar aquellos maniqués para juzgar del efecto de los soberbios trajes mandados á hacer para sus altos dignatarios en los actos de gran gala.

—¿Qué traje es éste? preguntó alzando de la mesa una figurilla con lengua falda púrpura y oro y graciosa toca de blancas plumas.

—Es la amazona de la Emperatriz, señor.

—La cintura está muy alta, dijo Napoleón,

que tenía ideas muy concretas sobre las modas femeniles. Lo único que al parecer no puedo dominar en todo el imperio, continuó, es esta maldita cuestión de la moda. Mi sastre Duchesne se empeña en acortarme los faldones tres pulgadas y todos los ejércitos y las escuadras de Francia no podrían impedirselo. ¿Quién es éste?

La pregunta se refería á un muñeco que ostentaba precioso sayo verde bordado en oro.

—Es el montero mayor.

—Pues entonces eres tú, Berthier. ¿Qué te parece tu nuevo traje? ¿Y éste todo rojo?

—El gran canciller, señor.

—¿Y el de color violeta?

—El gran chambelán.

Napoleón parecía tan divertido con las figurillas como un niño con un juguete nuevo. Poniéndolas en grupos separados, dijo que quería ver el efecto producido cuando los altos funcionarios conversasen en los salones de palacio. Después arrojó á la cesta todos los maniqués.

—Muy bien, dijo. Vos y David habéis desempeñado muy bien vuestra tarea, Isabey. Someteréis esos modelos á los sastres y modistas imperiales para que os den un presupuesto de su coste. Y decid de paso á la señora Lenormand que si se atreve á enviar otra cuenta como la úl-

tima que le mandó á la Emperatriz, no tardará en ver la fortaleza de Vincennes por dentro. De seguro que no os parecería bien, señor de Laval, gastar veinticinco mil francos en un solo vestido, aunque estuviese destinado á la señorita Eugenia de Choiseul.

¿Había algo que aquel brujo no supiese? ¿Qué interés podían tener para él mis amores, entre el fragor de las armas y el choque de las naciones? Cuando lo miré, entre asombrado y temeroso, ví reaparecer la alegre sonrisa que tanto rejuvenecía su rostro, y su mano regordeta se posó un instante sobre mi hombro. Sus ojos eran de un azul vivo cuando se sentía satisfecho y alegre, si bien se tornaban oscuros cuando estaba preocupado ó pensativo y parecían color gris de acero siempre que le agitaba una emoción cualquiera.

—Os sorprendisteis hace poco cuando hablé de vuestro encuentro con el inglés en un café; y vuestra sorpresa es mayor ahora, al oír mi alusión á cierta joven. Muy mal servido por mis agentes de Inglaterra estaría si no me tuvieran informado de detalles tan importantes como esos.

—No concibo, señor, que haya quien os dé cuenta de tales pequeñeces, ni que vos las recordéis por un solo momento.

—Sois evidentemente un joven modesto y es-

pero que no perderéis cualidad tan estimable cuando hayáis estado algún tiempo en la corte. ¿Creéis, pues, que vuestros asuntos particulares no son de importancia para mí?

—No veo razón alguna para que lo sean, señor.

—¿Quién es el hermano de vuestro abuelo?

—El cardenal de Laval de Montmorency.

—Eso es. ¿Y dónde se halla?

—En Alemania.

—Muy cierto, en Alemania, y no en Nôtre Dame, donde yo lo hubiera puesto. ¿Quién es vuestro primo hermano?

—El duque de Rohan.

—¿Y dónde está?

—En Londres.

—Sí, en Londres, y no en las Tullerías, donde hubiera podido obtener cuanto hubiese querido con solo pedirlo. Á veces me pregunto si, llegado el día de mi caída, tendría yo servidores tan fieles como esos de los Borbones. Los hombres á quienes he hecho célebres y poderosos ¿compartirían mi destierro y rehusarían todas las ofertas hasta el día de mi regreso? ¡Ven aquí, Berthier! dijo asiendo por la oreja á su mariscal favorito, con el ademán acariciador que le era propio. ¿Podría contar contigo, bribón?

—No comprendo, señor, dijo Berthier.

Habíamos sostenido la conversación precedente en voz baja, pero las palabras del Emperador á Berthier se oyeron en toda la sala y cuantos en ella estaban escucharon atentos.

—Si yo fuese expulsado de Francia. ¿me seguirías al destierro?

—No, señor.

—¿Diantre! Por lo menos no te falta franqueza.

—No podría salir desterrado, señor.

—¿Por qué?

—Porque habría muerto.

Napoleón se echó á reir.

—¿Y luego dirán que Berthier no tiene agudeza de espíritu! exclamó. Sí, Berthier, creo poder contar contigo, pues aunque te aprecio por razones especiales, creo también que á nadie más le podrías ser muy útil. No diré lo mismo de vos, señor de Talleyrand, pues nadie ignora que cambiaríais prontamente de amo, como lo habéis hecho ya una vez. Sabido es que tenéis verdadero genio para adaptaros á las circunstancias.

Nada agradaba tanto al Emperador como producir de repente escenas de este género, que servían para poner á todo el mundo sobre espinas, muy especialmente no sabiendo qué rara pregun-

ta vendría después. Pero por el momento nadie se acordó de lo que podía sucederle, para no pensar más que en Talleyrand, cuya respuesta esperábamos con vivo interés. Apoyado en su bastón de ébano, encorvada la espalda, sonreíase el famoso diplomático como si acabasen de dirigirle gratísimo cumplido. Uno de los pocos títulos que tenía al respeto de los demás era que siempre trataba á Napoleón de igual á igual, sin lisonjearlo ni temerlo.

—¿Creéis, señor, que yo os abandonaría si vuestros enemigos me ofreciesen más de lo que vos me habéis dado?

—Estoy convencido de ello.

—Y á mí me sería imposible responder, señor, hasta que se me hiciera realmente la oferta. Lo que sé es que tendría que ser muy generosa. Pensad que además de mi hermoso palacio de la calle de San Florentino y de las doscientas mil libras que tenéis la bondad de acordarme, soy también el primero entre todos los primeros ministros de Europa. En verdad, señor, como no me pongan en un trono no veo manera de mejorar mi posición actual.

—No; creo que os tengo bien sujeto, dijo Napoleón mirándole pensativamente. Y á propósito, Talleyrand, ¿os casáis con la señora Grand

ó tenéis que deshaceros de ella, porque no puedo permitir la continuación de semejante escándalo en la corte.

La discusión en público de tan delicada cuestión personal me dejó atónito, pero este era también rasgo característico de aquel hombre extraordinario, para quien la delicadeza y el buen gusto eran, decía, dos de las cadenas con que las medianías trataban de oprimir al genio. No existía detalle alguno de la vida privada, desde la elección de esposa al abandono de una querida, en el que no se creyese con derecho á intervenir aquel conquistador de treinta y seis años; y no sólo á intervenir sino á resolver la cuestión definitivamente.

En los labios de Talleyrand volvió á aparecer su burlona sonrisa.

—Quizás sea debido á ciertos recuerdos y enseñanzas de mi juventud, señor, dijo; pero el matrimonio no me inspira la menor simpatía.

Napoleón se echó á reír.

—Olvido á veces que en realidad dirijo la palabra al obispo de Autún, dijo. Se me ocurre que quizás el Papa se digne mostrarse tolerante con vos, si se lo pido yo, á cambio de las atenciones que tuve el gusto de dedicarle en el acto de la coronación. La verdad es que la señora

Grand es mujer de talento, y también he observado que sabe escuchar atentamente.

Talleyrand se encogió de hombros.

—La inteligencia, señor, no es siempre una ventaja en la mujer. La esposa muy hábil suele comprometer al marido, mientras que la estúpida sólo se compromete á sí misma.

—La mujer más hábil, repuso Napoleón, es la que sabe ocultar su habilidad. La mujer ha sido siempre un peligro en Francia porque es más lista y despierta que el hombre. Parece no comprender que lo que en ella nos atrae es el corazón, no la cabeza. Siempre que ha ejercido influjo sobre un monarca ha terminado por arruinar la fama de éste. Ejemplos, Enrique IV y Luis XIV. Son todas ideístas, soñadoras, sentimentales, abundantes en emociones y energías, pero sin lógica ni previsión. ¡Ahí está esa maldita señora de Stael! ¡Pues y las que reciben en los salones del barrio San Germán! Su eterna charla me proporciona más quebraderos de cabeza que toda la escuadra de Inglaterra. ¿Por qué no se dedican á coser, ó al cuidado de sus chiquitines? ¿Supongo que estas opiniones mías os parecerán monstruosas, señor de Laval?

Responder no era cosa fácil y guardé silencio.

—Á vuestra edad no podéis ser hombre prác-

tico, siguió diciendo. Más tarde me comprenderéis. Yo era lo mismo que vos ahora cuando los estúpidos parisienses deploraban que la viuda del famoso general Beauharnais se hubiese casado con el desconocido Bonaparte. ¡Qué hermoso ensueño aquel! En el camino de Milán á Mantua, que recorrí en una jornada, hay nueve posadas; y desde cada una de ellas escribí una carta á mi esposa. ¡Nueve cartas en un día! Pero después viene la desilusión, señor de Laval, y aprendemos á tomar las cosas como son.

No pude menos de pensar cuán simpático joven debió ser entonces, antes de aprender á mirar las cosas como son. Las ilusiones, la imaginación ¡cuán árida y triste es la vida sin ellas! El rostro del Emperador había tomado una expresión melancólica, como si aquella época de que hablaba tuviese para él un encanto que la corona imperial jamás había podido darle. Probablemente aquellas nueve cartas escritas en los ventorrillos del camino le habían proporcionado mayor y más pura felicidad que todos los tratados concluidos con el objeto de arrancar pedazos de territorio á sus vecinos. Pero pronto desapareció de su rostro toda expresión sentimental y volvió á ocuparse en mis propios asuntos de la manera directa y concisa que le era habitual.

—Eugenia de Choiseul es la nieta del duque ¿no es así? preguntó.

—Sí, señor.

—¿Y vuestra prometida?

—Sí, señor.

El Emperador hizo un ademán de impaciencia.

—Si deseáis prosperar en mi corte, señor de Laval, dijo, debéis dejar esos asuntos á mi cuidado. ¿Os parece probable que pueda yo mirar con indiferencia un matrimonio entre emigrados, una alianza con una enemiga mía?

—Pero es que ella participa de mis opiniones, señor.

—¿Bah! Á su edad no se tiene opinión. Lo que ella tiene es sangre de emigrado en las venas, y esa sangre hablará algún día. De vuestro matrimonio cuidaré yo, señor de Laval. Deseo que vengáis conmigo á Pont de Briques para ser presentado á la Emperatriz. ¿Que ocurre, Constante?

—Una dama solicita audiencia de Vuestra Majestad. ¿Debo decirle que venga más tarde?

—¿Una dama! exclamó el Emperador sonriéndose. No abundan en los campamentos las caras sin pelo de barba. ¿Quién es? ¿Qué desea?

—Su nombre, señor, es la señorita Sibila Bernac.

—¡Cómo! Pues entonces debe ser la hija del viejo Bernac de Grosbois. Y á propósito, señor de Laval ¿no es Bernac vuestro tío materno?

La vergüenza enrojeció sin duda mi rostro, porque el Emperador pareció leer en él lo que en mí pasaba.

—Sí, su oficio no es de los más honrosos, dijo, pero os aseguro que me es muy necesario. Y decidme ¿no es él también el actual poseedor de los bienes que debieron ser vuestra herencia?

—Sí, señor.

En la mirada de sus azules ojos me pareció leer una sospecha.

—¿Espero, dijo, que no solicitaréis servirme con la esperanza de que os restituya esas propiedades?

—No, señor; lo que ambiciono es hacer carrera por mí mismo.

—Más noble aspiración es querer fundar una familia que limitarse á perpetuarla. No me sería posible restituiros vuestros bienes, señor de Laval, porque la situación es tal en Francia que si hoy comenzara yo las restituciones no acabaría nunca. Eso bastaría para minar la confianza pública. Mis más fieles partidarios son los que hoy poseen

bienes que no les pertenecen. En tanto que me sirvan, como lo hace vuestro tío, esas fincas han de seguir perteneciéndoles. Pero ¿qué me querrá esa joven? ¡Que pase, Constante!

Momentos después entraba en la sala mi prima Sibila. Aunque muy pálida, ví en sus grandes y negros ojos que la animaba una resolución firmísima. Su porte era el de una reina.

—Y bien, señorita, ¿qué os trae aquí? ¿qué queréis? le preguntó el Emperador de la manera brusca con que hablaba siempre á las mujeres, aun á las que hacía el amor.

Sibila miró en torno y al cruzarse nuestras miradas, aunque sólo fué por un momento, sentí que mi presencia había renovado su valor. Miró de frente al Emperador y le contestó con voz segura.

—Vengo, señor, á solicitar un gran favor.

—Los servicios prestados por vuestro padre os hacen acreedora á mi benevolencia. ¿Qué deseáis?

—No pido en nombre de mi padre sino en el mío propio. Os ruego, señor, que concedáis la vida á Luciano Lesage, preso ayer y acusado de traición al imperio. No es más que un estudiante, señor, un joven entusiasta pero inexperto que ha vivido alejado del mundo y á quien hom-

bres viles han convertido en instrumento de sus planes.

—¡Esos jóvenes entusiastas, esos soñadores son los más temibles! exclamó el Emperador con irritado acento.

Tomó de la mesa un legajo de papeles que examinó rápidamente.

—¿Supongo, añadió, que tiene la fortuna de ser vuestro amado?

Súbito rubor invadió el pálido rostro de la joven, que bajó los ojos ante la burlona mirada del Emperador.

—Aquí tengo su declaración, de la que resulta por cierto muy mal parado. Confieso que á juzgar por estos informes sobre su carácter no me parece muy digno de vuestro amor.

—Os suplico que le perdonéis, señor.

—Lo que me pedís es imposible. Contra mí se han alzado los conspiradores de uno y otro bando, los partidarios de los Borbones y los jacobinos. Hasta hace poco he sido demasiado tolerante y mi bondad sólo ha servido para envalentonarlos. Desde la muerte de Cadoudal y del duque de Enghien los Borbones han permanecido prudentemente agazapados. Ahora voy á dar á los otros una lección parecida.

Mucho me admiraba, y me admira todavía,

el amor apasionado de mi prima por aquel hombre indigno y cobarde, de carácter y sentimientos tan opuestos á los de la generosa joven. Al oír ésta la dura respuesta del Emperador palideció densamente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡En nombre del cielo, señor! ¡En nombre de vuestra madre, perdonadle! exclamó, cayendo de rodillas á los pies de Napoleón. ¡Yo respondo de que jamás volverá á ofenderos!

—¡Basta! dijo secamente el Emperador, girando sobre sus talones y recorriendo impaciente la sala de uno á otro extremo. No puedo concederos lo que me pedís, señorita Bernac. Cuando digo que no una vez no altero nunca mi decisión; y mucho menos he de modificarla tratándose de asuntos de Estado, sin más motivo que la pretensión de una mujer. Los jacobinos se han mostrado últimamente muy peligrosos y hay que hacer un ejemplar, pues de lo contrario muy pronto tendría que vérmelas otra vez con la turba esa del barrio San Antonio. ¡No, no puede ser!

La voz firme y el rostro contraído del Emperador indicaban que su resolución era irrevocable, pero, mi prima insistió como sólo una mujer tratando de salvar á su amado se hubiera atrevido á hacerlo.

—Es inofensivo, señor.

—Su muerte impondrá temor á otros.

—Perdonadle y yo os respondo de su lealtad.

—Repito que me pedís un imposible.

Constante y yo la alzamos del suelo.

—Eso es, señor de Laval, dijo el Emperador. Esta entrevista á nada conduce. Podéis acompañar á vuestra prima.

Pero Sibila se volvió hacia él, mostrando en su rostro que no había perdido aún toda esperanza.

—¡Señor! exclamó. Decís que hay que hacer un escarmiento. Ahí está Tousac

—¡Ah, si yo tuviera á Tousac en mi poder!

—Ese es el hombre verdaderamente peligroso. El y mi padre fueron los que descarriaron á Luciano. Si hay que imponer un castigo ejemplar ¡haced, señor, que recaiga sobre el culpable y perdonad al inocente!

—Ambos son culpables. Y además, tenemos á uno en nuestras manos, pero no al otro.

—¿Y si yo lograra descubrirlo?

Napoleón reflexionó un momento.

—Si tal hacéis, dijo, perdonaré á Lesage.

—Pero me será imposible realizarlo en un día

—¿Cuánto tiempo necesitáis?

—Una semana, por lo menos.

—Queda suspendida la sentencia por una se-



Mostrando en su rostro que no había perdido aún toda esperanza.

mana. Si en ese intervalo descubris el paradero de Tousac, habreis obtenido tambien el perdón de Lesage. De lo contrario, su ejecucion tendrá efecto al octavo día. ¡Basta! Señor de Laval, acompañad á vuestra prima. Tengo asuntos de más importancia á que atender. Os espero en Pont de Briques una de estas noches, tan luego estéis pronto para ser presentado á la Emperatriz.

CAPÍTULO XIV

SOÑAR DESPIERTO

AL salir acompañando á mi prima Sibila, ví con sorpresa que fuera de la tienda parecía esperar el mismo oficial de húsares que me había conducido al campamento.

—Y bien, señorita Bernac, ¿habéis sido afortunada? preguntó con interés.

Sibila se limitó á mover la cabeza negativamente.

—¡Ah! Me lo temía, porque el Emperador es terrible. Por vuestra parte habéis demostrado mucho valor. Prefiero cargar sobre un cuadro enemigo montando un caballo matalón, más bien que dirigir al Emperador una petición de cualquiera clase que sea. Siento de todo corazón que no hayáis tenido mejor éxito

Al decir esto puso una cara tan compungida que en otras circunstancias me hubiera hecho reír á carcajadas.

—El teniente Gerardo se encontró á mi paso

casualmente al dirigirme yo aquí, explicó Sibila, y me escoltó por todo el campamento. También ha tenido la bondad de manifestarme su sentimiento por los pesares que me agobian

—¡Y lo mismo hago yo, prima mía! exclamé. Os habéis conducido como un ángel y es indudable que el hombre preferido por vos puede considerarse dichoso de veras. Confío en que será digno de ese amor.

Mis últimas palabras debieron parecerle algo ambiguas, porque en seguida salió altiva en defensa del infeliz á quien amaba.

—Yo le conozco, dijo fríamente, como ni vos ni el Emperador podéis conocerle. Tiene corazón y alma de poeta y sus pensamientos son siempre demasiado altos para sospechar siquiera las intrigas de que ha sido víctima. En cuanto á Tousac, no puedo tenerle lástima porque sé que es un asesino y que nunca habrá paz en Francia mientras no lo prendan. Primo Luis ¿me ayudaréis á capturarlo?

Á todo esto el teniente no había dejado de retorcerse los bigotes, mirándome de arriba abajo, ni más ni menos que si empezase á estar celoso de mí.

—Por favor, señorita ¿no me permitiréis también ayudaros? dijo con voz suplicante.

—Es muy posible que os necesite á los dos, replicó Sibila, y si así fuere no dejaría de dirigirme á vos y á mi primo. Por ahora sólo pido la compañía de ambos hasta salir del campamento, pero una vez fuera de él prefiero seguir sola mi camino.

Tenía una manera de mandarnos que nos parecía deliciosa viniendo de aquellos hermosos labios suyos. El caballo que me había traído al campamento esperaba junto al del húsar y muy pronto nos pusimos en marcha. Al dejar atrás la última tienda Sibila se volvió hacia nosotros.

—Prefiero seguir sola, dijo. ¿Queda entendido que puedo contar con uno y otro?

—En absoluto, repuse.

—¡Hasta la muerte! exclamó el teniente.

—Gran consuelo es para mí ver mis esfuerzos secundados por dos valientes, dijo mi prima; y dirigiéndonos una dulce sonrisa dió riendas á su caballo, que tomó al trote el camino de Grosbois.

Pensativo quedé por largo rato, preguntándome qué plan podía tener Sibila para descubrir el paradero de Tousac. Quizás el ingenio de una mujer, me decía, avivado por el firme deseo de salvar al hombre amado, realice lo que no han podido hacer Fouché y Savary juntos. Por fin me decidí á emprender la marcha y ví entonces

que mi húsar permanecía inmóvil, siguiendo con la vista á la bella amazona.

—¡Voto á tal! murmuraba. Esa es la mujer que te conviene, Gerardo. Esa y no otra. ¡Qué ojos, que sonrisa, qué manera de montar! Y no le tiene pizca de miedo al Emperador. ¡Gran mujer, gran mujer!

Siguió repitiendo estas y parecidas frases hasta que los árboles y las revueltas del camino le ocultaron á Sibila; sólo entonces pareció darse cuenta de mi presencia.

—¿Sois por lo visto primo de la señorita Bernac? preguntó. Entiendo que vos y yo unidos hemos de prestarle un servicio; y aunque todavía no sé de qué se trata, estoy más que pronto á hacer por ella cuanto pueda.

—Se trata de prender á Tousac.

—¡Magnífico!

—Á fin de salvar la vida al novio de mi prima.

El húsar hizo un gesto avinagrado, pero triunfó su buen natural.

—¡Por vida de . . . ! exclamó; lo haré, cueste lo que cueste, con tal de complacerla.

Al decir esto estrechó cordialmente la mano que yo le tendí.

—Los húsares de Bercheny, continuó, están acampados allí, donde véis aquel grupo de caba-

llos. Llegado el caso, envid á llamar al teniente Gerardo y hallaréis una buena espada siempre pronta. ¡Hasta la vista, pues! ¡Y cuanto antes mejor!

Con esto se alejó rápidamente, gallarda personificación del valor, la juventud y la lealtad, y yo seguí mirándole hasta perder de vista el rojo penacho de su gorra.

Pasaron cuatro días sin recibir el esperado aviso de mi prima y sin ver ni oír á mi ceñudo tío, que seguía encastillado en Grosbois. Por mi parte, trasladé mis reales á Boulogne, donde me procuré la modesta habitación que mis muy escasos recursos me permitían. Quedaba sobre la tienda de un panadero llamado Vidal, en la calle del Fresno, junto á la iglesia de San Agustín. Hace un año volví á visitar aquel cuartito, impulsado por el extraño deseo que á casi todos nos domina de ver una vez más los lugares que conocimos en la juventud. Allí estaba todavía mi pobre cuarto, con los mismos cuadros y estampas de entonces y el busto en yeso de Jean Bart sobre la rinconera. En pie y de espaldas á la estrecha ventana, ví otra vez hasta el último de los detalles que mis ojos habían contemplado tantos años antes; y no pude menos de decirme que si la habitación no había cambiado,

tampoco me era posible descubrir cambio apreciable en mi corazón ni en mis sentimientos. Pero frente á mí, en el espejillo colgado de la pared, veía claramente la imagen de un anciano, el rostro arrugado y enjuto; y asomándome á la ventana contemplé la calle solitaria, tan diferente de la de aquellos tiempos en que la inmediatez de un ejército de ciento cincuenta mil hombres la llenaba de bullicio y vida. El magno ejército se había desvanecido; en cambio en aquella sordida morada burguesa todo seguía inalterable, hasta el detalle más prosaico. Si el hombre no es humilde no se debe por cierto á falta de ejemplo; cuanto le rodea se lo proporciona en abundancia.

Lo primero que hice, tan luego me proporcioné alojamiento, fué enviar á buscar el pobre lío que había dejado en Grosbois y que conmigo había desembarcado del lugre inglés la tempestuosa noche de mi llegada. Después hice uso del crédito que la favorable acogida del Emperador y la seguridad de un buen empleo me habían proporcionado; crédito que me era indispensable aprovechar para vestirme de manera que pudiera figurar sin desdoro entre los ricamente ataviados cortesanos y generales que rodeaban á Napoleón. El deseo de éste, de todos conocido, era

ser el único vestido sencillamente en su corte; ni en tiempo de los Borbones fueron los lujosos trajes tan indispensables como entonces para cuantos deseaban ser recibidos con favor en la corte imperial. El novísimo régimen necesitaba cual ninguno del boato y la magnificencia de las antiguas monarquías.

En la mañana del quinto día recibí un mensaje de Duroc, jefe entonces de la casa imperial, ordenándome presentarme aquella tarde al Emperador en el cuartel general y anunciándome que en uno de los carruajes imperiales me estaba reservado un asiento para ir con la corte á Pont de Briques y participar en la recepción de la Emperatriz. Apenas llegué me invitaron á entrar en la gran tienda y Constante me abrió al momento la puerta de la habitación que seguía á la tienda y en la cual hallé al Emperador, que golpeaba con el pie los encendidos troncos de la chimenea. Con él hablaban Talleyrand y Berthier y el secretario, de Meneval, ocupaba su puesto de costumbre ante un pupitre.

—¡Ah, señor de Laval! dijo Napoleón con una ligera inclinación de cabeza. ¿Habéis tenido noticias de vuestra linda prima?

—No, señor, repliqué.

—Temo que sean vanos sus esfuerzos. Por

mi parte le deseo el mejor éxito, pues no tenemos motivo para temer á ese miserable poeta, al paso que el otro es un enemigo formidable. De todos modos, es ya indispensable hacer un escarmiento.

Empezaba á obscurecer y Constante iba á encender las bujías, pero el Emperador le ordenó que saliese.

—Me gusta la luz del crepúsculo, dijo. No dudo, señor de Laval, que tras vuestra larga residencia en Inglaterra os hallaréis como en vuestro elemento en esta semi-obscuridad. Mi opinión es que aquel pueblo debe tener nieblas tan densas en el cerebro como en las calles, á juzgar por las viles estupideces de sus malditos periódicos.

Con uno de los ademanes convulsivos que solía hacer cuando se agitaba profundamente, tomó de la mesa un paquete de periódicos ingleses que arrojó al fuego.

—¡Un redactor! exclamó con la misma voz dura y gutural que empleó la primera vez que le oí. ¿Y quién es un redactor? Un hombre sucio que esgrime la pluma en un cuartucho; lo cual no le impide hablar como si fuera una de las grandes potencias de Europa. Ya estoy cansado de tanta libertad de la prensa. No faltan quienes desean verla implantada en París, y vos sois uno de ellos, Talleyrand. Por mi parte no

veo la necesidad de otro periódico que *El Monitor*, encargado de anunciar al público las decisiones del gobierno.

—En mi opinión, señor, dijo el primer ministro, es preferible tener enemigos declarados que encubiertos y es menos peligroso gastar tinta que derramar sangre. ¿Qué importa que vuestros enemigos tengan permiso para desbarrar en unos cuantos periódicos de París, mientras os veáis al frente de quinientos mil hombres armados?

—¡Bah! Habláis como si yo hubiese recibido la corona del rey mi padre, exclamó Napoleón impaciente. Pero aun cuando así fuera, esa pretensión de gobernar por medio de los periódicos sería intolerable. Los Borbones permitieron que se les criticase ¿y dónde se ven hoy? Si hubieran empleado sus guardias suizas como yo empleé mis granaderos el diez y ocho de Brumario, ¿qué hubiera sido de su famosa Asamblea Nacional? Hubo un tiempo en que un buen bayonetazo en el cuerpo de Mirabeau lo hubiera resuelto todo. Más tarde fueron necesarias las cabezas de un rey y de una reina y la sangre de cien mil personas para obtener igual resultado.

El Emperador se sentó, extendiendo las piernas hacia el hogar. Por entre los ennegrecidos restos de los periódicos ingleses llegaba el resplan-

dor del fuego hasta su rostro hermoso y pálido, parecido al de una esfinge; rostro de poeta, de filósofo, de lo que se quiera, menos de soldado cruel y ambicioso. He oído decir á algunos que no hay dos retratos del Emperador que se parezcan, y la culpa no es de los artistas; la semejanza se debe á que su rostro asumía expresión diferente según el temple ó la disposición de espíritu en que se hallaba. En el vigor de la edad, antes de que los años abotagaran sus facciones, yo, que he vivido sesenta años, puedo decir que nunca he visto cara tan hermosa como la de Napoleón en reposo, con el ánimo tranquilo.

—Vos no tenéis ensueños ni ilusiones, Talleyrand, dijo. Vos sois siempre práctico, frío y cínico. Pero á mí me sucede á la hora del crepúsculo, como en este momento, ó cuando oigo el rumor de las olas, que mi imaginación empieza á trabajar. Lo mismo me pasa cuando oigo música, en especial música con un motivo muchas veces repetido, como algunas composiciones de Passaniello. Producen en mí extraño efecto y empiezo á Ossianizar, á soñar despierto; se me ocurren grandes ideas y tengo vastas aspiraciones. En tales momentos es siempre cuando mi mente se dirige hacia el Este, hacia esas bullientes multitudes de la raza humana, las únicas en

cuyo seno es posible llegar á ser grande, muy grande. Entonces renacen también mis ensueños del 98. Pienso en la posibilidad de ejercitar y armar aquellas grandes masas de hombres y de lanzarlas sobre Europa. Así lo habría hecho yo si hubiera conquistado á Siria, y lo que en realidad decidió la suerte del mundo fué el sitio de San Juan de Acre. Con Egipto á mis pies, figurábame ya camino de la India, sobre un elefante enorme y llevando en la mano una nueva versión del Korán, compuesta por mí mismo. He nacido demasiado tarde. Para ser aceptado como conquistador del mundo es preciso atribuirse origen divino. Alejandro declaró ser hijo de Júpiter y nadie lo puso en duda. Pero el mundo se ha hecho viejo y ha perdido todos sus entusiasmos. ¿Qué sucedería si yo pretendiera lo que Alejandro? El señor de Talleyrand se sonreiría pacatamente y los parisienses llenarían las paredes de pasquines y satíricos versitos.

Mientras así hablaba no parecía dirigirse á nosotros, sino sencillamente expresar sus pensamientos en alta voz y con absoluta libertad. Esto era lo que él llamaba *Ossianizar*, porque le recordaba los vagos ensueños del Ossián Gaélico cuyos poemas lo habían fascinado siempre. De Meneval me ha dicho que á veces hablaba así

por una hora, descubriendo sus más íntimos pensamientos y aspiraciones, mientras sus cortesanos lo rodeaban en silencio, esperando que volviera á ser el hombre práctico y resuelto de siempre.

—Todo gran gobernante, continuó diciendo, debe contar con el apoyo de la religión además del de la espada. Importa más dirigir las almas que dominar sobre los cuerpos. El Sultán, por ejemplo, es cabeza de la religión á la vez que del ejército, y lo mismo fueron los emperadores romanos. Mientras así no lo haga yo también, mi misión quedará incompleta. En este momento hay en Francia treinta departamentos en los cuales el Papa es más poderoso que yo. Sólo el dominio universal puede afianzar la paz del mundo. Cuando no haya en Europa más que una autoridad, instalada en París, y cuando cada rey sea mi lugar teniente y haya recibido la corona del poder central de Francia, entonces y sólo entonces quedará firmemente establecido el reinado de la paz. La existencia de muchas naciones de igual fuerza y poder ha de producir irremediabilmente conflictos y luchas, hasta que una de ellas se sobreponga á las restantes. Por su posición céntrica, su riqueza y su historia, Francia es la nación destinada á dominar y dirigir las otras. Alemania

está dividida. Rusia es semi-bárbara. Inglaterra, una isla. Sólo queda Francia.

Entonces, al escucharle, empecé á comprender que mis amigos de Inglaterra no andaban muy equivocados al decir que mientras viviese aquel hombre, aquel diminuto oficial de artillería de treinta y seis años, no habría paz posible. Napoleón tomó unos sorbos de café de la taza que Constante había puesto en una mesita inmediata. Después se reclinó en el sillón, mirando pensativamente al fuego y hundida en el pecho la barba.

—Cuando tal suceda, prosiguió, los reyes de Europa marcharán detrás del Emperador de Francia el día de la coronación de éste y sostendrán con sus propias manos los bordes del manto imperial. Cada uno de ellos tendrá que poseer un palacio en París y los límites de la ciudad se extenderán hasta Versalles. Tales son los planes que tengo formados respecto á París, si se hace digna de ellos. En cuanto á los parisienses, ni los quiero ni me quieren, porque no pueden olvidar que ya una vez dirigí contra ellos mis cañones y saben que estoy pronto á repetirlo. Los he obligado á temerme y admirarme, pero no puedo conseguir que me amen. Ved cuánto he hecho por ellos. ¿Dónde están los tesoros de Génova, las joyas pictóricas y esculturales de Venecia

y el Vaticano? En el Louvre. Los despojos de mis victorias han servido para enriquecer y hermostear á París. Pero sus habitantes dan en seguir cuchicheando, siempre quejosos, variables siempre. Por ahora me saludan aún agitando los sombreros, pero no tardarían en enseñarme los puños si no cuidase de proporcionarles siempre alguna novedad, algo que los sorprenda y les permita charlar y comentar á su gusto. Y cuando no ocurre absolutamente nada, mando dorar la cúpula de los Inválidos para entretenerlos y evitar que hagan una trastada. Luis XIV les proporcionó guerras. Luis XV los galanteos y los escándalos de su corte. Luis XVI nada les dió y por eso le cortaron la cabeza. Vos los ayudasteis á llevarlo al cadalso, Talleyrand.

—Dispensad, señor; yo he sido siempre muy moderado.

—Pues por lo menos no sentisteis mucho su muerte.

—Con tanta mayor razón cuanto que vos ocupáis el puesto que él dejó vacante, señor.

—Nada hubiera podido impedírmelo, Talleyrand. Nací para llegar al más alto puesto y así lo he reconocido siempre. Recuerdo que cuando discutíamos el tratado de Campo Formio, siendo yo un general de treinta años, ví en la tienda de

los comisionados un elevado trono con las armas imperiales. Inmediatamente subí las gradas y me arrellané en el dorado sillón. No podía soportar la idea de que hubiera nadie ni nada superior á mí. Y ya entonces, y aun antes, sabía cuanto iba á sucederme. En los días en que mi hermano Luciano y yo vivíamos en un cuartito y gastábamos unos cuantos francos por semana, sabía yo perfectamente que un día habría de verme donde ahora estoy. Y sin embargo, no tenía entonces brillante perspectiva ni motivo alguno en que fundar grandes esperanzas. No fuí alumno distinguido en el colegio militar. En una promoción de cincuenta y ocho obtuve el número cuarenta y dos. Sólo en matemáticas me distinguí algo. La verdad es que yo estaba siempre soñando mientras otros trabajaban. Nada había que alentara mi ambición y lo único que heredé de mi padre fué su debilidad de estómago. Una vez, siendo muy joven, fuí á París con mi padre y mi hermana Carolina. Estábamos en la calle Richelieu cuando vimos pasar al rey en su carretela. ¿Quién hubiera soñado entonces que aquel niño corso que se descubrió y miró embobado al rey habría de ser el próximo soberano de Francia? Pero aun entonces me parecía que aquel carruaje debía pertenecerme ¿Qué ocurre, Constante?

El discreto servidor se inclinó y murmuró unas palabras al oído del Emperador.

—¡Ah, sí! dijo éste. Había olvidado esa cita con ella. ¿Está ahí?

—Sí, señor.

—¿En la sala de atrás?

—Sí, señor.

Talleyrand y Berthier se miraron y el ministro hizo ademán de dirigirse á la puerta.

—No, no, podéis permanecer aquí, dijo Napoleón. Enciende las luces, Constante, y cuida de que los carruajes estén listos dentro de media hora. Talleyrand, leed este borrador de una carta al Emperador de Austria y ya me diréis después vuestra opinión. Aquí tengo, de Meneval, un extenso informe sobre el nuevo astillero de Brest. Extractad lo esencial y dejadlo sobre mi mesa de trabajo á las cinco de la mañana. Berthier, quiero que todo el ejército esté embarcado á las siete. Veremos si la operación puede efectuarse en tres horas. Señor de Laval, esperad aquí hasta que partamos para Pont de Briques.

Después de dejar así una orden terminante para cada uno de nosotros, salió de la habitación con pasos cortos y rápidos y por un momento ví en el marco de la puerta sus robustos hombros, la verde casaca y las medias blancas. Más allá,

en la habitación inmediata, me pareció divisar un vestido color de rosa, pero casi al mismo tiempo cayeron detrás del Emperador los pesados cortinajes de la puerta.

Berthier se quedó royéndose las uñas y Talleyrand le miró, alzadas las cejas, como dirigiéndole una muda pregunta. De Meneval hojeaba, con muy compungida cara, el enorme folleto que había de tener extractado á primera hora del día siguiente. Constante iba de uno á otro lado encendiendo las luces de los candelabros.

—¿Quién es? oí que preguntaba el ministro en voz baja.

—La bailarina del Teatro de la Ópera, dijo Berthier.

—¿Y la española? ¿Ha caído en desgracia?

—No, creo que no. Aquí estuvo ayer.

—¿Y la otra, la condesita?

—Se ha instalado en una quinta cercana, en Ambleteuse.

—Pero nada de escándalos en la corte, dijo Talleyrand con sarcástica sonrisa, recordando los reproches que le había dirigido el Emperador. Y ahora, señor de Laval, añadió llevándose á un extremo de la sala, tengo vivo deseo de oír vuestros informes sobre el partido de los Borbones en

Inglaterra. ¿Qué proyectan? ¿Tienen esperanzas de éxito?

Por más de diez minutos me abrumó á preguntas, que me demostraron claramente cuán bien le conocía el Emperador y cuán resuelto estaba Talleyrand á servir al que triunfase, quienquiera que fuese. Hablando estábamos cuando entró Constante muy precipitadamente, con expresión de ansiedad y alarma que jamás hubiera yo esperado ver en rostro tan imperturbable como el suyo.

—¡Dios del cielo! exclamó cruzando las manos. ¿Qué desgracia, señor de Talleyrand! ¿Quién había de figurárselo?

—Pero ¿qué es? ¿Qué pasa, Constante?

—¡Ah, señor! No sé cómo advertir al Emperador, no me atrevo . . . sin que me llame . . . Pero es necesario, señor; la Emperatriz está ahí afuera, acaba de llegar inesperadamente.

CAPÍTULO XV

JOSEFINA

AL oír tan sorprendente noticia Talleyrand y Berthier cruzaron una mirada y por primera vez ví que el gran diplomático, cuyas facciones no expresaban nunca lo que pensaba ó sentía, era capaz de manifestar alguna emoción. Pero también noté que la situación le parecía más cómica que grave, al paso que Berthier, verdaderamente adicto así á Napoleón como á Josefina, corrió desalentado hacia la puerta, como si su primer impulso hubiera sido impedir el paso á la Emperatriz. Constante se había dirigido rápidamente hacia las cortinas que ocultaban la entrada de la otra sala, pero á pesar de su reconocido valor no lo tuvo para entrar allí y volvió corriendo hacia Talleyrand, en demanda de consejo.

Era tarde; el mameluco Roustem había abierto la puerta, que dió paso á dos señoras. La primera, alta y graciosa, de rostro sonriente y majestuoso porte, llevaba un manto de terciopelo

negro con blancos encajes al cuello y en las mangas, y sombrero negro de blanca y rizada pluma. Su compañera, de menor estatura y nada hermosa, tenía sí grandes y expresivos ojos negros que daban á su rostro carácter y atractivo. Con ellas entró en la sala un perrito faldero, pero la más alta de las damas se volvió y puso en manos de Roustem la cadenilla de acero asegurada al collar del perro.

—Será mejor que Fortún se quede afuera contigo, Roustem, dijo con voz que me pareció notablemente musical y dulce. Al Emperador no le gustan mucho los perros, y por lo menos, ya que venimos á sorprenderlo, debemos siquiera respetar sus gustos. ¡Buenas noches, señor de Talleyrand! La señora de Remusat y yo hemos dado un largo paseo en coche y al pasar cerca de aquí resolví detenerme para saber si el Emperador se propone ir á Pont de Briques. Quizás haya partido ya, pero esperaba hallarle aquí.

—Su Majestad estaba aquí hace pocos momentos, dijo Talleyrand inclinándose.

—Tengo recepción esta noche, si tal nombre merece tratándose de Pont de Briques, y el Emperador me prometió que siquiera por una vez suspendería su trabajo para honrar mi reunión con su presencia. Deseo que lo convenzáis de que

no debe trabajar tanto, señor de Talleyrand. Tiene un cuerpo de hierro, pero le sería imposible continuar así muy largo tiempo. Insiste en hacerlo todo él mismo; noble propósito, pero que acabaría por hacer de él un mártir. No dudo que en este momento . . . pero todavía no me habéis dicho dónde está, señor de Talleyrand.

—Lo esperamos de un momento á otro, señora.

—Siendo así nos sentaremos y esperaremos su regreso. ¡Ah, señor de Meneval, cuánto os compadezco al veros enterrado entre tantos papeles! Cuando el señor de Bourienne abandonó al Emperador lo sentí en el alma, pero vos habéis sabido reemplazarle con ventaja. ¡Acércaos al fuego, señora de Remusat! ¡Oh, sí, insisto en ello porque sé que debéis tener frío! Constante, pon esa alfombrilla bajo los pies de la señora de Remusat.

Muestras de consideración y pequeñas atenciones como ésta habían hecho á la Emperatriz muy querida y en realidad no tenía enemigos en Francia, ni aun entre los que más acerbamente combatían á Napoleón. Lo mismo como esposa del primer soberano de Europa que como la triste divorciada de la Malmaison, fué siempre elogiada y querida por cuantos la conocieron. De todos

los sacrificios que hizo el Emperador en el altar de su ambición, el de su esposa fué el que le costó más dura lucha y más profundo pesar.

Sentada Josefina ante el fuego en el mismo sillón que tan recientemente ocupara el Emperador, tuvo ocasión de observar bien á aquella mujer cuya extraña suerte la había convertido de hija de un modesto teniente de artillería en esposa del primer personaje de Europa. Tenía seis años más que Napoleón y al verla yo entonces por primera vez contaba ya cuarenta y dos; pero á corta distancia ó en luz no muy viva podía decirse sin lisonja que no parecía tener más de treinta. Era alta y esbelta, muy elegante, y en todos sus movimientos se notaba la gracia que había heredado con su sangre de criolla. Tenía delicadas facciones y he oído decir que en su juventud fué hermosísima; pero, como la mayor parte de las criollas, había envejecido pronto. No sin porfiada resistencia, eso sí; con el auxilio del arte había combatido día por día los estragos del tiempo, y sentada en el trono imperial ó en una carroza de gala, podía pasar todavía por hermosa. En una habitación pequeña ó bajo luz muy viva ya era otra cosa; entonces se veían claramente todos los artificios, polvos y coloretos que ocultaban la amarillez y las arrugas del cutis. Su prin-

cipal atractivo se hallaba cuando yo la ví en el refugio natural de la belleza, los ojos, que eran grandes, oscuros y dulces. Su boca era pequeña y expresiva, con frecuencia animada por una sonrisa; en cambio Josefina se reía rara vez, porque tenía motivos para no dejar ver los dientes. Había tanta dignidad en su porte que no la hubiera aventajado una descendiente directa del mismo Carlomagno. Su paso, su mirada, sus ademanes, todo en ella expresaba á la vez que la dulzura de la mujer la dignidad de la soberana. La observé con admiración mientras ella se inclinaba sobre una cestilla y tomaba pequeños trozos de madera de olor que arrojaba al fuego.

—Á Napoleón le agrada este olor, decía, y lo nota en seguida. Tiene un olfato portentoso.

—Y no sólo para los perfumes, observó Talleyrand; los contratistas públicos lo saben mejor que nadie.

—¡Oh, lo que es en cuanto á examinar cuentas no he visto nunca cosa igual! asintió la Emperatriz. Nada se le escapa y nada perdona; todo ha de ser exactísimo. Pero ¿quién es este joven, señor de Talleyrand? No creo que me haya sido presentado.

El ministro le explicó en pocas palabras que yo había entrado á formar parte del servicio per-

sonal del Emperador y Josefina me felicitó por ello con suma bondad.

—Me sirve de gran consuelo, dijo, saber que el Emperador está rodeado de hombres valientes y leales. Desde el atentado de la máquina infernal temo por su vida tan luego se aparta de mí. En realidad cuando más seguro está es en tiempo de guerra, porque sólo entonces se halla lejos de esos asesinos que le odian. Entiendo que acaba de descubrirse un nuevo complot jacobino.

—Este señor de Laval se hallaba presente cuando prendieron á uno de los conspiradores, dijo Talleyrand.

La Emperatriz me dirigió en seguida numerosas preguntas, y era tal su ansiedad que apenas me daba tiempo de terminar mis respuestas.

—¡Pero ese temible Tousac no ha sido preso todavía! exclamó. ¿No me han dicho que una joven está tratando de efectuar lo que no ha podido hacer la policía secreta, y que el premio de sus esfuerzos será la libertad de su amado?

—Esa joven es mi prima, señora; su nombre es Sibila Bernac.

—Sólo lleváis en Francia algunos días, señor de Laval, dijo la Emperatriz sonriéndose, pero veo que estáis ya en relación con más de un asunto de estado. Debéis traer á vuestra linda

prima á la corte—el Emperador dice que es muy linda—y presentármela. Señora de Remusat, servíos tomar nota del nombre.

La Emperatriz volvió á inclinarse sobre la canastilla que contenía la madera de olor, cuando la ví mirar fijamente al suelo, á la vez que lanzaba una exclamación de sorpresa. Después se inclinó y alzó de la alfombra el blando sombrero de castor que usaba siempre Napoleón, con la pequeña escarapela tricolor. Apartando la mirada del sombrero, la fijó en la cara imperturbable del primer ministro.

—¿Cómo se entiende, señor de Talleyrand? exclamó, á la vez que sus negros ojos expresaban sorpresa y cólera. Me habéis dicho que el Emperador ha salido, y he aquí su sombrero.

—Perdone Vuestra Majestad; no dije que el Emperador había salido.

—¿Qué dijisteis, pues?

—Que se hallaba en esta sala pocos momentos antes.

—¿Tratáis de ocultarme algo! exclamó Josefa, despertadas sus sospechas.

--Puedo asegurar, señora, que os he dicho cuanto sé.

La Emperatriz nos dirigió á todos, uno tras otro, rápidas miradas.

—Mariscal Berthier, ordenó; decidme al instante dónde se halla el Emperador.

Berthier, aunque buen soldado, era algo torpe de suyo y se quedó cortado, dando vueltas al sombrero que en las manos tenía.

—No sé más que el señor de Talleyrand, replicó al fin. El Emperador nos dejó hace algún tiempo.

—¿Por qué puerta salió?

La confusión del pobre Berthier aumentó visiblemente.

—En realidad, señora, no sabría decirlo.

Los ojos de la irritada soberana se fijaron en mí y temblé al pensar que iba á dirigirme la misma tremenda pregunta. Me encomendé mentalmente al excelso San Ignacio, constante protector de mi familia, pero pasó el peligro.

—Venid, señora de Remusat, exclamó la Emperatriz. Lo que estos señores no nos dicen lo averiguaremos bien pronto nosotras mismas.

Se dirigió con majestuoso paso hacia los cortinajes que cubrían la puerta, seguida á poca distancia por la atemorizada dama de honor, que apreciaba perfectamente la situación. Las infidelidades del Emperador y las violentas escenas que producían eran cosa tan pública y sabida que hasta en Asford había oído yo los comentarios

que ocasionaban. La confianza que en sí mismo tenía Napoleón y su desprecio del mundo le hacían prescindir de toda prudencia, sin que le importase lo que de él pudieran decir ó pensar; al paso que la Emperatriz, cuando la cegaban los celos, olvidaba en absoluto la dignidad y circunspección que de ordinario caracterizaban su conducta, y entre ambos proporcionaban momentos de gravísimo embarazo á cuantos les rodeaban. Talleyrand se dirigió lentamente hacia el extremo opuesto del salón; Berthier, más desconcertado que nunca, siguió dando vueltas á su sombrero, y sólo Constante, el fiel ayuda de cámara, se atrevió á interponerse entre su ama y la puerta fatal.

—Si Vuestra Majestad se digna tomar asiento, daré inmediato aviso de su presencia al Emperador, dijo el pobre hombre, extendiendo los brazos en actitud suplicante.

—¡Ah! ¡Luego él está ahí! gritó Josefina furiosa. ¡Ahora lo veo todo, lo comprendo todo! Pero yo le echaré en cara su perfidia. ¡Paso, Constante! ¡Cómo te atreves á ponerte en mi camino?

—Permítame Vuestra Majestad que anuncie al

—¡Me anunciaré yo misma!

Diciendo esto se adelantó precipitadamente sin

hacer el menor caso del criado y su ondulante cuerpo desapareció detrás de las cortinas de la puerta. Parecía entonces llena de energía, valerosa en su indignación de esposa ultrajada; pero su carácter fué siempre débil y la reacción no se hizo esperar. Momentos después oímos un rugido parecido al de una fiera y Josefina volvió á entrar corriendo en la habitación, seguida de cerca por el Emperador, ciego de ira. Tan asustada estaba que sin dejar de correr se dirigió hacia el hogar, donde esperaba ya la pobre señora de Remusat, y angustiadísimas ambas volvieron á ocupar temblando los sillones que habían dejado poco antes. Allí permanecieron inmóviles mientras el Emperador, convulso el rostro y lanzando una retahíla de palabrotas de cuartel, pateaba y gesticulaba en medio de la sala.

—¡Tú, Constante, tú! gritó. ¿Es así como me sirves? ¿No tienes discreción, no tienes siquiera sentido común? Y yo ¿no he de lograr nunca un momento de libertad, de respiro, sin verme eternamente espiado por mujeres? ¿He de ser yo el único privado en absoluto de toda libertad? En cuanto á vos, Josefina, todo ha concluido. Hasta ahora no había podido resolverme, pero ya no vacilo. Todo ha terminado entre nosotros.

Seguro estoy de que los circunstantes hubiéramos dado cualquier cosa por escapar de allí, y por mi parte lo embarazoso de la situación anulaba todo el interés que pudiera tener para mí; pero al Emperador le importaba tanto nuestra presencia en la sala como la de los muebles que nos rodeaban. Uno de los rasgos peculiares de su carácter era precisamente la publicidad con que prefería tratar y resolver las cuestiones personales y los disgustos de familia; probablemente porque sabía cuánto más amargas son las censuras cuando recaen sobre la víctima en presencia de testigos. Desde su esposa hasta el último lacayo, no había quien no viviese en continuo temor de verse avergonzado y puesto en ridículo en presencia de todos. Lo único que en tales casos moderaba algo las sonrisas burlonas de los testigos era la incertidumbre en que vivían y el temor de ser á su vez víctimas de iguales humillaciones.

En cuanto á Josefina, las lágrimas eran para ella como para casi todas las mujeres arma predilecta y último recurso; lloraba, pues, amargamente, inclinado el gracioso cuello hacia las rodillas y oculto el rostro entre las manos. Lloraba también la señora de Remusat, y cuando por breves momentos cesaba la voz ronca del Emperador sólo se oían los sollozos y suspiros de ambas damas.

Á veces los duros reproches de su esposo provocaban una débil protesta de Josefina, una queja de sus galanteos, lo cual sólo servía para hacerle prorrumpir en nuevas y violentas recriminaciones. Cuando más encolerizado estaba arrojó contra el suelo la tabaquera, como pudiera hacerlo un niño malcriado con un juguete.

—¡Moralidad! exclamaba. Ni la moralidad se hizo para mí ni yo para ella. Soy un ser aparte, diferente de los otros hombres, y no acepto condiciones de nadie. Mil veces os he dicho, Josefina, que toda esa palabrería no es más que el recurso de que se valen las medianías para pretender coartar la acción del genio. Esas frases hechas nada tienen que ver conmigo. Jamás consentiré en amoldar mi conducta á esos necios preceptos sociales.

—¿Pero no tenéis siquiera compasión? sollozó la Emperatriz.

—Los grandes hombres no deben sentir compasión. Á ellos les toca decidir lo que han de hacer, y una vez resuelto esto procede realizarlo, sin intervención de nadie ni de nada. Vuestro deber, Josefina, es someteros á todos mis caprichos, y considerar como cosa muy natural el que me tome alguna latitud, alguna libertad.

Cuando el Emperador no tenía razón su sis-

tema favorito era esquivar el punto discutido y traer á cuento otro tema en el cual estuviera de su parte la razón. Desahogada ya su cólera, tomó la ofensiva, porque así en la discusión como en la guerra su sistema era atacar siempre.

—He estado revisando las cuentas de Lenormand, Josefina, dijo. ¿Sabéis cuántos vestidos nuevos os hicisteis el año pasado? Ciento cuarenta, ni uno menos; y cuidado que muchos de ellos costaron la friolera de veinticinco mil francos. Me han dicho que tenéis un guardarropa de seiscientos trajes, gran número de los cuales apenas os habéis puesto. La señora de Remusat sabe cuán exacto es lo que digo; no puede negarlo.

—Vos sois el primero en decirme que vista bien, Napoleón.

—Pero no con tan tremendo despilfarro. El dinero que malgastáis tontamente en sedas y pieles bastaría para sostener dos regimientos de coraceros ó unas cuantas fragatas de guerra; es decir, podría decidir el resultado de una campaña. Otra cosa: ¿quién os dió permiso para contratar la diadema de brillantes y zafiros de Lefebre? Me han enviado la cuenta y me he negado á pagarla; si Lefebre insiste, haré que mis granaderos lo lleven á la cárcel y que lo acompañe vuestra modista.

La cólera del Emperador, aunque violenta, no solía durar mucho. Los movimientos convulsivos de uno de sus brazos fueron haciéndose menos frecuentes hasta cesar casi por completo. Después se acercó á de Meneval, que había escrito continuamente sin hacer caso de toda aquella baránda y examinó algunos de los pliegos que tenía terminados; por último cruzó la sala y se acercó al fuego, tranquilo el semblante y con una sonrisa en los labios.

—Tan grandes gastos no tienen excusa posible, Josefina, dijo, poniéndole una mano sobre el hombro. Los diamantes y las ricas y vistosas telas son muy necesarios para una mujer fea, con objeto de proporcionarle algún atractivo, pero vos no podéis necesitarlos con igual objeto. No teníais, por cierto, esos ricos vestidos cuando os ví por primera vez en la calle Chantereine, y sin embargo, ninguna mujer me atrajo nunca tanto como vos entonces. ¿Por qué me irritáis, Josefina, haciéndome deciros cosas nada agradables? Volved pronto á Pont de Briques en vuestro carruaje y cuidad de no resfriaros.

—¿Vendréis á mi recepción? preguntó la Emperatriz, cuyo más vivo resentimiento parecía desvanecerse instantáneamente al primer contacto cariñoso de su mano.

Seguía ocultando el rostro con el pañuelo, pero no era ya para enjugar las lágrimas sino para que no se vieran los vestigios que éstas habían dejado en sus pintadas mejillas.

—Sí, sí, iré. Nuestros carruajes seguirán de cerca á los vuestros. Constante, vé con estas señoras hasta el coche. ¿Has ordenado el embarco de las tropas, Berthier? Acercáos, Talleyrand; quiero exponeros mi opinión y mis deseos acerca del porvenir de España y Portugal. Señor de Laval, podéis acompañar á la Emperatriz á Pont de Briques, donde os veré durante la recepción.

CAPÍTULO XVI

RECEPCIÓN IMPERIAL

PONT DE BRIQUES era una aldehuela insignificante, y la llegada de la corte representaba un aumento tan repentino como cuantioso de su población. Hubiera sido mucho más cómodo haber ido á Boulogne, donde abundaban los buenos alojamientos, pero el Emperador había dicho Pont de Briques y eso bastaba. La palabra imposible no la empleaban nunca los encargados de realizar los deseos de Napoleón. Así fué cómo la aldea se vió en un santiamén llena de cocineros y lacayos, tras los cuales fueron llegando los dignatarios del nuevo imperio, las damas de la corte después y tras éstas sus admiradores del vecino campamento. La Emperatriz se alojaba en un edificio bastante amplio al que llamaban el castillo. Los demás se habían instalado del mejor modo posible en las modestas casitas y en las cabañas del pueblo, y esperaban ansiosos la hora del re-

greso á sus cómodas residencias de Versailles y Fontainebleau.

La Emperatriz me ofreció bondadosamente un asiento en su carretela y durante todo el camino pareció olvidada de la reciente y penosa escena y habló animadamente, haciéndome mil preguntas sobre cuanto me concernía. Su deseo, mejor dicho, su manía de saber la vida y milagros de cuantos la rodeaban era muy conocida de todos, y no dictada por vana curiosidad sino debida más bien á la bondad de su corazón. Mostró interés muy especial por Eugenia, y como el tema no podía ser más de mi agrado, la conversación terminó haciendo yo un entusiasta elogio de mi amada, sin que la Emperatriz me escasease sus frases de aprobación ni la señora de Remusat sus sonrisas.

—¡Pero es necesario que la presentéis en la corte! exclamó la buena señora. No podemos permitir que semejante modelo de virtud y de hermosura siga oculto é ignorado en un pueblecillo de Inglaterra. ¿Habéis hablado de ella al Emperador?

—Su Majestad se halla perfectamente enterado de cuanto á Eugenia concierne, señora.

—Todo lo sabe, es verdad. ¡Es un hombre extraordinario! Ya le oísteis hablar de unos dia-

mantes y zafiros. Pues bien, Lefebre me hizo formal promesa de no decir á nadie una sola palabra del asunto y quedamos en que yo le pagaría gradualmente, como y cuando me pareciese; y sin embargo, el Emperador está perfectamente enterado de todo, como habéis visto. Pero ¿qué os dijo?

—Que la cuestión de mi matrimonio quedaba á su cargo.

La Emperatriz pareció un tanto alarmada.

—Esa resolución puede tener para vos serios resultados, señor de Laval, dijo. Es muy capaz de elegir á una de las damas de la corte y casaros dentro de una semana. Punto es este sobre el cual no admite razones ni protestas, y os aseguro que por ese procedimiento ha efectuado algunos matrimonios verdaderamente extraordinarios. Pero yo le hablaré antes de regresar á París y veré lo que puedo hacer por vos.

No había acabado de darle gracias por su generosa oferta cuando el carruaje llegó á su destino y tomando por la enarenada calle de árboles se detuvo á la puerta de un vasto edificio; el grupo de lacayos vestidos de rojo y los dos centinelas indicaban que aquel era el alojamiento de la Emperatriz. Esta y su dama de honor entraron apresuradas, porque no les quedaba mucho tiempo

para vestirse y yo fuí conducido desde luego al gran salón, donde ya habían empezado á reunirse los invitados.

Era el salón vasto y cuadrado, el color de las paredes un tanto sombrío y el mueblaje de caoba modestísimo; en cambio abundaban los candelabros cargados de bujías y la brillante iluminación compensaba en gran parte los defectos del local. En comunicación con la gran sala central había otras menores separadas por ricos cortinajes, en las que habían instalado mesas para los jugadores. No faltaban ya numerosas damas, que llevaban los vestidos altos sancionados por el Emperador; entre los hombres ví tantos trajes negros como uniformes. Pero el corte severo de los vestidos no impedía que las señoras luciesen muy ricas telas de vivos colores, pues á pesar de sus continuos sermones sobre la economía, el Emperador se mostraba censor severo para con las damas que no sostenían con éxito el brillo de su corte. Las modas de la época proporcionaban muy favorable oportunidad para mostrar buen gusto y echar lujo, porque los trajes de corte clásico habían desaparecido con la república y en su lugar predominaban los de gusto oriental, en honor del conquistador de Egipto. Zoraida había reemplazado á Lucrecia, y los salones que antes reflejaban la austeri-

dad de la antigua Roma habíanse convertido de repente en otros tantos harenes orientales.

Desde mi entrada me había retirado á un ángulo del salón, contando con que no conocería á nadie; pero á los pocos momentos sentí que me tocaban el brazo y me hallé cara á cara con mi famoso tío Bernac, quien me estrechó la mano con fingida cordialidad.

—Mi querido Luis, dijo sin tutearme, la esperanza de veros aquí ha sido lo único que hubiera podido hacerme salir de Grosbois, aunque viviendo tan lejos de París no debería por ningún concepto perder semejante ocasión de presentarme en la corte. Pero puedo aseguraros que mi objeto principal era volver á veros. Me han dicho que habéis merecido al Emperador la más favorable acogida y que os ha admitido en su servicio inmediato. Yo le había hablado de vos y no le oculté que tratándoos bien atraería indudablemente á otros jóvenes emigrados deseosos de servirle.

Estaba convencido de que mentía, pero tuve que inclinarme y murmurar algunas palabras de gratitud.

—Veo que todavía me guardáis rencor por lo que pasó entre nosotros hace algunos días, prosiguió, pero en realidad no tenéis el menor motivo

para ello, mi querido Luis. Lo que yo tenía en mientes ante todo era vuestro propio bien. No soy joven ni robusto y mi oficio, como habéis visto, es peligroso. Ahí están mi hija y mi fortuna. El que se case con la primera se hace dueño de la segunda. Sibila es una joven encantadora y yo sentiría que sus maneras para conmigo os hubieran hecho formar de ella poco favorable opinión. Confieso que tenía motivos de enojo en vista de lo ocurrido. Y ahora, espero que habréis meditado algo más sobre el particular y cambiado de opinión.

—No he pensado en ello ni poco ni mucho, y os ruego que no habléis más del asunto, le dije muy secamente.

Quedó silencioso algunos momentos, al parecer meditando profundamente, y después clavó en mí su repulsiva mirada.

—Es decir que es cosa resuelta, observó. En realidad no podéis tomar á mal mi deseo de haceros mi sucesor. Sed razonable, Luis. Desde luego convendréis en que á no ser por mí estaríais en este momento enterrado en la playa, con el pescuezo retorcido. ¿No es así?

—Lo hicisteis porque teníais motivos para ello, dije.

—Es muy posible, pero eso no quita que os

salvara. ¿Por qué tenerme mala voluntad? El verme hoy en posesión de vuestros bienes no es culpa mía.

—¡Oh, no es por eso, no!

—¿Por qué, pues?

Pude haberle explicado entonces que era porque había vendido á sus compañeros, porque su hija lo odiaba, porque había maltratado á su esposa, porque mi padre lo consideró siempre como causa de todas sus desventuras; pero el salón de recepciones de la Emperatriz no era el lugar más á propósito para un altercado, y me contenté con encogerme de hombros, sin decir palabra.

—Pues bien, lo siento, continuó, porque tenía respecto á vos las mejores intenciones. También me hubiera sido fácil obtener para vos distinciones y ascensos, porque pocos hombres en Francia tienen tanta influencia como yo. Una cosa os pido.

—¿Cuál es?

—Poseo numerosos objetos pertenecientes á vuestro padre, su espada, sus sellos, centenares de cartas y alguna plata labrada; cosas todas que naturalmente desearíais mucho conservar en memoria suya. Quisiera que fuerais á Grosbois, aunque no os detuvierais allí más que una noche; con eso podríais examinar dichos objetos y escoger

los que quisieseis conservar. Mi conciencia quedaría también entonces más tranquila.

Me apresuré á prometerle que así lo haría.

—¿Cuándo iréis? preguntó vivamente, con entonación tal que despertó mis sospechas. Le miré y me pareció que sus ojos expresaban siniestra alegría. Instantáneamente recordé la advertencia de Sibila.

—No puedo ir mientras no sepa bien cuáles son mis deberes en el servicio del Emperador, le dije. Pero cuando los conozca iré á Grosbois.

—Está bien, repuso. Supongo que será la semana próxima, ó la otra á más tardar. Os esperaré ansioso, Luis, porque deseo mucho veros allí. Y cuento con vuestra promesa porque sé que un Laval no falta nunca á ella.

Con esto volvió á estrecharme la mano sin que yo me diera por entendido y se perdió entre la multitud que había ido llenando el salón.

Pensando me hallaba en aquella sospechosa invitación del señor Bernac, cuando oí que pronunciaban mi nombre y ví á mi lado al señor de Colancourt, alto, apuesto y muy ricamente vestido.

—Primera vez que os presentáis en la corte ¿no es así, señor de Laval? dijo cordialmente. No os creáis aislado, porque seguramente hay

aquí numerosos amigos de vuestro padre ansiosos de conoceros y obsequiaros. Pero por lo que me dijo de Meneval supongo que apenas conoceréis á nadie, ni siquiera de vista.

—Conozco á los mariscales, respondí; los ví á todos en la tienda del Emperador. Allí está Ney, con su cabeza roja. Y más allá Lefebre, el de la boca tan rara y Bernadotte con su nariz de pico de águila.

—Precisamente. Y allí veréis también á Rapp, cuya cabeza parece por lo redonda una bala de cañón. Está en conversación con Junot, el general moreno y bien parecido, el de las patillas. Todos esos pobres soldados se sienten aquí muy disgustados y fuera de su centro.

—¿Por qué?

—Porque son hombres que han salido de la nada. La sociedad y la etiqueta los aterrorizan más que todos los peligros de la guerra. Sólo se sienten á sus anchas cuando van arrastrando el sable ó golpeando con él sus enormes botas; pero eso de estarse ahí muy tiesos y uniformados, con el sombrero bajo el brazo, temiendo á cada momento clavar las espuelas en la cola de un vestido y hablando del último cuadro del pintor David ó de la ópera de Passiello, es cosa que los derrenga. El Emperador no les permite echar

siquiera unos tacos y maldiciones de cuando en cuando, si bien él mismo no se priva de ese desahogo cuando llega el caso. Les manda ser soldados en el ejército y cortesanos en la corte, pero los pobres son siempre soldados, sin poderlo remediar. Mirad á Rapp, con veinte heridas en el cuerpo, tratando de mostrarse amable y galante con aquella linda joven. ¿Lo véis? Acaba de decir algo que sin duda hubiera venido muy á cuento tratándose de una cantinera, pero que ha espantado á la muchacha, haciéndola refugiarse junto á su mamá, en tanto que el pobre general se rasca la cabeza, sin poder explicarse cómo la ha ofendido.

—¿Quién es la hermosa dama del manto blanco y la diadema de perlas?

—La señora de Murat, hermana del Emperador. Carolina es hermosa, sí, pero no tanto como su hermana María, que está allá, cerca del ángulo del salón. ¿Y véis aquella señora alta, majestuosa, de ojos muy negros, que habla con ella? Esa es la madre de Napoleón, una mujer prodigiosa, muy sagaz, de gran valor, que se hace respetar de cuantos la conocen. Es hoy tan prudente y económica como cuando era la esposa de un pobre corso, y para nadie es un secreto su poca confianza en la estabilidad del régimen ac-

tual. Por eso se dedica con ahinco á hacer todos los ahorros posibles. El Emperador no sabe si encolerizarse ó reirse de los temores y rarezas de su madre. Vamos, Murat, que no tardaréis en veros recorriendo á caballo los campos ingleses.

El famoso soldado se había detenido delante de nosotros. La apostura del cuerpo, la gracia de todos sus movimientos, los grandes ojos, tan vivos y expresivos, hacían del marmitón de pocos años antes un hombre que hubiera atraído la atención y la admiración de todos en cualquier corte de Europa. El cabello muy rizado, que llevaba caído sobre la frente, y los labios gruesos y rojos, daban especial carácter á su muy hermoso rostro.

—Pues me dicen que aquel país es de lo peor para la caballería, lleno de zanjas y pedregales, contestó. Los caminos son buenos, pero los campos imposibles. Espero que salgamos pronto para allá, señor de Colancourt, porque si esto continúa mucho tiempo acabarán los soldados por convertirse en jardineros. Están aprendiendo más, mucho más, acerca de regaderas y repollos que de sables y monturas.

—Entiendo que el ejército se embarcará mañana.

—Sí, sí, pero demasiado sabéis que desembar-

cará de nuevo á este lado del Canal. Mientras Villeneuve no disperse la flota inglesa nada puede hacerse.

—Constante asegura que mientras el Emperador se vestía esta mañana no cesó de silbar ó tararear “Mambrú se fué á la guerra,” y dice que esa es señal infalible de que prepara un golpe ó un movimiento importante.

—Gran elogio merece Constante por haber averiguado lo que silbaba el Emperador, dijo Murat riéndose. Por mi parte, no creo que Su Majestad pueda distinguir “Mambrú” de la “Marsellesa.” Aquí viene la Emperatriz. ¡Está encantadora!

Josefina acababa de entrar seguida de algunas damas y todos los presentes se pusieron en pie. Llevaba la Emperatriz un vaporoso vestido de tul color de rosa, cubierto de estrellitas de plata; combinación que hubiera parecido exagerada, ridícula quizás, en otra mujer, pero que ella llevaba con tanta gracia como elegancia. Una espiga formada de diamantes era el único adorno de su tocado. Nadie como ella para hacer los honores de la imperial morada, y le bastaba recorrer los salones dirigiendo á los cortesanos sus amables sonrisas, para que desaparecieran la ceremoniosa frialdad y la afectación que con

frecuencia predominan en las reuniones de la corte. La Emperatriz, era la naturalidad en persona.

—¡Cuán amable es! exclamé. ¿Cómo no quererla?

—Sólo una familia puede resistírsele, dijo Colancourt mirando en torno para asegurarse de que Murat no podía oírle. Ved las caras que ponen las hermanas del Emperador.

Sorprendido y disgustado quedé al notar las miradas siniestras con que aquellas dos hermosas mujeres seguían á la Emperatriz en su marcha por el salón. Después las ví hablarse en voz baja y sonreirse, y una de ellas, la esposa de Murat, se volvió hacia su madre, sentada detrás de ella, y la severa anciana irguió la cabeza con expresión de orgullo y desprecio.

—Se dicen que Napoleón es suyo, que les pertenece y que por consiguiente todo lo demás debe pertenecerles también. No pueden sufrir que Josefina sea Su Majestad Imperial mientras que ellas no pasan de ser Sus Altezas. Todos la odian, las hermanas, José, Luciano . . . todos ellos. Cuando tuvieron que sostener el manto de la Emperatriz en el acto de la coronación trataron de hacerla caer al suelo y el Emperador tuvo que intervenir para impedirselo.

¡Oh, sí! Tienen legítima sangre corsa en las venas y no es fácil empresa llevarse bien con ellos.

Pero á pesar del odio evidente que le profesaba la familia de su esposo, la Emperatriz parecía muy indiferente y muy complacida al dirigirse de uno á otro grupo, con una palabra cariñosa ó una dulce mirada para cuantos hallaba á su paso. Junto á ella iba un joven alto, de bronceado rostro y largos bigotes, en cuyo brazo se apoyaba cariñosamente de cuando en cuando la mano de la Emperatriz.

—Ese es su hijo, Eugenio de Beauharnais, dijo mi compañero.

—¡Su hijo! exclamé asombrado, porque parecía de más edad que Josefina.

Colancourt se sonrió al notar mi sorpresa.

—Ya sabéis que la Emperatriz se casó con Beauharnais siendo muy joven, como que apenas había cumplido diez y seis años. De entonces acá ella ha permanecido sentada en su tocador ó en su salón, mientras que su hijo se tostaba al sol de Egipto y de Siria, con lo cual ha desaparecido la diferencia de aspecto que pudiera producir la no muy grande diferencia de edades. ¿Véis aquel buen mozo, alto, cuidadosamente afeitado, que acaba de besar la mano á Josefina? Es Tal-

ma, el actor famoso. Tuvo oportunidad de servir y ayudar á Napoleón en un momento crítico de la carrera de éste, y el Emperador no ha olvidado nunca la deuda contraída por el Primer Cónsul. Ése es también, en realidad, el secreto de la influencia de Talleyrand. Prestó cien mil francos á Napoleón antes de su partida para Egipto y por mucho que el Emperador desconfíe de él no puede olvidar aquel primer favor. Nunca le he visto abandonar á un amigo ni perdonar á un enemigo. El que le haya servido bien una vez puede hacer después lo que le plazca. Tiene un cochero que se pasa el día borracho; pero se ganó la cruz en la batalla de Marengo y hoy está seguro.

Cólancourt entabló poco después conversación con una dama y yo quedé entregado á mis propios pensamientos, que recayeron naturalmente sobre aquel hombre extraordinario en quien aparecía tan pronto el héroe como el niño mimado, el hombre recto y el perverso, en tan rápida sucesión que no bien me había formado de él un concepto determinado, ocurría ó descubría algo que me sugería nueva y muy diferente opinión. Que Francia lo necesitaba era evidente, y también que sirviéndolo á él servía uno á su patria. ¿Pero era honra ó castigo el estar á su servicio? ¿Bas-

taba obedecerle, ó merecía también amor y estimación?

Preguntas eran éstas de difícil contestación. Tanto, que algunos de nosotros no hemos hallado todavía la respuesta y probablemente no la hallaremos jamás.

CAPÍTULO XVII

CUADROS AL VIVO

LA reunión se había animado mucho. Hasta los veteranos, antes silenciosos y estirados como si los rigores de la etiqueta disipasen todo su valor, parecían más á sus anchas. Numerosos caballeros y generales habían tomado asiento en las salas destinadas á los jugadores, pero yo permanecí en el gran salón central, observando con mucho interés á cuantos me rodeaban. Había allí mujeres hermosísimas, apuestos galanes, personajes famosos en todo el mundo, cuyos nombres eran totalmente desconocidos pocos años antes. Cerca de mí estaban Ney, Lannes y Murat, hablando y riendo tan alegremente como pudieran hacerlo en una tienda del campamento. Dos de ellos debían de morir fusilados y el tercero en el campo de batalla; pero en aquel momento ni la más leve sombra alteraba la tranquilidad de sus ánimos.

Á mi derecha, reclinado en la pared, ví á un hombrecillo de mediana edad que parecía abu-

rrirse soberanamente. Me figuré que era extranjero y le dirigí algunas palabras, á las que contestó con toda cortesía pero con abominable acento.

—¿Supongo que no hablaréis inglés? preguntó. Desde mi llegada á este país no he encontrado una sola persona que hable mi lengua.

—Creo poseer ese idioma pasablemente, respondí, porque he vivido muchos años en Inglaterra. Pero confieso que me sorprende veros aquí; yo tenía entendido que desde la ruptura del tratado de Amiens los únicos ingleses residentes en Francia estaban bajo llave.

—No soy inglés, repuso, sino americano. Me llamo Roberto Fulton y concurro á estas reuniones porque es el único medio que tengo de que me recuerde el Emperador, á cuyo examen he sometido algunos inventos míos que han de producir grandes cambios en la navegación y en los combates navales.

Á falta de otra ocupación pregunté al interesante americano qué inventos eran aquellos, y sus respuestas no tardaron en convencerme de que estaba hablando con un loco. Se proponía nada menos que hacer navegar los barcos contra viento y marea, por medio de carbón y leña que proyectaba quemar en la cala de los pobres buques.

Otra de sus fantásticas ocurrencias era un barril flotante y lleno de pólvora, que se encargaría de hacer volar un barco al menor choque. Escuché entonces sus explicaciones con tolerante sonrisa; pero cuando pienso en ellas hoy que soy ya viejo, comprendo que ninguno de cuantos guerreros y estadistas se hallaban aquella noche en el salón, ni aun el mismo Emperador, ha ejercido mayor influencia en la vida de la humanidad que aquel modesto americano, cuyo obscuro traje parecía tan humilde, casi pobre, junto á los brillantes uniformes y los trajes orientales de aquella reunión.

Nuestra conversación cesó cuando notamos que de repente quedaba todo en silencio, como si en una asamblea de chiquillos apareciese el severo maestro. No más risas, no más charla; los jugadores de las otras salas suspendieron también sus partidas, y todos, hombres y mujeres, se pusieron en pie con aspecto algo forzado y nada complacido. En la puerta ví el rostro pálido, la casaca verde y la banda roja que cruzaba el pecho del Emperador.

En tales ocasiones era imposible saber cómo se conduciría. Unas veces se mostraba muy animado, ocurrente y amable, aunque esto solía suceder con más frecuencia en tiempo del Consulado que desde su elevación al trono imperial. Pero no

faltaban reuniones en las que demostraba un mal humor feroz, pareciendo complacerse en dirigir una frase burlona ó una palabra insultante á cuantos por desgracia se hallaban á su paso ó caían bajo su mirada. Lo más frecuente en él era un término medio entre ambos extremos y en tales casos permanecía silencioso y meditabundo, como si se aburriese á más no poder; los que entonces intentaban hablar con él sólo obtenían una contestación seca y lacónica que los desconcertaba. Los que se hallaban en un salón respiraban con más libertad cuando le veían pasar á la sala inmediata.

Aquella noche parecía hallarse todavía bajo la impresión de la tormenta doméstica de la tarde, y en sus miradas y su ceño se traslucía la irritación de su espíritu. Quiso la casualidad que me hallase en aquel momento cerca de la puerta y sus ojos no tardaron en fijarse en mí.

—Acercáos, señor de Laval, dijo. Poniéndome después la mano sobre el hombro se volvió hacia un personaje alto y desgarbado que le seguía. Cambacères, continuó diciendo, sois un necio. Habéis dicho y repetido cien veces que las familias de la antigua nobleza no volverán jamás y que se establecerán definitivamente en Inglaterra, como lo hicieron los hugonotes. Pues

bien, aquí tenéis al heredero de los Laval que viene á ofrecirme sus servicios. Señor de Laval, sois desde ahora mi ayudante de campo y espero veros siempre junto á mi persona.

No se me ocultaba toda la importancia de aquel nombramiento, pero tuve también el buen sentido de no atribuirlo á méritos personales, sino al propósito del Emperador de animar á otros á seguirme. Mi conciencia aprobaba la resolución que había tomado, sin más objeto que el de servir á mi patria y no por egoísmo ni ambición; pero confieso que en aquel instante, cuando me agregué al grupo de los que seguían á Napoleón, me sentí algo avergonzado y humillado, como el prisionero que marcha inerme detrás de su captor.

Muy pronto tuve otro motivo para avergonzarme de todas veras y fué la conducta de mi nuevo amo y señor. Sus maneras eran lo más bruscas é irritantes que pudiera imaginarse. Como lo había dicho él mismo, su propia naturaleza le impulsaba á ser siempre el primero, el mortal predominante y preferido entre todos; y de aquí que nunca viese con calma ni agrado las galanterías y atenciones con que los hombres procuran ocultar á las mujeres el hecho de que no sólo de nombre sino también en realidad las consideran como el sexo débil. El Emperador, opi-

nando en este caso de muy distinta manera que Luis XIV, creía que aun esa humillación puramente formal y momentánea del hombre ante la mujer, era en su caso una concesión demasiado cuantiosa, una merma injustificada de su absoluta supremacía. La caballerosidad y la galantería se contaban entre las condiciones sociales que él rehusaba aceptar.

No dejaba de mostrarse amable con los muchos y muy famosos soldados de su corte, para quienes tenía siempre un saludo, una sonrisa ó una broma. También dirigió algunas palabras á sus hermanas, aunque en el tono que emplearía un sargento para hablar con sus reclutas. Pero su mal humor se reveló de lleno al acercársele la Emperatriz.

—Mucho desearía que no usarais esas cintas rojas en vuestro tocado, Josefina, dijo en tono de reprensión. Las mujeres no piensan más que en engalanarse y sin embargo ni aun eso pueden hacer con moderación y buen gusto. Si vuelvo á veros con semejantes cintajos los arrojaré al fuego, como hice el otro día con aquel horroroso chal.

—Es difícil complaceros, Napoleón. Lo que hoy os gusta no podéis sufrirlo mañana. Pero no dudéis que modificaré el tocado que os desa-

grada, dijo la Emperatriz con admirable paciencia.

Napoleón volvió á dar algunos pasos y se detuvo, volviéndose ligeramente hacia la Emperatriz.

—¿No os he dicho mil veces que no puedo soportar la vista de una mujer gordinflona? preguntó.

—Sí, y siempre procuro recordarlo.

—Pues entonces ¿por qué se planta á mi paso la señora de Chevreux?

—Pero Napoleón, la señora de Chevreux no es muy obesa.

—Lo es más de lo que debería y prefiero no verla. ¿Quién es ésta?

Habíase detenido ante una joven vestida de azul, cuyas rodillas parecieron doblarse al ver fija en ella la penetrante mirada del Emperador.

—Es la señorita de Bergerot.

—¿Qué edad tenéis?

—Veintitrés años, señor.

—Pues deberíais estar casada hace tiempo. No hay razón para que una mujer, quienquiera que sea, siga soltera á los veintitrés años. ¿Por qué no os habéis casado?

La pobre muchacha no supo contestar, y la

Emperatriz indicó sonriente que la pregunta debía dirigirse más bien á los jóvenes solteros.

—¡Ah! ¿Conque esa es la dificultad? exclamó el Emperador. Pues yo cuidaré de hallaros marido.

Se volvió y ví con horror que fijaba en mí una interrogadora mirada.

—Y también á vos trataremos de proporcionaros esposa, señor de Laval, dijo. Veremos, veremos . . . ¿Cómo os llamáis? preguntó á un caballero vestido de negro.

—Soy Getry, el compositor de música.

—Sí, os recuerdo. Os he visto cien veces, pero lo que no puedo recordar nunca es vuestro nombre. ¿Y vos, quién sois?

—José Chenier, señor.

—Así es. He visto representar vuestra tragedia, y aunque he olvidado su título, sé que la obra no valía para nada. Habéis publicado otros trabajos ¿no es así?

—He tenido la honra de dedicar á Vuestra Majestad mi último volumen de poesías.

—Así será, pero me ha faltado tiempo para leerlo. Es lástima que no tengamos poetas hoy en Francia, porque los sucesos y las victorias de estos últimos años hubieran proporcionado temas dignos de un Homero ó un Virgilio. Por lo visto

puedo crear reinos, pero no poetas. ¿Á quién consideráis como el primer escritor de Francia?

—Á Racine, señor.

—Pues sois un bolonio, porque Corneille es infinitamente superior. No tengo oído para el metro ni otras pequeñeces por el estilo, pero comprendo y siento el espíritu de la poesía y sé que Corneille es el mejor poeta francés. De haber vivido en mi tiempo lo hubiera nombrado primer ministro. Lo que en él admiro es sobre todo su inteligencia, su conocimiento del corazón humano y la profundidad de sus ideas. ¿Tenéis pendiente alguna obra?

—Una tragedia, época de Enrique IV, señor.

—Inútil, es inútil. Su época está demasiado cercana á la nuestra, y no quiero que se lleve la política á la escena. Escribid un drama sobre Alejandro de Grecia. ¿Cómo os llamáis?

La pregunta iba dirigida á una persona con quien el Emperador había hablado poco antes.

—Sigo siendo Getry, el músico, replicó el interpelado.

Á Napoleón no le hizo gracia la respuesta, pero siguió adelante sin decir palabra hasta detenerse junto á un grupo de señoras, cerca de la puerta que conducía á la sala de juego.

—Espero, señora mía, dijo mirando á una de

las damas, que habrá mejorado algo vuestra conducta. La última vez que oí hablar de vos en París dabais abundante pábulo á las murmuraciones del barrio San Germán.

—Ruego á Vuestra Majestad que explique sus palabras, dijo ella con bastante animación.

—Pues habían unido vuestro nombre al del coronel Lasalle.

—¡Es una vil calumnia, señor!

—Muy posible, pero no deja de ser extraño que se acumulen tantas calumnias en torno de una sola persona. Y vois parecéis víctima preferida de ellas. Ya disteis antes un escándalo con el ayudante de campo del mariscal Rapp, y es hora de que terminen esos rumores. ¿Cómo os llamáis? continuó, dirigiéndose á otra dama.

—Soy la señorita de Perigord.

—¿Vuestra edad?

—Veinte años.

—Sois muy delgada y tenéis los codos enrojecidos. Por Dios, señora de Boismasón ¿no tendremos nunca el gusto de veros sin ese eterno turbante rojo con la media luna de diamantes?

—¡Pero si es la primera vez que me lo pongo, señor!

—Pues entonces tenéis otro casi lo mismo, porque ya estoy cansado de verlo. No os lo pon-

gáis más. Señor de Remusat, os tengo señalada muy buena renta; ¿por qué no la gastáis?

—La gasto, señor.

—He oído decir que habéis suprimido el coche. No os doy dinero para que lo amontonéis en un banco, sino para que sostengáis vuestra casa de una manera proporcionada á vuestro rango. Haced de modo que el carruaje esté de nuevo en vuestra cochera antes de que yo regrese á París. ¡Ah, Junot! ¿Conque has vuelto á jugar y á perder, tunante?

—Una suerte fatal, señor, replicó el soldado. Puedo asegurar á Vuestra Majestad que el as salió cuatro veces seguidas

—¡Bah! Eres un chiquillo sin la menor idea del valor del dinero. ¿Cuánto debes?

—Cuarenta mil francos, señor.

—Bueno, pues ve á ver á Lebrún y dile que haga por tí lo que pueda. Después de todo estuvimos juntos en Tolón.

—Mil gracias, señor.

—La verdad es que tú, Rapp y Lasalle sois los niños mimados del ejército. ¡Pero deja en paz los naipes! ¿Me oyes? Aborrezco esos trajes tan descotados, señora Picard. No favorecen ni aun á las mujeres bonitas, pero lo que es en vos no tienen perdón. Y ahora, Josefina, voy

á mis habitaciones y deseo que me sigáis dentro de media hora y me leáis algo hasta que logre dormirme. Muy fatigado me sentía esta noche, pero he querido venir á vuestra recepción, como deseabais. Podéis permanecer aquí, señor de Laval; vuestra presencia no me será necesaria hasta que os envíe mis órdenes.

La puerta se cerró tras él y todos respiramos más libremente, desde la Emperatriz hasta el último pajecillo. Volvió á oirse el creciente rumor de las conversaciones, el choque de las fichas en las mesas de juego y la reunión no tardó en ser tan grata y animada como antes de presentarse en ella aquel temible huésped.

CAPÍTULO XVIII

SOBRE LA PISTA

CERCANO está el fin de estas aventuras, sucedidas todas en los primeros días de mi regreso á Francia; aventuras que probablemente hubieran sido de muy escaso interés para el lector á no verse mezclada en ellas la gran figura del Emperador, que ha eclipsado á todas las otras de mi relato tan completamente como el sol eclipsa á las estrellas. Aun ahora, después de tantos años, puede verse en estas memorias de un viejo cómo el Emperador continúa siendo fiel á sus principios y no tolera oposición ni competencia de ninguna clase. Al referir aquí sus actos y repetir sus palabras, siento que mi pobre historia se achica y desaparece ante la magnitud que parecen asumir aquellos actos y la importancia de aquellas palabras. De todos modos, estas páginas han servido para describiros las primeras y más vívidas impresiones que en mí causó la presencia del grande hombre. Ahora sólo me falta contaros lo que

sucedió en mi expedición al Molino Rojo y el drama de que fué teatro la biblioteca de Grosbois.

Dos días habían pasado desde la recepción imperial y sólo quedaba uno de los pocos que había obtenido mi prima Sibila para salvar á su amado á cambio de la captura de Tousac. Por mi parte no tenía muy vivo interés en que salvase al despreciable Lesage, cuyo hermoso rostro tan bien ocultaba la vileza de su alma. Pero aquella linda joven, cuya firmeza de espíritu corría parejas con la lealtad de su corazón, me había interesado profundamente en su aislamiento y estaba resuelto á ayudarla en cuanto me pidiese, aunque fuera contra mi opinión y mis deseos. Tal era la situación cuando en la tarde del penúltimo día del plazo la ví entrar en mi modesto alojamiento de Boulogne, acompañada del general Savary. Una mirada á sus encendidas mejillas y á los bellos ojos en que se reflejaba una expresión de triunfo me indicó que tenía confianza en el éxito de su plan.

—¿No os dije que lo descubriría, primo Luis? exclamó. Vengo derechamente á vos porque me ofrecisteis ayudarme á capturarlo.

—Esta señorita insiste en que no emplee mis soldados para prender á ese bribón, dijo Savary encogiéndose de hombros.

—¡No, no! exclamó vivamente Sibila. Hay que proceder con la mayor discreción y bastaría la presencia de un solo soldado para que Tousac huyese y se ocultase otra vez donde quizás no lo hallaríamos nunca. Para mí sería arriesgar demasiado; va en ello la vida de Luciano.

—En empresa como esta, observó Savary, lo mismo valen tres hombres que treinta. ¿Decís que contáis con otro amigo, un teniente?

—El teniente Esteban Gerardo, de los húsares de Bercheny.

—Le conozco. En todo el ejército no hay oficial más valiente. Creo, señor de Laval, que entre los tres podemos dar favorable fin y remate á esta aventura.

—Estoy á vuestras órdenes, mi general.

—Pues ahora, señorita, decidnos dónde está Tousac.

—Se oculta en el Molino Rojo.

—Pero os aseguro que lo hemos registrado cuidadosamente de arriba abajo.

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

—Pues entonces Tousac sólo se halla en el molino desde ayer. Yo sabía que Juana Portal le amaba y hace seis días que la vigilo sin cesar. Anoche se dirigió con muchas precauciones al

Molino Rojo, llevando una cesta con fruta y vino. Durante toda esta mañana la he visto con los ojos fijos en el camino ó vigilando las inmediaciones, y he leído en su rostro vivo terror al ver la bayoneta de uno de vuestros soldados. Estoy tan segura de que Tousac se halla en el molino como si lo hubiera visto con mis propios ojos.

—En tal caso no hay un momento que perder, exclamó el general. Si tiene aviso de la presencia de algún barco en la costa no dejará de escabullirse esta misma noche y mañana estará sano y salvo en Inglaterra. Desde el Molino Rojo puede vigilar toda la comarca y esta señorita cree y teme con razón que la presencia de un grupo de soldados sólo serviría para hacerle emprender la fuga.

—¿Cuál es vuestro plan, general? pregunté.

—Que dentro de una hora os reunáis con nosotros en la puerta oriental del campamento, vestido como lo estáis ahora. Con eso los que os vean en el camino os tomarán por un viajero. Veré á Gerardo y nos disfrazaremos lo mejor posible. No olvidéis vuestras pistolas porque tenemos que habérnoslas con uno de los hombres más temibles de todo el país. Yo me encargo de proporcionaros un buen caballo.

El sol poniente distaba poco del horizonte y

daba extraño tinte rojizo á las calizas colinas de la costa francesa cuando volví á verme á la entrada del campamento. No divisé á mis compañeros, ni había por allí más que un individuo alto y grueso, con su capotón azul abundante en botones de metal que me hizo creer sería el propietario de una de las granjas vecinas. Estaba muy ocupado en apretar la cincha de un magnífico caballo, y algo más allá ví en medio del camino á un mozo de cuadra que sujetaba las riendas de otros dos caballos. En uno de estos reconocí con sorpresa al que había montado el día de mi primera visita al campamento; casi en seguida ví que el mozo me miraba sonriéndose y que no era otro que el apuesto teniente, al paso que bajo las anchas alas del sombrero campesino se veían las tostadas facciones de Savary.

—Creo què podemos tomar el camino sin temor de excitar sospechas, dijo el general. ¡Encorvad un poco la espalda, teniente! Vamos, y quiera nuestra suerte que no lleguemos demasiado tarde.

No me han faltado aventuras durante la vida, pero creo que la que empezó con aquella cabalgata eclipsa á todas las restantes. Á lo lejos, sobre las aguas, distinguía el vago perfil de la costa inglesa, con sus memorias de tranquilas al-

deas, zumbantes abejas y el vibrante son de las campanas los domingos. Recordé la larga y sinuosa calle Alta de Asford, con sus casas de rojo ladrillo y la posada sobre cuya puerta oscilaba el enorme rótulo de madera. En aquel tranquilo pueblo había pasado casi toda mi vida, pero ahora me veía de repente caballero en brioso corcel, con dos buenas pistolas en el arzón y encargado de prender al más temible de los conspiradores franceses; misión de cuyo buen desempeño podía depender toda mi vida futura. No es, pues, extraño que al pensar en ello después de muchos años y peligros y muchas vicisitudes, siga pareciéndome aquel vespertino paseo á caballo el suceso que con más precisión se destaca en mi memoria. Hasta las aventuras llegan á cansarnos, como se cansa uno de todo en el mundo, con excepción de los puros goces de la familia; pero para apreciar plenamente aquella expedición no basta recordarla sino prepararse á emprenderla con todo el ardor de la juventud, como lo hacía yo entonces.

Cuando dejamos atrás las alturas de Boulogne ví que el camino bordeaba los límites de la desolada marisma en que me perdí la noche de mi llegada y seguía después tierra adentro, por entre helechos y zarzas, hasta llegar al pie de la negra torre de Grosbois.

Savary nos guiaba. Torciendo á la derecha, tomó por un sendero que más parecía hondonada ó camino cubierto y por el cual fuímos rodeando la base de una gran colina y subiendo después una de sus laderas, hasta que al salir de un grupo de árboles vimos en la cima los vetustos paredones del Molino Rojo. Los rayos del sol poniente depositaban toques de fuego en los cristales de una de las ventanas. Cerca de la puerta se veía un carro lleno de sacos de grano, y el caballo pastaba á corta distancia. Contemplando el cuadro estábamos todos, cuando vimos salir á una mujer que resguardándose los ojos con la mano pareció mirar cuidadosamente en todas direcciones.

—¡No hay duda posible! exclamó el general. Si Tousac no estuviese en el molino no andaría ella de centinela, husmeando el peligro. Sigamos por este camino y probablemente no nos verán hasta llegar muy cerca de la puerta.

—¿Y si pusiéramos los caballos al galope? pregunté.

—No, dijo Savary, el camino está lleno de piedras y baches. Además, mientras sigamos por él tranquilamente, no sospecharán de nosotros aunque nos vean y nos tomarán por pacíficos viajeros.

Seguimos, pues, por el sendero al paso de nuestros caballos, sin mirar hacia el molino y afectando absoluta indiferencia, cuando una exclamación de sorpresa y alarma nos mostró á la mujer en lo alto de una eminencia que dominaba el camino, fijos en nosotros los espantados ojos. Probablemente el aspecto marcial de mis dos compañeros confirmó sus sospechas, porque quitándose el manto que llevaba puesto lo agitó violentamente sobre su cabeza. Savary soltó un taco y clavando espuelas al caballo salió al galope hacia la puerta del molino. Gerardo y yo le seguimos de cerca.

No distábamos más de cien pasos de la puerta cuando se presentó en ella un hombre que miró rápidamente á uno y otro lado. Era imposible no reconocer en seguida la erizada barba y los robustos hombros de Tousac. Una mirada le demostró que si emprendía la fuga lo alcanzaríamos sin remedio. De un salto entró en el molino, cuya puerta cerró con estrépito.

—¡La ventana, Gerardo, la ventana! gritó Savary.

Á un lado de la puerta, cerca del suelo, se veía una pequeña ventana cuadrada que daba sin duda al sótano del molino. El húsar saltó del caballo y en un instante se coló por la estrecha

abertura; momentos después nos abrió la puerta y noté que tenía en la cara y las manos algunas cortaduras de las que manaba abundante sangre.

—¡Ha subido al otro piso! gritó.

—Pues entonces no hay prisa porque no puede escapársenos, dijo Savary á tiempo que echábamos pie á tierra. Os habéis apoderado valientemente de la primera trinchera, teniente. ¿Estáis herido?

—Algunos arañazos, mi general.

—Pues ahora, pistola en mano todos. ¿Dónde está el molinero?

—Aquí estoy, dijo un hombrecillo rechoncho que apareció en la puerta. ¿Qué manera es esta de atropellar el domicilio de un hombre honrado? ¿Desde cuándo se permite á un desconocido entrar por una ventana rompiendo el cristal en mil pedazos cuando más tranquilo está uno en su casa, y abrir luego la puerta para que entren cómodamente los amigos del intruso? Bastante me ha dado que hacer todo el día el huésped que tengo en casa sin que vengan otros energúmenos á burlarse de mí

—¡Tenéis en vuestra casa al conspirador Tousac!

—¡Tousac! exclamó el molinero. No por

cierto. Mi huésped se llama Mauricio y es un traficante en sedas.

—No importa; es el que buscamos para prenderlo, en nombre del Emperador.

El molinero abrió la boca y se quedó mirándonos algunos momentos.

—No sé quién es, dijo después, pero me ofreció buen precio por una cama y no le hice preguntas. En estos tiempos no puede esperarse un certificado de buena conducta del primer caminante que llame á la puerta. Pero si es un reo de Estado, me lavo las manos; aunque sí diré en justicia que no me dió motivo de queja hasta recibir la carta.

—¿Qué carta? ¡Cuidado con lo que dices, tunante, porque te va en ello la cabeza!

—Os diré lo que sé y nada más que la verdad. La carta la trajo una mujer y desde que mi huésped la leyó ha estado hablando en voz alta y portándose como un loco. Da miedo oír las cosas que dice, y entre ellas las amenazas que dirige á cierta persona á quien se propone asesinar, según dice. Ojalá me libréis de él cuanto antes.

—Ahora, señores, dejaremos aquí los caballos, dijo Savary sacando la espada que llevaba oculta bajo su capote. Las ventanas del piso superior distan cuarenta pies del suelo y no puede escapár-

senos. Cebad bien las pistolas y pronto estará en nuestro poder.

La estrecha escalera de caracol nos condujo á una pequeña habitación, sin más luz que la muy escasa recibida por una tronera más bien que ventana. El montón de paja que se veía en un rincón y algunos otros indicios hacían suponer que Tousac había pasado allí el día. No viéndolo comprendimos que se había refugiado en el último piso y subimos, pero nos cerró el paso una sólida puerta.

—¡Rendíos, Tousac! gritó Savary. Es inútil tratar de huir.

Al otro lado de la puerta se oyó una carcajada.

—Soy de los que no se rinden, dijo el coloso con ronca voz. Pero os propongo una cosa. Esta noche tengo un asunto muy importante á que atender. Si me dejáis en paz, os doy mi palabra de honor de presentarme mañana en el campamento. No puedo rendirme hasta saldar una cuenta que tengo pendiente. Hoy mismo he sabido lo que necesitaba averiguar para el caso.

—Lo que pedís es imposible, replicó el general.

—Concediéndomelo os evitaréis no poco esfuerzo y algún disgusto serio.

—No, no puede ser. ¡Rendíos!

—Trabajo os ha de costar.

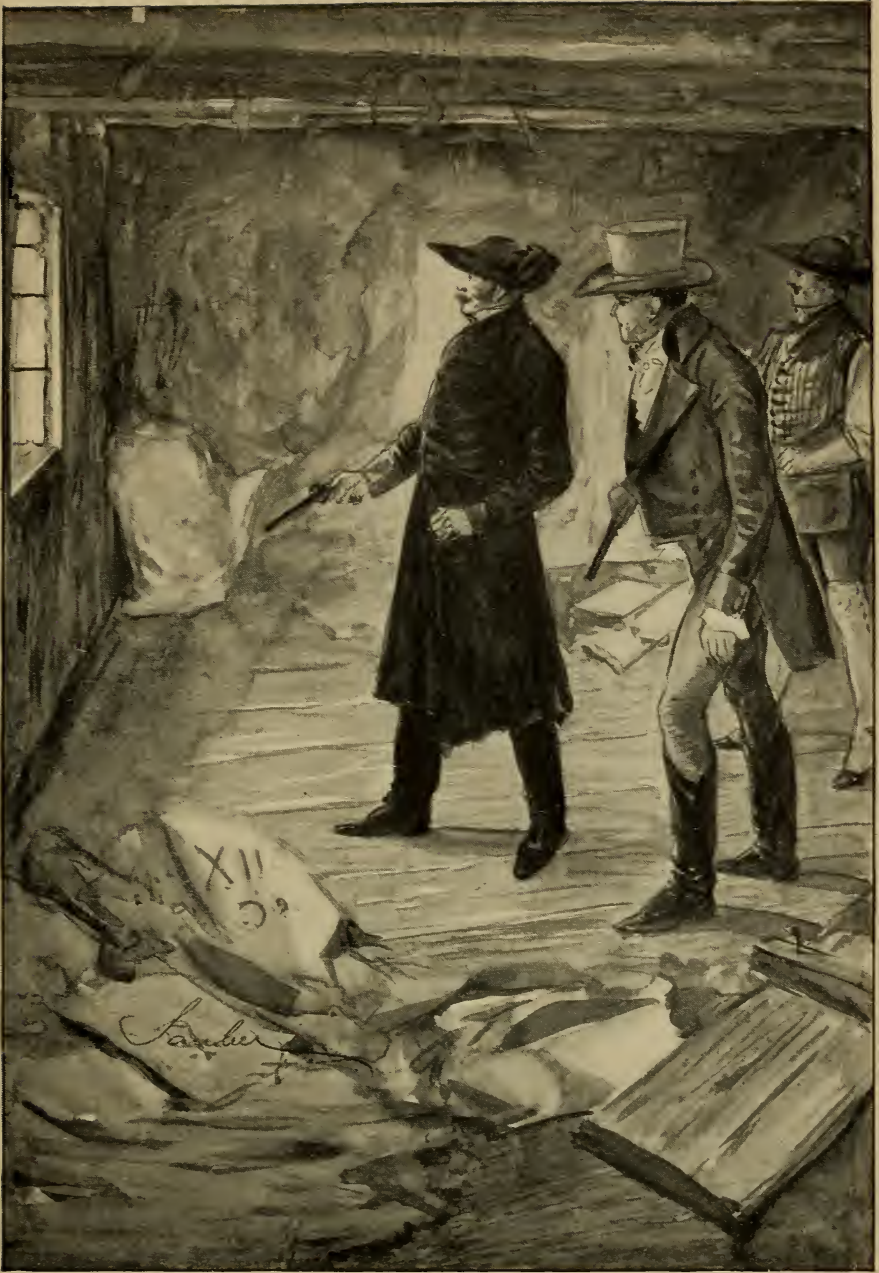
—No tenéis escape. ¡A ver, Gerardo, de Laval, aplicad el hombro á la puerta! Todos á una. ¡Ahora!

Sonó un pistoletazo y la bala pasó por el agujero de la cerradura, yendo á estrellarse contra la pared, detrás de nosotros. Contestando á aquel ataque nos arrojamos violentamente contra la puerta, que aunque maciza era vieja y cedió, cayendo con gran estrépito.

Nos precipitamos en el desván, pistola en mano, pero á nadie vimos.

—¿Dónde demonios se ha metido? exclamó Savary furioso. La escalera acaba aquí. Estamos en el último piso.

¿Qué había sido de Tousac?



Nos precipitamos en el desván, pistola en mano.

CAPÍTULO XIX

EN LA BIBLIOTECA

NADA contenía el desván, á excepción de unos cuantos sacos vacíos. La única ventana estaba abierta y cerca de ella, en el suelo, una pistola humeante todavía. Corrimos todos hacia la ventana y al asomarnos lanzamos una exclamación de sorpresa.

La altura era tal que nadie hubiera sobrevivido á un salto ó una caída desde aquella ventana; pero Tousac había aprovechado la presencia del carro cargado de grano que se hallaba á la puerta. Esta circunstancia le salvó la vida, si bien el choque fué tremendo y al mirar nosotros se hallaba el fugitivo tendido de bruces sobre los sacos, inmóvil. Cuando oyó nuestro grito alzó la cabeza, miró hacia la ventana y nos amenazó con el puño; después se deslizó hasta el suelo y montando el negro caballo de Savary se alejó á carrera tendida, flotante al aire la lengua barba y sin que

le acertase una sola de las balas con que procuramos frustrar su intento.

Inútil es decir que bajamos la escalera á saltos y que en breves instantes salimos del molino á todo correr. Esto no impidió que Tousac nos llevase gran ventaja, y cuando Gerardo y yo estuvimos á caballo lo vimos subir al galope la colina opuesta, á gran distancia. Empezaba á obscurecer y todas las probabilidades estaban en favor del fugitivo, pero noté con sorpresa que no se desviaba de la línea recta, ni procuraba ocultar su rastro entre los grupos de árboles que quedaban á su izquierda, hacia la costa, de la cual se apartaba rápidamente. Era indudable que se dirigía á un punto determinado y que su único objeto era llegar á él, sin cuidarse de si le seguíamos ó no.

El teniente y yo éramos más ligeros que él y nuestros caballos tan buenos como el suyo, de modo que no tardamos en ganar terreno. Lo esencial era no perderle de vista, pues darle alcance era sólo cuestión de tiempo. El peligro estaba en que aprovechase su conocimiento del terreno para ocultarse y desaparecer; cada vez que los árboles ó las colinas me lo ocultaban temía no volverlo á ver, pero en cuanto salíamos á terreno llano lo divisaba otra vez á lo lejos, galopando siempre al descubierto y en línea recta.

Por fin sucedió lo que temía. No más de cien pasos nos separaban de él cuando desapareció por completo; momentos antes nos lo había ocultado una eminencia del terreno y cuando llegamos á la cumbre no lo vimos por ninguna parte.

—¡Aquí está el camino, á la izquierda! gritó Gerardo, cuya sangre gascona ardía en sus venas. ¡Adelante, amigo! ¡Por aquí!

—¡Esperad! le grité á mi vez. ¡Hé aquí un ancho sendero á la derecha y es muy posible que por él haya tomado Tousac!

—Entonces id vos por la derecha y yo tomaré á la izquierda.

—¿Oís? exclamé. ¡El galope de un caballo!

—¡Sí, sí! ¡Viene hacia nosotros!

El hermoso caballo negro de Savary, sin jinete, salió repentinamente de un espeso matorral.

—El bandido se ha ocultado entre las zarzas, dije.

Gerardo había echado pie á tierra y adelantaba con trabajo por el matorral, llevando su caballo del diestro. Imité su ejemplo y en pocos momentos llegamos á un sendero que nos condujo al fondo de una cantera de yeso.

—¡Ni señal! exclamó Gerardo. Se nos ha escapado.

De repente lo comprendí todo. El súbito furor de Tousac que nos había descrito el molinero se debía sin duda á su descubrimiento de la traición que había estado á punto de perderlo la noche de su llegada. Probablemente la mujer que habíamos visto cerca del molino le había proporcionado aquellos informes. La oferta de Tousac de entregarse al siguiente día si le permitíamos saldar una cuenta pendiente, significaba que ante todo quería tomar amplia venganza de mi tío. Aquel deseo supremo le había llevado al lugar en que nos encontrábamos; la cantera no podía ser otra que la inmediata al castillo de Grosbois, de la que partía el camino subterráneo; medio de comunicación que seguramente le había enseñado mi tío cuando se reunían en secreto con Lesage y los otros conspiradores. Busqué la entrada y tras algunos esfuerzos inútiles hallé el lugar exacto en el muro de la cantera; me agazapé entre las zarzas y dí con la estrecha abertura de entrada, visible apenas en la creciente oscuridad.

Momentos antes se nos había incorporado Savary; dejamos los caballos atados á un árbol y no tardamos en hallarnos los tres en el subterráneo, que recorrimos con la mayor dificultad, sin luz que nos guiase, dando tropiezos y caídas y ma-

gullándonos las manos contra las desigualdades de las rocas. El camino me pareció corto cuando seguí á mi tío, con luz encendida; pero entonces, en la obscuridad y con el ansia de salir de allí y alcanzar á Tousac, me pareció interminable. Savary no cesaba de preguntarme cuántas millas teníamos que andar aún por aquella vivienda de topos.

—¡Silencio! exclamó Gerardo. Alguien nos precede. Nos detuvimos y escuchamos conteniendo el aliento. En efecto, se oía un rumor lejano y poco después el chirrido de una puerta al girar sobre goznes enmohecidos.

—¡Adelante! dijo Savary. El bribón no está lejos y esta vez no se nos escapará.

Pero yo abrigaba muy serios temores. Recordaba que mi tío había abierto la puerta de comunicación entre el subterráneo y el castillo por medio de un resorte oculto y el sonido que acabámos de oír indicaba que Tousac sabía abrirla. Recordé también el espesor de aquella puerta, que podía oponernos obstáculo insuperable. Seguimos adelante con toda la rapidez posible y de repente lancé una exclamación de sorpresa y alegría; había divisado una luz á gran distancia, la luz que ardía siempre en el corredor del castillo. La puerta del subterráneo estaba abierta. En su

ciego deseo de venganza había olvidado Tousac á los enemigos que tan de cerca le perseguían.

Salimos de la obscuridad y á la carrera cruzamos el ancho corredor, subimos la escalera de caracol y al llegar al último tramo oímos un grito prolongado, espantoso, un alarido de mortal terror.

—¡Que lo mata, que lo mata! chilló una voz aguda, y vimos á una mujer que se precipitó en el pasillo donde nos hallábamos. ¡Socorro, socorro! ¡Está matando al señor Bernac!

—¿Dónde? gritó Savary.

—¡En la biblioteca! ¡Allí, la puerta de las cortinas verdes!

Volvió á oirse el horrible grito, al que siguieron dos ó tres exclamaciones ahogadas y después un crujido siniestro, que me heló la sangre en las venas. Sonó como la rotura de un hueso y demasiado sabía yo lo que significaba. Nos precipitamos en la biblioteca, pero tanto Savary como Gerardo, aunque valientes á toda prueba, retrocedieron horrorizados ante el cuadro que se ofreció á su vista.

Cuando el asesino entró en la habitación se hallaba mi tío sentado ante su escritorio, de espaldas á la puerta. Al volverse y ver á Tousac lanzó sin duda el primer grito de angustia y terror

que habíamos oído, y el segundo al sentirse asido por las velludas manos del asesino. No llegó á levantarse del sillón; probablemente el miedo le había impedido moverse y sentado seguía cuando entramos. Pero lo que hizo palidecer á mis compañeros fué que la cabeza del infeliz aparecía vuelta por completo hacia atrás, de manera que la cara convulsa y amoratada miraba de lleno hacia la puerta, al paso que el cuerpo estaba de espaldas á la misma. Muchas veces desde entonces he visto en sueños aquella cara, saltándosele los ojos, abierta y torcida la boca. Junto á mí tío estaba Tousac, con triunfante expresión en el rostro, cruzados sobre el pecho los hercúleos brazos.

—Habéis llegado tarde, amigos, exclamó. He pagado mi deuda.

—¡Rendíos! gritó Savary.

—¡Tirad, tirad! contestó el asesino, golpeándose el pecho con las manos. No creáis que me asustan vuestras balas. Y en cuanto á cogermelo vivo, pronto os quitaré esa idea de la cabeza, á silletazos.

Y alzando en alto una pesada silla se precipitó sobre nosotros, rugiendo como una fiera. Los tres disparamos á un tiempo, pero nada podía detener á aquel monstruo. Brotándole la sangre

por las heridas, descargó con la silla un furioso golpe; por fortuna le faltó la vista y el golpe dió sobre el ángulo de una mesa que hizo pedazos, con tremendo estrépito. Después, bramando como un toro, se lanzó sobre Savary, lo derribó y le asió con una mano la garganta y con la otra la barba, antes de que Gerardo y yo pudiéramos asegurarle los brazos. Los tres éramos á cual más fuerte, pero Tousac lo era tanto como los tres juntos y la lucha fué terrible; una y otra vez logró desasirse con sus tremendas sacudidas, pero inmediatamente volvimos á caer sobre él. Entre tanto perdía mucha sangre y su portentosa fuerza iba disminuyendo. Hizo un esfuerzo supremo y logró ponerse en pie con nosotros colgados de él, como perros asidos á un oso. Y entonces, con un grito de rabia y desesperación que resonó en toda la casa, se le doblaron las rodillas y cayó como una masa inerte. Los tres le rodeamos jadeantes, prontos á lanzarnos de nuevo sobre él; pero todo había concluido. Tousac estaba muerto.

Savary, profundamente pálido y oprimiéndose el costado con la mano, buscó apoyo en la mesa. No en balde lo habían estrechado aquellos brazos formidables.

—Me parece haberme batido con un oso, dijo.

Pero en fin, hemos librado á Francia de un hombre peligroso y el Emperador tiene desde hoy un enemigo menos. ¡Lo que no negaré es que el tal Tousac era un valiente!

—¡Qué gran soldado hubiera hecho! dijo Gerardo. ¡Qué sargento para los húsares de Bercheny! Lástima grande que á semejante hombre se le ocurriese luchar contra el Emperador.

Había tenido que sentarme porque me sentía desfallecido. Las escenas sangrientas eran entonces cosa nueva para mí, y la que acabábamos de presenciar hubiera bastado para desanimar al más avezado á ellas. Savary nos dió un frasco de licor y tomamos algunos tragos. Después arrancó una cortina de la puerta y cubrió con ella la espantosa cabeza de mi tío.

—Nada más podemos hacer aquí, dijo. Tengo que volver al campamento y dar cuenta de lo ocurrido al Emperador sin pérdida de momento. Convendrá, sí, incautarnos de todos estos documentos y cartas de Bernac, porque muchos de ellos se refieren á ésta y otras conspiraciones.

Empezó á reunir cuantos papeles había en el escritorio de mi tío, entre ellos la carta que éste tenía delante al sorprenderlo el asesino.

—¡Hola! ¿Qué quiere decir esto? exclamó después de leerla rápidamente. Oid lo que aca-

baba de escribir Bernac: “ Mi querido Roger: Enviadme cuanto antes otro frasquito de aquella misma esencia que me mandasteis hace tres años. Me refiero al extracto de almendras que no deja vestigio alguno. Tengo razones especiales para usarlo aquí en toda la semana que viene; no demoréis, pues, su envío. Contad con mi influjo cerca del Emperador tan luego tengáis necesidad de él.”

—Carta dirigida á un químico de Amiens, prosiguió el general plegando el papel. Es decir que el difunto era un envenador además de sus otros méritos y títulos. ¿Á quién le estaría destinada la esencia de almendras que no deja señales?

—Sí ¿para quién sería? murmuré.

Después de todo, era mi tío y había muerto. ¿Qué me importaba ya?

CAPÍTULO XX

CONCLUSIÓN

EL general Savary montó á caballo y fué directamente á Pont de Briques para ver al Emperador, mientras Gerardo y yo volvimos á mi alojamiento, donde compartimos una botella de buen vino. Había esperado ver allí á Sibila, pero con sorpresa mía no fué así, ni dejó en la casa indicación alguna de su paradero.

Al rayar el alba me desperté y ví en mi cuarto á un caballerizo del Emperador.

—Su Majestad desea veros, señor de Laval, dijo.

—¿Dónde?

—En Pont de Briques.

Sabía que la prontitud en obedecer las órdenes del Emperador era cualidad indispensable de cuantos esperaban prosperar en su servicio. Á los diez minutos montaba á caballo y media hora después llegaba á la puerta del castillo, como llamaban á la residencia imperial. Me condujeron

á una habitación del primer piso, donde me hallé en presencia del Emperador y Josefina, reclinada ésta en un sofá y con una preciosa bata color de rosa cubierta de encajes. El Emperador iba y venía por la estancia con rápido paso como tenía por costumbre, vistiendo el rarísimo ropaje que solía ponerse antes de comenzar sus actos oficiales y que consistía en amplia bata blanca, rojas babuchas turcas y una especie de turbante de franela blanca. El fuerte olor de agua de colonia que se notaba en la habitación me hizo suponer que acababa de salir del baño. Se hallaba de muy buen humor y en esto le imitaba, como siempre, la Emperatriz, de modo que al entrar me ví saludado por una doble sonrisa. Trabajo me costó convencerme de que aquel hombre de rostro afable y benévola expresión era el mismo que había cruzado insultante y desdeñoso el salón de la Emperatriz pocas noches antes, dejando tras sí lágrimas y humillaciones.

—Habéis comenzado vuestro servicio de ayudante de campo de una manera excelente, me dijo. Savary me lo ha referido todo y estoy altamente satisfecho. Yo no tengo tiempo para ocuparme en pequeñeces, pero la Emperatriz dormirá más tranquila ahora, sabiendo que ese Tousac no puede causarnos daño.

—¡Oh, sí! ¡Era un hombre temible! exclamó Josefina. Lo mismo que Jorge Cadoudal. Ambos eran enemigos implacables.

• —Yo tengo mi estrella, Josefina, dijo el Emperador posando la mano sobre la cabeza de su esposa. Veo ante mí toda mi carrera futura y sé el fin que me está destinado. Nada puede sucederme hasta haber cumplido por entero mi misión en el mundo. Los árabes creen en el destino, en el hado, y tienen razón.

—Pues entonces ¿por qué afanaros y combinar planes de continuo, Napoleón, si el hado ha de decidirlo todo?

—Porque el hado quiere que yo me afane y cavile, tontuela, repuso él. ¿No véis que es también parte de mi destino tener un cerebro capaz de combinar grandes planes? Soy como el obrero que va construyendo sin cesar, detrás de sus andamios, sin que nadie pueda ver su obra hasta dejarla concluida. Al organizar un plan tengo siempre en vista, cuando menos, un período de dos años. Esta misma mañana he pensado ya mucho y resuelto mucho también, señor de Laval, acerca de los sucesos que han de ocurrir en el otoño é invierno de 1807. Y á propósito, vuestra linda prima parece haber dirigido esta su primera campaña de muy brillante manera. Vale

demasiado para entregársela á ese tunante de Luciano Lesage, que hace una semana no cesa de gimotear pidiendo perdón. ¿No creéis que sería gran lástima darle semejante marido?

Confesé que tal era en efecto mi opinión.

—Así son siempre las mujeres, prosiguió. Idealistas, soñadoras, dejándose llevar por sus caprichos y su imaginación. Son como los orientales, que no pueden comprender que un hombre sea gran soldado si no posee también cuerpo y aspecto formidables. Nunca pude convencer á los egipcios de que yo era mejor general que Kléber y todo porque Kléber tiene un cuerpo de mozo de cordel y una cabeza como la de un peluquero. Lo mismo sucede con ese posma de Lesage, á quien las mujeres convierten por fuerza en héroe porque tiene cara muy linda y unos ojazos mortecinos. ¿Creéis que si ella lo viese como es en realidad llegaría á despreciarlo?

—Estoy convencido de ello, señor. Por lo poco que he podido averiguar sobre los sentimientos y el carácter de mi prima, me atrevo á asegurar que nadie como ella para despreciar la ruindad y la cobardía.

—Parecéis hablar de vuestra prima con gran animación, señor de Laval, con muy vivo interés. Acaso sintáis por tan bella joven un senti-

miento más profundo que la amistad ó el parentesco.

—Ya he tenido la honra de decir á Vuestra Majestad que

—Sí, sí, ya sé. Pero la otra está lejos, allende el Canal, y desde que no la véis han sucedido muchas cosas.

En aquel momento apareció Constante.

—Ha llegado, señor, dijo.

—Muy bien. Pasemos á la sala inmediata, Josefina. Y vos también, señor de Laval, porque en realidad asunto vuestro es, más bien que mío.

Entramos en una habitación larga y estrecha. Á un lado tenía dos ventanas, pero las cortinas de ambas estaban corridas de modo que la luz era algo escasa. Al extremo opuesto se hallaba Roustem y junto á él, cruzados los brazos é inclinado el rostro hacia el suelo en actitud humilde y contrita, ví al hombre de quien hablábamos un momento antes. Cuando nos oyó entrar dirigió una mirada temerosa á la puerta y tembló al ver á Napoleón. Éste se detuvo á dos pasos del joven con las manos cruzadas á la espalda, y por largo rato clavó en él su mirada escrutadora.

—Habéis querido jugar con fuego, caballero, le dijo, y ya véis el resultado. Ahora decidnos si

la lección ha sido saludable ó si os proponéis volver á las andadas.

—Dígnese Vuestra Majestad perdonarme esta vez, balbuceó Lesage, y desde ahora hasta el día de mi muerte juro ser el más fiel de sus súbditos.

—No me extrañaría, dijo Napoleón, porque el mejor servidor suele ser el que se ha llevado un susto fuerte. Pero yo soy un amo muy exigente.

—Cuanto Vuestra Majestad me exija lo cumpliré gustoso si se digna perdonarme.

—Por ejemplo, dijo el Emperador, uno de mis caprichos cuando admito un nuevo servidor es el de casarlo con quien me plazca. ¿Os avenís á ello?

El rostro del poeta manifestó la sorpresa y la vacilación de que estaba poseído.

—¿Me será permitido preguntar, señor . . . ?

—Nada de preguntas.

—Pero hay circunstancias, señor, en que

—¡Basta! exclamó el Emperador volviéndole la espalda. Yo no discuto; ordeno. Hay en la corte una joven, la señorita de Bergerot, á quien quiero dar marido. ¿Os casáis con ella ó volvéis á la prisión?

Lesage, silencioso, pareció vacilar.

—¡Roustem, llama á los guardias!

—¡No, no, señor! ¡No quiero volver á la prisión!

—¡Los guardias, Roustem!

—¡Acepto, señor! ¡Me casaré con quien Vuestra Majestad quiera!

—¡Infame! exclamó una voz que parecía salir de entre las cortinas que ocultaban una de las ventanas.

Así era en efecto. Allí estaba Sibila, pálida de indignación, mirando con ojos furiosos al miserable, abrumándole con su desprecio. Las entreabiertas cortinas mostraban su cuerpo alto y esbelto, inclinado hacia Lesage en actitud amenazadora. Había olvidado la presencia del Emperador y la Emperatriz, dominada por el dolor y el despecho que le causaba la traición del hombre á quien amara hasta entonces.

—Me habían dicho quién eras, exclamó, pero no quise creerlos, porque tampoco creía que hubiera en el mundo un ser tan despreciable. Me ofrecieron darme pruebas y les desafié á que lo hicieran. Ahora sé quién eres. ¡Gracias á Dios que lo he descubierto á tiempo! ¡Por tí he causado la muerte de un hombre que valía cien veces más que tú! No debí haberlo hecho. ¡Bien se ha vengado Tousac!

—¡Basta! dijo el Emperador con duro acento. Constante, acompaña á la señorita Bernac á la habitación inmediata. Por lo que á vos se refiere, joven, jamás impondré á una dama de mi corte el castigo de tomaros por esposo. Me basta con haberos desenmascarado ante la señorita Bernac y héchola renunciar á su infortunado amor. ¡Roustem, llévate al preso!

—Como véis, señor de Laval, prosiguió diciendo cuando el infeliz Lesage salió de la sala, no hemos perdido el tiempo antes de almorzar. La idea se debió á Josefina y ha tenido el mejor éxito. Y ahora, señor de Laval, opino que merecéis alguna recompensa por el buen ejemplo que habéis dado á los jóvenes aristócratas y por la parte que os corresponde en la captura y muerte de Tousac. Os habéis portado muy bien.

—No pido recompensa alguna, señor, dije temeroso de lo que el Emperador pudiera proponerme.

—Sois modesto, pero tengo ya elegida la recompensa que quiero acordaros. Desde luego os señalaré una pensión suficiente para que sostenzáis como es debido la posición y el rango de vuestro destino en la corte. Y además he resuelto casaros con cierta dama de honor de la Emperatriz.

—Pero, señor, . . . murmuré con el corazón oprimido.

—No tenéis el menor motivo para vacilar un momento. La joven es de excelente familia y muy hermosa. Vuestro matrimonio es cosa resuelta y se efectuará el jueves próximo.

—Es imposible, señor, fué lo único que pude decir.

—¡Imposible! Cuando hayáis estado algún tiempo á mi servicio aprenderéis que no tolero esa palabra. Os digo que es cosa resuelta.

—He dado mi amor á otra mujer, señor. El cambio que me exige Vuestra Majestad es imposible para mí.

—¿Conque esas tenemos? dijo fríamente el Emperador. Pues si persistís en vuestra negativa no podéis continuar sirviéndome.

Ví todas mis esperanzas disipadas, todos mis planes aniquilados en un instante. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Es este el momento más angustioso de mi vida, señor, dije, pero tengo que ser fiel á mis promesas. Aunque me vea reducido á mendigar el sustento, no puedo tener nunca otra esposa que Eugenia de Choiseul.

Al oirme la Emperatriz dejó su asiento y se dirigió á la ventana.

—Por lo menos, señor de Laval, dijo, quiero que veáis una vez siquiera á mi dama de honor, la joven á quien desdeñáis tan resueltamente.

Al decir esto descorrió ella misma los cortinajes que ocultaban la segunda ventana y ví con indecible sorpresa á una mujer que allí estaba y que se dirigió hacia mí. Entonces . . . lancé un grito y de un salto me hallé á su lado y la estreché en mis brazos. Me parecía un sueño ver allí, con sus hermosos ojos fijos en los míos y rebosando felicidad, á mi adorada Eugenia. Sólo después de haber cubierto de besos sus labios, sus mejillas, su cabello, me convencí de que no era todo aquello una ilusión.

—Dejémoslos, oí que decía la Emperatriz. Venid, Napoleón. El espectáculo de su dicha me entristece, porque me recuerda aquellos primeros días de nuestra felicidad en la calle Chantereine.

Y con esto tiene que terminar mi relato, porque los planes del Emperador se cumplieron al pie de la letra y Eugenia y yo nos casamos el siguiente jueves, como él lo había ordenado. El brazo todopoderoso de Napoleón había sacado á mi amada de la modesta población inglesa en que vivía y traídola á este lado del Canal, para probar mi fidelidad y también para añadir á las da-

mas de su corte una descendiente de los Choi-seul.

De mi prima Sibila diré que algunos años más tarde dió su mano al valiente Gerardo, que para entonces mandada ya un escuadrón y figuraba entre los jefes más distinguidos de la caballería imperial. Algún día os contaré quizás cómo recobré mi herencia de Grosbois, aquella propiedad unida para siempre en mi memoria al recuerdo de la terrible muerte de mi tío y de la lucha desesperada con Tousac. Por ahora basta de mí y de mis insignificantes aventuras, con cuyo relato no he de cansar más á los lectores de estas páginas.

Respecto del Emperador, á cuya figura he procurado agregar aquí algunas débiles pinceladas, la historia os habrá enseñado ya cómo, desesperando de obtener el dominio del Canal y temiendo intentar una invasión cuando el enemigo podía muy bien cortarle la retirada, abandonó el campamento de Boulogne. Ya sabréis también que aquel mismo ejército destinado á invadir á Inglaterra le sirvió para derrotar á Rusia y Austria en un año y á Prusia dos años más tarde. Desde el día en que ofrecí mis servicios á Napoleón hasta aquel en que se embarcó para no regresar, compartí fielmente con él las alegrías del triunfo y las amarguras de la derrota. Pero aun hoy mismo

no sabría decir si el hombre á quien serví tan largo tiempo fué muy bueno ó muy perverso. Lo único que sé es que fué grande entre los grandes, y que los problemas sometidos á su resolución fueron de tal magnitud y entidad que sería imposible juzgarle aplicando á sus actos el mismo criterio con que juzgamos á otras grandes figuras de la historia.

Dejémosle descansar tranquilo en su magnífica tumba de los Inválidos. El obrero de la humanidad ha terminado su tarea, y la mano que salvó á Francia y trazó los límites de la moderna Europa yace convertida en polvo. El hado se sirvió de él y lo arrojó después lejos de sí; pero el recuerdo del grande hombre vive todavía y anima y dirige los pensamientos y las acciones de otros hombres. Le hemos visto ensalzado por unos escritores y acusado por otros; yo no he querido ser su panegirista ni su acusador. Me he limitado á reflejar en estas páginas la impresión que en mí produjo en aquellos días ya lejanos, cuando acampó con su ejército en Boulogne y regresé yo á mi castillo de Grosbois.

SERIE DE BUENAS NOVELAS

PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y COMPAÑÍA,

NUEVA YORK.

MISTERIO * * * *. Escrita por H. CONWAY, autor de “Confusión” y “El Secreto.”

El mérito sobresaliente de **MISTERIO**, lo mismo que de “Confusión” y de “El Secreto,” está en la energía singular con que, sin lastimar el buen juicio del lector, mantiene hasta la página última una curiosidad legítima. Cuando se cree que ha acabado ya una tragedia, comienza un idilio inesperado. Cuando parece que se toca el fin del libro, comienza la novela verdadera, que ningún corazón joven ni hombre moderno leerán sin entusiasmo.

LA CASA EN EL DESIERTO. Por el Capitán MAYNE REID.
Dos ediciones: una en tela y otra á la rústica.

Aventuras de una familia perdida en las soledades de la América del Norte. Es una de las novelas más selectas de su autor, y por la que ha adquirido popular renombre. Su género literario, tan ameno por las numerosas descripciones que cuenta, es doblemente atractivo y útil, dado el interés vivísimo que despierta el argumento y la multitud de conocimientos que contiene la relación de la obra.

LA ISLA DEL TESORO. Por R. LUIS STEVENSON, autor de “Plagiado.”

Se hace innecesario recomendar esta notabilísima novela después de los numerosos elogios que le han dedicado la prensa

y el público en general, y del gran éxito que, á su publicación, adquirió en Inglaterra. La amenidad de su lectura junto con las variadas y constantes peripecias que abundan en el libro, donde descuella el carácter noble y sencillamente elevado de un joven adolescente, son las prendas más relevantes de la obra.

LA CASA DEL PANTANO. Por F. WARDEN.

Interesante novela inglesa del género de literatura moderno; descrita con habilidad extraordinaria y con una fuerza de comunicación tan sorprendente, que á pesar de los variados acontecimientos y diversidad de caracteres que encierra la obra, basta su simple lectura para grabar fielmente en la memoria del lector la totalidad de su notable argumento.

LAS MINAS DEL REY SALOMÓN. Por H. R. HAGGARD, autor de "La Gran Milosis."

Este es uno de los autores predilectos del pueblo Anglo-americano; todos aquí le conocen, y cuantos le conocen, aplauden la viveza de su imaginación, la naturalidad y vigor de su narrativa y lo intencionado de sus frases. Entre sus producciones, LAS MINAS DEL REY SALOMÓN y "La Gran Milosis," han despertado vivamente el interés del público, que se dió prisa á agotar las ediciones Inglesas; y estas obras tan renombradas ya, son las que hemos elegido para que en los países donde se habla castellano, se conozca y juzgue á su autor.

SU CARA MITAD. Por F. BARRETT, autor de "El Gran Lucero."

Pertenece esta novela á un género que pudiéramos titular "doméstico." Es una narración sencilla é interesante; las escenas se desarrollan con naturalidad y se suceden sin violencia: las situaciones se presentan lógicamente y sin esfuerzo visible, sin complicación de episodios inútiles, sin nada de fantástico ó de inverosímil que revele en el autor el deseo de hacer alarde de imaginación exhuberante ó inventiva peregrina. El estilo es claro, sencillo, terso, sin dejar por eso de ser elegante.

EL ÍDOLO CAÍDO. Por F. ANSTEY.

Ha llamado mucho la atención esta novela por la fecunda invención de su autor y por el género de literatura á que pertenece. Posee, además, un fondo encantador, tanto por la simpatía que despiertan los personajes de la obra, cuanto porque la ejecución artística del original ha sido objeto de aplaudidas y justas alabanzas.

CUENTOS EN EL MAR. Por Varios Autores Famosos.

Son una hermosa colección de trozos literarios de los mejores autores modernos de Inglaterra y la América del Norte; descritos con sencillez y naturalidad y abarcando un resumen de sucesos marítimos sumamente recreativos. Cada cuento, de los seis que contiene el libro, es una relación de las peripecias ocurridas á cada uno de los referidos autores, que aparecen reunidos á bordo de un buque naufragado en alta mar.

LA NOVIA DEL MARINERO. Por W. C. RUSSELL.

Esta obra llena los requisitos esenciales en toda buena novela; su lectura es amenísima, su argumento simple y encantador, encierra en sí misma cierto espíritu de buena moral, y á la vez es instructiva y romántica. CLARK RUSSELL, el distinguido autor de "El Pirata Helado," "El Naufragio del Grosvenor" y otras, habiendo sido él mismo un marinero, halló tantos atractivos en la inmensidad del océano, que al relatar lo que muchas veces había admirado, lo hizo empleando el lenguaje rudo y simple del marinero inglés y logró encantar con sus admirables descripciones á todo aquel que tuvo la suerte de leer sus obras.

JUANA EYRE. Por CARLOTA BRONTÉ.

El éxito obtenido por esta novela, está justificado por la gran aceptación que ha tenido en varios países extranjeros, después de haber sido editada multitud de veces en Inglaterra y puesta en escena en los teatros de Londres. Con tacto exquisito y con una ilación y lógica admirables, ha sabido delinear nos la autora el carácter de Juana, la protagonista, en medio de sucesos de un realismo inofensivo y encantador, que realza notablemente el argumento de la obra y constituye uno de sus méritos más sobresalientes.

DORA. Por CARLOTA M. BRAEMÉ, autora de "Azucena."

La novela DORA es una de las que mayor popularidad han alcanzado en la literatura inglesa. Débese el brillante éxito que ha obtenido muy principalmente, como puede verlo todo aquel que la lea, á que tanto el galano estilo en que está escrita como las severas lecciones que se deducen de su interesante argumento, corresponden á la más estricta moral. Hay además, en toda ella bellísimas descripciones en que campean la inspiración y la poesía.

PAN, QUESO Y BESOS. Por B. L. FARJEON.

Preciosa novela, que nos hace amar más y mejor los dulces encantos del hogar y las amorosas horas que pasamos en él rodeados de nuestra familia. Si como dicen, la novela es la *épica del siglo*, ésta y otras muchas de nuestras novelas domésticas, han de ser la *épica del hogar*.

CONFUSIÓN. Por H. CONWAY, autor de "Misterio" y "El Secreto."

Libro por todos conceptos notable y donde el malogrado HUGH CONWAY, muestra su rara aptitud en el arte de distribuir, en el interés de continuarlo naturalmente cuando parece naturalmente extinguido; de encender una novela nueva á la mitad del libro en las ascuas de la que parece terminada, de ocultar al lector deslumbrado con el brillo de la marcha las inverosimilitudes casuales de la intriga; de llevar la atención de sorpresa en sorpresa de una á otra escena memorable, de uno á otro cuadro palpitante y nuevo.

EL CABALLERO DON JUAN JALIFAX. Por la SRTA. MULOCK.

Encarecemos á todos los jóvenes la lectura de esta novela, estrictamente moral y escrita con miras educativas para la juventud moderna. La vida de Jalifax es una elocuente justificación del poder inmenso que tiene la voluntad del individuo, cuando, arrostrando sin vacilar los desastres de la vida, y no apartándose jamás de sus deberes por medio de la honra y del trabajo, alcanza los favores de la fortuna, establece un hogar dichoso y lega á la posteridad un nombre respetable.

MARGARITA DE LA Ó. Por CARLOS READE.

Por el estilo de "Juana Eyre," pertenece al género realista y posee los mismos encantos que esta novela en cuanto á la distribución de personajes, delineamiento de caracteres y enseñanza de buenas costumbres; pues se basa en una moral altamente educadora y es muy á propósito para las familias españolas é hispanoamericanas.

EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL. Por R. LUIS STEVENSON, autor de "Plagiado" y de "La Isla del Tesoro."

Caso por demás extraño; es un asunto que ha dado en qué pensar á más de un psicologista y que no obstante lo extraordinario del relato, que á veces se convierte en cosa fenomenal, ha sido leído con verdadero interés por todo el mundo y se lee y se continuará leyendo ávidamente, porque es una narración de aquellas que el lector no quiere dejar de la mano hasta llegar al fin. STEVENSON es también autor de "La Isla del Tesoro," "Plagiado" y de EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL; obras vertidas al francés y á otras lenguas y publicadas por nosotros en castellano, con el beneplácito de miles de personas, que las han leído y leen con verdadero deleite.

LA VIDA DE UN PERILLÁN. Por WILKIE COLLINS.

Relación íntima de los lances y entretenidos sucesos ocurridos á un solterón, antes de que descorriera el velo de sus extravagancias y acudiese á la felicidad del hogar para disfrutar tranquilamente los últimos años de su vida. Las humorísticas tendencias del estilo y la encadenada sucesión de los capítulos, llenos de chistes y escenas graciosísimas, prestan al lector un verdadero rato de solaz y esparcimiento, simultáneamente útil por el propósito moralizador de la obra.

EL GRAN LUCERO. Por FRANK BARRETT, autor de "Su Cara Mitad."

Esta novela del reputado novelista inglés BARRETT es lo mejor de cuanto ha producido hasta hoy día y posee aquel encanto que caracteriza á las novelas de este autor. No hay en ella lo que se llama toques dramáticos de gran efecto; sino

narración sencilla y delicada, argumento que sin ser camino trillado, tiene todo el aire de verosimilitud y personajes cuyos tipos de seguro no ha encontrado antes el lector en ninguna otra novela.

AZABACHE. Autobiografía de un Caballo. Por ANA SEWELL.

Sin que esta obra sea de excepcional mérito literario, pues ni la autora, al publicarla, era escritora conocida, ni el asunto se presta á ciertos giros y bellezas de estilo, su popularidad y la circulación inmensa que ha alcanzado, tanto en la Gran Bretaña como en este país, débense indudablemente á lo poco trillado del camino que la autora ha seguido, y á lo simpático del asunto: á la narración sencilla y natural, al estudio de los caracteres, circunstancias y detalles que retrata.

LA GRAN MILOSIS. Por H. R. HAGGARD.

LA GRAN MILOSIS, que fué la última que publicamos de dicho autor, viene á ser la narración de las aventuras que siguieron á las narradas en "Las Minas del Rey Salomón." Uno no sabe, después de leerlas, cuál de ellas es la mejor; porque una y otra son á cual más interesantes y llenas de peripecias. *Ex Africa semper aliquid novi*, y así es; HAGGARD siempre encuentra en África algo nuevo, para encanto de sus numerosos lectores.

LA LETRA ESCARLATA. Por N. HAWTHORNE.

Está considerada como la mejor novela de cuantas se han publicado en los Estados Unidos, como obra de escritor del país. Ha sido reimpressa numerosas veces, existen de ella variadísimas ediciones, fué dramatizada y como novela es leída por todo el mundo con verdadero encanto. LA LETRA ESCARLATA es, en fin, una novela considerada hoy día como *Clásica*.

EL VICARIO DE WAKEFIELD. Por O. GOLDSMITH. Dos ediciones: una en tela y otra á la rústica.

Como la mejor recomendación que podamos hacer de su lectura, reproducimos aquí un párrafo del estudio crítico que

aparece al frente de la obra: "El lector ha de encontrar mucha instrucción y deleite; y de su lectura quedarán aquellas impresiones gratas y duraderas que dejan siempre en nuestro ánimo las obras clásicas que, como el VICARIO DE WAKEFIELD, describen con tanta galanura como exactitud las escenas del hogar doméstico, los vaivenes de la fortuna y los caracteres humanos, no siguiendo un extraviado naturalismo, sino pintando á la verdadera Naturaleza."

EL SECRETO. Por H. CONWAY, autor de "Misterio" y "Confusión."

Esta novela no cede á ninguna otra producción del novelista inglés. Desde el primer capítulo despierta la curiosidad, que muy pronto se convierte en atracción vivísima. Junto al criminal arrepentido, el explotador implacable de su delito, figura más detestable aún que la del culpable mismo. Junto al verdugo, la simpática víctima, y entre otros personajes del cuadro tipos acabadamente dibujados: la artista famosa, tan bella como noble y pura; el hijo amante que vacila entre su cariño filial y la sospecha que le mata. Ni faltan situaciones dramáticas de primer orden, ni el autor desdeña en ocasiones la gracia cómica y el discreto donaire.

PLAGIADO. Por R. LUIS STEVENSON, autor de "La Isla del Tesoro" y "El Caso Extraño del Dr. Jekyll."

Novela notable por más de un concepto y que no en balde goza de mucha reputación en inglés: tal ha sido la demanda del público, que el autor ha tenido que escribir otro libro, siguiendo hasta cierto punto el mismo tema. Trátase de un joven que nos cuenta las peripecias del plagio de que fué víctima, con aquella sencillez juvenil que pocos como STEVENSON saben poner en boca de sus jóvenes protagonistas, siempre interesantes y simpáticos.

LA GUARDIA BLANCA. Por CONAN DOYLE.

Considerada como la mejor de todas las producciones de su autor; y como la más á propósito para traducir al español,

porque muchas de sus escenas, se desarrollan justamente en presencia de pueblos y testigos de nuestra propia raza y lengua. Por su género histórico, por su aire de marcialidad, por el encadenamiento de las peripecias, que se suceden unas á otras sin cesar, por el brillo de las armas y el colorido que se siente al leerla, por la descripción de paisajes y lo vivo de las escenas; ha alcanzado en castellano la misma reputación que tiene bien ganada en inglés.

EL PRISIONERO DE ZENDA. Por ANTONIO HOPE.

Es una de las novelas que más circulación han alcanzado en los últimos años. Cerca de medio millón de ejemplares se han vendido de la edición inglesa; y como drama, fué representada centenares de veces en los principales teatros de Inglaterra y de los Estados Unidos.

AZUCENA. Por CARLOTA M. BRAEMÉ, autora de "Dora."

El ejemplo que presenta esta novela, no dudamos que agrada á las jóvenes de nuestros días, pues se refiere directamente á la perfección de sus hábitos y costumbres. Como la famosa "Dora," AZUCENA es un tipo simpático, algo idealizado, envuelto en contrastes de la vida real y elegantemente descrito.

EXPIACIÓN. Por la SEÑORA WOOD.

Esta obra bastaría para dar á la Señora Wood bien establecida reputación como escritora de notable mérito. Publicada hace bastantes años en Inglaterra con el nombre de *East Lynne*, alcanzó desde su aparición inmensa popularidad, acrecentada con el tiempo, hasta el punto de ser hoy uno de los libros más conocidos en la patria de la autora y en los Estados Unidos.

ROBERTSON.

Nuevo Curso del Idioma Inglés. Práctico, Analítico, Teórico y Sintético. Adaptado al castellano por PEDRO JOSÉ ROJAS. *Novísima edición.* Revisada y puesta al día por MARCOS G. PURÓN.

La novísima edición que acabamos de publicar ha sido refundida y puesta al día. Contiene la ortografía moderna de la Academia de la lengua y se ha corregido cuidadosamente, tanto en la parte inglesa como en la española. Impresa con tipos nuevos hechos expresamente para esta obra. Aunque parezca una paradoja, es cosa cierta el que á medida que aparecen nuevos métodos para aprender una lengua, adquieren más mérito los viejos, cuando estos han demostrado su mérito real desde el principio y sufrido la prueba de los años. Esto precisamente ha pasado con la obra de ROBERTSON y de ahí el empeño de los editores en corregirlo poniéndolo al día, con el fin de que continúe siendo texto predilecto en todos los países hispanoamericanos; mucho más ahora que el aprendizaje de la lengua inglesa se está haciendo cada día más general. El ROBERTSON no promete enseñar el inglés á la carrera ó como por encanto, como otras muchas; pero los que deseen estudiar seriamente y aprender el idioma como es debido, así como los que enseñen esta lengua, por vocación y no como mera especulación, han de seguir encontrando en esta obra, sino el único medio de lograr este propósito, al menos el más acertado. En la novísima edición, sin alterar en nada el texto, se han cambiado frases que han caído en desuso, se uniformó la parte ortográfica y se han empleado ciertas locuciones modernas. Las partes de carácter puramente local se han reemplazado con otras más generales y se han cotejado los ejercicios para que resulten en ellos exacta correspondencia.

El Inglés al Alcance de los Niños. Arreglado al Español para uso de los Niños y de los Jóvenes en las Escuelas y en la Enseñanza particular.

Al ofrecer al público esta nueva obra lo hacemos en la seguridad de que sea la mejor adaptación que se ha hecho al español de L'ANGLAIS Á LA PORTÉE DES ENFANTS, ingenioso libro en el cual su autor T. Robertson, logró poner al alcance de las inteligencias infantiles lo más esencial de su extenso y acreditado método para aprender la lengua inglesa. Este método, en la forma que ahora lo presenta-

mos, ha sido arreglado á propósito para servir en el seno de las familias igualmente que en las escuelas elementales cuyo plan de estudios comprenda la asignatura de inglés ; porque hemos tenido en cuenta que los escritos pedagógicos más modernos recomiendan la enseñanza de las lenguas vivas. Así no es extraño que este librito haya sido tan bien acogido por los padres de familia y por los profesores de instrucción elemental aficionados á las buenas innovaciones en sus escuelas.

Un tomo de unas 300 páginas en 12° encuadernado en tela fuerte ; y una clave impresa por separado.

Libro de Frases Inglesas y Españolas. Por E. M. DE BELÉM. Un bonito libro de faltriquera con multitud de construcciones y los verbos auxiliares. Útil para aprender numerosas frases sueltas y muy útiles para el viajero y el principiante.

Contiene cerca de ochocientas sentencias y diálogos todos de uso común.

Un tomo de 88 páginas.

OLLENDORFF.

Método para aprender á leer, escribir, y hablar el Inglés, según el sistema de Ollendorff. Con la pronunciación figurada, según un sistema Fonográfico especial. *Novísima edición.* Revisada y puesta al día por MARCOS G. PURÓN.

Los que deseen aprender el Inglés hallarán en este tomo todo cuanto se necesita para su pronta y perfecta adquisición. El sistema adoptado es claro, simple, filosófico y práctico. Es esencialmente el sistema popular de Ollendorff : acompañado de un curso completo de Gramática, un tratado de pronunciación del Inglés y modelos de cartas sobre varias materias, etc., etc.

El admirable sistema para enseñar las lenguas modernas, introducido por Ollendorff y aplicado en esta obra al Inglés, es ahora muy usado, y entre las varias adaptaciones que de él se han hecho el de Palenzuela y Carreño es incuestionable-

mente el mejor. En la novísima edición que acabamos de publicar, se ha corregido todo el libro cuidadosamente y se ha introducido la ortografía moderna de la Academia. Además, se rehizo toda la obra, se uniformó el texto y se comparó la parte española con la inglesa y vice versa.

Forma un tomo de unas 474 páginas en 12°, en pasta muy durable.

CLAVE DE LOS EJERCICIOS, contenidos en el Método para aprender á leer, escribir y hablar el Inglés, según el sistema de Ollendorff. Por RAMÓN PALENZUELA y JUAN DE LA C. CARREÑO.

Un tomo de 111 páginas en 12°, encuadrado igual al "Método."

PÍDASE SIEMPRE EL OLLENDORFF POR PALENZUELA Y CARREÑO.

El Maestro de la Conversación Inglesa. Por FRANCISCO BUTLER. *Novísima edición.* Arreglada por H. RITTER.

Designado este pequeño Manual para servir de libro primario, se ha dispuesto cuidadosamente con el objeto de servir á los Españoles que aprendan el Inglés. Está por lo mismo compuesto de las sentencias más simples, frecuentes y elegantes en ambas lenguas, traducidas literalmente en columna paralela para hacer más fácil su uso, pero conservando siempre su idiotismo y elegancia, cuidando constantemente de mantener un orden progresivo y correcto á fin de adelantar en la conversación y darle á ésta mayor fluidez. Contiene todo lo que es necesario para hacer un progreso rápido y seguro en la conversación sobre asuntos familiares. Para facilitar al estudiante la pronunciación aproximada de las palabras, hase figurado en este Manual la de cada una de ellas, tal como sonaría á oídos españoles.

La pronunciación se ha expresado de manera tal, que á primera vista y sin dificultad, puede aprenderse el verdadero sonido de las voces inglesas.

Un tomo de 344 páginas en 18°.

Método Práctico para aprender el Inglés. Por RAMÓN DÍAZ DE VILLEGAS.

Este pequeño libro es muy apropósito para los que deseen ejercicios ligeros y entretenidos. Por medio de un relato sencillo é interesante, va enseñando multitud de frases de uso común y en la traducción correspondiente, se demuestra con claridad la diferencia de construcción de una y otra lengua. Sin constituir lo que propiamente puede llamarse un método, es libro verdaderamente útil y ameno.

Un tomo, percalina.

Mantilla, Nuevo Método para aprender Inglés y Español, ó sea Método Bilingüe.

Un tomo elegantemente impreso, 250 páginas.

La especialidad de este MÉTODO, dice su autor [en el Prefacio, consiste en enseñar la lengua extranjera por medio de una jamás interrumpida comparación con la nativa, usando los giros peculiares de cada una para expresar la misma idea, á fin de que se remedie el mal, harto frecuente y lamentable, de olvidar la pureza de un idioma cuando aprendemos otro nuevo. De aquí el que se eviten las versiones literales y demasiado serviles, que casi siempre traducen mal la mente de los escritores, ó desvirtuan la fuerza y vigor de sus pensamientos.

El Lector Polígloto y Guía para Traducción. Cinco tomos (que se venden separadamente). Publicado bajo la dirección de J. ROEMER, M. A., Profesor de la Lengua y Literatura Francesa en la Academia Gratuita de Nueva York.

Esta obra es una adición muy importante á la lista de libros de texto designados para asistir en la adquisición de las lenguas vivas.

El Tomo I se compone de una serie de Extractos Ingleses ; el II sus traducciones en Francés, por el Profesor Roemer ; el III en Alemán, por el Dr. Reinhard Solger ; el IV en Español, por Simón Camacho ; el V en Italiano, por el Dr. Vicenzo Botta ; haciendo de esta manera una mutua clave de cada lengua. Todos comienzan, según es costumbre, con máximas, proverbios y reflexiones morales, y gradualmente pasan á párrafos fáciles, historietas, cuentos y extractos poéticos, juiciosamente elegidos de los más notables autores Ingleses y Americanos.

Cada tomo, como lo indica su título, es por sí solo un Lector, y una Clave para los otros. Con su auxilio, puede el estudiante comparar cuidadosamente las diferentes formas de construcción en cualquiera de las citadas lenguas, palabra por palabra, sentencia por sentencia, é investigar en sus pormenores las varias pequeñas y sutiles diferencias y semejanzas entre las que ya conoce y las que va á aprender.

Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés. Por MARIANO VELÁZQUEZ DE LA CADENA, Profesor de la Lengua y Literatura Española en el Colegio de Colombia, Nueva York, é Individuo del Instituto Nacional de Wáshington.

Compuesto sobre los Diccionarios Españoles de la Academia Española, Terreros, Salvá, y el de Baretti y Neuman por el Dr. Seoane, y los Ingleses de

Webster, Worcester, y Walker, aumentado con más de ocho mil palabras, idiotismos, y frases familiares, las irregularidades de los verbos y la sinopsis de ambas lenguas.

La pronunciación del Inglés está representada con tal claridad en este Diccionario, que es casi imposible que una persona que sepa leer Español deje de aprender á primera vista el verdadero sonido de las voces Inglesas.

En la revisión de la obra se han aumentado más de ocho mil palabras, idiotismos y frases.

Contiene la exacta correspondencia y respectiva significación de las palabras en el uso común de ambas lenguas, tanto en la acepción literal como en la metafórica.

Asimismo los términos técnicos más frecuentes en las artes, química, botánica, medicina é historia natural, como también de la náutica y comercio, cuya mayor parte no se halla en otros Diccionarios.

El Diccionario Inglés y Español de Velázquez es el mejor de cuantos se conocen.

En dos partes : I, Español é Inglés ; II, Inglés y Español.

Un tomo en 8º mayor, de más de 1,300 páginas hermosamente impreso, y bien encuadernado.

Manual para aprender Inglés. *Bilingüe.* Por THOMAS PRENDERGAST. Es un método relativamente nuevo y esencialmente práctico, contiene el texto inglés y la traducción enfrente, pudiendo servir igualmente para aprender el Inglés ó el Español.

Un tomo de 106 páginas.

Diccionario de las Lenguas Española é Inglesa.

Abreviado del grande del autor, para el uso de los jóvenes estudiantes y los viajeros. Por MARIANO VELÁZQUEZ DE LA CADENA.

En dos partes : Español é Inglés ; Inglés y Español.

Al cual se añade una lista alfabética de los nombres de Razas, Naciones, Provincias, Mares, Pueblos, Ríos, Montañas, etc., que no se escriben del mismo modo en inglés que en español.

Un tomo de 817 páginas en 12º.

Nuevo Diccionario de las Lenguas Española é Inglesa. Publicado últimamente. Basado en el Diccionario abreviado de Don MARIANO VELÁZQUEZ DE LA CADENA. Edición especial para el bolsillo. En dos partes: I, Español-Inglés; II, Inglés-Español. Contiene numerosas palabras modernas y aun de uso reciente.

Convencidos de la necesidad que había de un Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés que cómodamente pudiera llevarse en la faltriquera, y atendiendo á las muchas súplicas que sobre este particular nos hacían de varios países de la América Española, decidímonos á llevar á cabo una edición especial de bolsillo, basada en el Diccionario Inglés y Español por Velázquez de la Cadena, considerado hoy como el mejor y más completo de cuantos existen.

Este pequeño Diccionario contiene la exacta correspondencia y respectiva significación de las palabras en el uso común de ambas lenguas, los términos y frases usados en *el comercio, industria, navegación, mecánica, ingeniería*, etc., así como una lista alfabética de los nombres de *razas, naciones, provincias, pueblos, mares, ríos, montañas*, etc., que no se escriben del mismo modo en inglés que en español.

Forma un bonito tomo encuadernado en tela flexible á propósito para hacerlo más manuable.

Diccionario Mercantil, en Inglés, Francés y Español. Por D. I. DE VEITELLE.

Está dividido en tres partes: La primera contiene—el DICCIONARIO, propiamente dicho, en inglés—francés—español, francés—español—inglés, y español—inglés—francés, en el cual se hallan las voces mercantiles empleadas en dichas lenguas, la denominación de las mercancías que circulan hoy en el comercio, y también, los términos de marina de más frecuente uso en la correspondencia comercial; la segunda—un gran número de cartas arregladas al estilo moderno, con modelos de facturas, cuentas corrientes, pagarés, letras de cambio, conocimientos, etc.; la tercera—un VOCABULARIO GEOGRÁFICO, y una lista de las principales abreviaciones usadas en los tres idiomas.

Un tomo de 215 páginas en 12°.

LA NOVIA DEL MARINERO.—Su argumento es sencillo y encantador y su lectura resulta amenísima y adaptada perfectamente á los buenos principios de la sana moral.—“*La España Artística*,” Madrid.

DORA.—Profunda moralidad, correcto y elegante estilo literario, unidos á una viva é interesante trama, que mantiene siempre ávido al lector por continuar devorando sus capítulos, son las cualidades de esta joya de la literatura inglesa.—“*El Mentor de los Niños*,” Guadalajara, Méjico.

PAN, QUESO Y BESOS.—Es un relato fiel de esas escenas tan magistralmente descritas, que al contemplarlas experimenta el lector grandísimas impresiones.—“*Boletín de la Sociedad Protectora de los Niños*,” Madrid.

AZABACHE.—En esta obra se encuentran, además de consejos excelentes para el cuidado de los caballos, reflexiones morales y ejemplos que predisponen el ánimo á la piedad y á la benevolencia para con los seres inferiores que comparten con el hombre las más rudas faenas, y le hacen llevadera la carga de la existencia.—“*Costa Rica Ilustrada*,” Costa Rica.

LA GRAN MILOSIS.—Impresionados aún por la lectura de esta obra, dejamos correr la pluma para omitir nuestra humilde opinión, manifestando con franqueza, que es una de las buenas novelas que hemos leído. Tiene conceptos altamente filosóficos, morales é instructivos.—“*El Chinaco*,” San Angelo, Tejas.

MARGARITA DE LA Ó.—Á nuestro humilde juicio, la novela á que nos referimos es buena, no solo bajo el punto novelesco, sino también en cuanto á su desarrollo, interés, etc.—“*Miscelanea Mercantil*,” Maracaibo.

EL GRAN LUCERO.—Muy feliz ha sido la elección de esta obra, cuyo argumento encierra gran novedad é interés creciente y que el público leerá con delicia.—“*La Revista de la Travelers*,” Hartford, Estados Unidos.

EL VICARIO DE WAKEFIELD es obra muy leída en los últimos años del siglo pasado y los que van de este, y famosa en todo el mundo. Está escrita en muy buen castellano, muy bien impresa y contiene excelentes grabados.—“*La Ilustración Española y Americana*,” Madrid.

FEB 18 1900

NOVELAS

PUBLICADAS EN ESPAÑOL

Por D. APPLETON Y CÍA.,
NUEVA YORK.

MISTERIO * * *	Por H. CONWAY.
LA CASA EN EL DESIERTO	Por MAYNE REID.
LA ISLA DEL TESORO	Por R. L. STEVENSON.
LA CASA DEL PANTANO	Por F. WARDEN.
LAS MINAS DEL REY SALOMÓN	Por H. R. HAGGARD.
SU CARA MITAD	Por F. BARRETT.
EL ÍDOLO CAÍDO	Por F. ANSTEY.
CUENTOS EN EL MAR	Por VARIOS AUTORES FAMOSOS.
LA NOVIA DEL MARINERO	Por W. C. RUSSELL.
JUANA EYRE	Por CARLOTA BRONTÉ.
DORA	Por CARLOTA M. BRAEMÉ.
PAN, QUESO Y BESOS	Por B. L. FARJEON.
EL CABALLERO DON JUAN JALIFAX	Por la SRTA. MULOCK.
AZABACHE	Por ANA SEWELL.
CONFUSIÓN	Por H. CONWAY.
MARGARITA DE LA Ó	Por CARLOS READE.
EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL	Por R. LUIS STEVENSON.
LA VIDA DE UN PERILLÁN	Por WILKIE COLLINS.
EL GRAN LUCERO	Por FRANK BARRETT.
PEPITA JIMÉNEZ	Por JUAN VALERA.
MARÍA ANTONIETA Y SU HIJO	Por L. MÜHLBACH.
LA GRAN MILOSIS	Por H. R. HAGGARD.
LA LETRA ESCARLATA	Por N. HAWTHORNE.
EL VICARIO DE WAKEFIELD	Por O. GOLDSMITH.
EL SECRETO	Por H. CONWAY.
PLAGIADO	Por R. L. STEVENSON.
LA GUARDIA BLANCA	Por A. CONAN DOYLE.
EL PRISIONERO DE ZENDA	Por ANTONIO HOPE.
AZUCENA	Por CARLOTA M. BRAEMÉ.
EXPIACIÓN	Por la SRA. WOOD.
LUCIA	Por la SRTA. BRADDON.
EL MORO	Por J. M. MARROQUÍN.
MI TÍO BERNAC	Por A. CONAN DOYLE.
DIANA	Por la SRA. FORRESTER.

Tenemos en vía de publicación varias novelas nuevas.

SEP -9 1947

LIBRARY OF CONGRESS



0 014 459 722 9

